

A. S. LEFEBRE



Mi hermosa
APOSTADORA



Selecta

Mi hermosa apostadora
Apostando por el amor 1

Audrey Lefebre

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Silvert (José Manuel Ojeda), quien un día me dijo: "Si quieres escribir una historia, hazlo".

Prólogo

Londres, 1835

Sebastián bajó del carruaje junto a su amigo Andrew. Ambos entraron al club de juegos Fortune. Habían salido en busca de un poco de diversión y, para ellos, la mejor diversión era ver la cara de los pobres perdedores frente a ellos cuando les ganaban a las cartas. Llevaban la capa un poco empapada ya que, cuando habían llegado al lugar, llovía.

—Está bastante lleno a pesar del mal tiempo —comentó Sebastián observando el lugar detalladamente.

El club Fortune se había convertido en uno de los clubes de juegos más populares en el último año, ya que contaba con un excelente ambiente y tenían derecho de admisión. Sebastián y Andrew habían regresado a Inglaterra hacía solo unos días; habían decidido conocer el lugar por la popularidad de la que gozaba.

—Debe ser tan popular como dicen, y muchos no pierden la oportunidad de apostar, ganar o perder, así como nosotros, que buscamos un poco de diversión —le contestó Andrew mientras se quitaba la capa.

Ambos jóvenes dejaron su capa y sombrero en el recibidor, donde uno de los empleados los recibió para guardarlos mientras ellos se adentraban en el poco iluminado club. Ambos dieron un sutil recorrido con su mirada y, luego de haber observado detalladamente las mesas y los caballeros ahí presentes, tomaron una copa. Mientras decidían a qué mesa acercarse, detuvieron su atención en una esquina, un poco menos iluminada que el resto del salón debido al lugar donde se situaba. Allí había más hombres de los que normalmente había alrededor de una mesa de juego. Algunos se retiraban molestos por la fortuna que habían perdido, y otros esperaban su turno para probar su suerte. Incluso había algunos de pie observando. Sebastián sintió gran curiosidad, y se acercó para

observar más de cerca qué sucedía y cuál era el motivo de tal alboroto. Observó una figura un poco inusual: un muchacho delgado, de apariencia joven. Curiosamente, era el único que llevaba sombrero en el lugar, por lo cual no se le podía observar muy bien su rostro. Tenía la cabeza gacha, observando con atención las cartas.

Vio al muchacho sonreír al mismo tiempo que les ganaba a los allí presentes; lo que más le llamó la atención de él es que poseía una gran cantidad de fichas. Al parecer, había ganado a todos los que se habían atrevido a jugar contra él. Los había despojado de una fortuna o, al menos, de mucho dinero. Sebastián pensó en aprovechar la oportunidad de si podía encontrar, en esa mesa, el dinero para la nueva inversión que tenía pensada. Ese había sido uno de los motivos por los cuales había asistido allí, además de divertirse y de conocer el lugar. Un par de caballeros, luego de haber sido despojados de su dinero, se retiraron. Sebastián le hizo señas a su amigo, para sentarse y probar su suerte. Ambos eran excelentes jugadores y muy pocas veces se iban con las manos vacías. Muy por el contrario, Sebastián había encontrado en el juego una forma fácil de conseguir dinero extra e invertir.

—Veremos qué tan bueno eres, muchacho —desafió Sebastián al muchacho dibujando una sonrisa burlona en sus labios.

El muchacho levantó el rostro. Para su sorpresa, llevaba un antifaz negro, a través del cual Sebastián notó un destello en el color esmeralda de sus ojos. Su curiosidad aumentó.

—¿Puedo saber quién eres, muchacho? —le preguntó Sebastián mirándolo a los ojos.

El muchacho le mantuvo la mirada.

—¿Viene a apostar o a curiosear? —le cuestionó entre dientes tomando las cartas de la mesa que acababan de repartir.

Sebastián tomó su baraja con una sonrisa; miró al joven.

—¡Bien, empecemos! —exclamó mientras le hacía señas a un mesero para que le llevara una bebida. Su amigo Andrew estaba sentado junto a él; había dos caballeros más esperando a quien

diera la primera jugada. Sebastián había creído que ese muchacho no era tan bueno, pero había podido ganar todo lo de la mesa en la primera jugada. Luego de un par de copas de coñac, y para su enfado, el muchacho ya les había ganado cinco jugadas seguidas. Pero él seguía decidido a darle pelea. Por el contrario, su amigo, con el mayor honor, se retiró luego de que el muchacho le ganó en tres jugadas seguidas.

—Ya retírate, Sebas, es lo mejor —le aconsejó su amigo, pero Sebastián hizo caso omiso.

—No perderé una fortuna así de fácil, y lo sabes —le retrucó Sebastián, lo que hizo que el muchacho hiciera su mejor jugada y le ganara.

Cuando por fin Sebastián se disponía a retirarse, algo llamó su atención. Miró detalladamente al muchacho, y descubrió algo muy interesante. ¿Era idea suya o era una mujer a pesar de que su antifaz le cubría la mitad de su rostro? Tenía facciones muy femeninas; su mirada no era la de un hombre, ya que poseía unas largas, oscuras y delicadas pestañas. Detrás de su mirada codiciosa, había en sus ojos un destello único que lo tenía cautivado, principalmente su color. Su sonrisa muy coqueta y sus labios, demasiado carnosos y femeninos, comparados con lo de cualquier hombre. El tono rosa pálido que tenían hacía juego con el color pálido de su piel. No era frecuente que otros hombres se fijaran en esos detalles, y mucho menos en esos lugares, donde solo se fijaban en las cartas. A eso había que añadirle la escasa iluminación.

Sebastián esbozó una sonrisa al no poder creer lo que estaba pensando. ¿Una mujer? No, eso no podría ser posible; sacudió su cabeza y tomó el último trago de su vaso y lo miró con consternación.

—De momento lo dejare aquí —le anunció a su amigo, levantándose de la mesa con un gesto de despedida. El muchacho asintió con la cabeza, a modo de respuesta.

Caminó nuevamente por el salón con su amigo, buscando a algún

desdichado y una buena mesa para recuperar lo perdido, mientras que en su mente no dejaba de pensar en el misterioso muchacho, ¿o muchacha? Pero eso era imposible: las mujeres no jugaban. Además, el muchacho era muy buen jugador, incluso mejor que ellos. Era casi imposible lo que estaba pensando. A pesar de ello, quiso averiguar más.

—Andrew, ¿sabes quién es ese muchacho? —le preguntó a su amigo mientras apoyaba un hombro en la pared observando el lugar.

—La verdad, no. He escuchado que, desde hace unos días, va una o dos veces a la semana a los diferentes clubes, y nadie ha podido ganarle. A más de uno le ha hecho perder una gran fortuna.

Sebastián se acercó muy discretamente a su amigo y le susurró:

—Lláname loco, pero te puedo asegurar que es una mujer.

—¡Realmente estás loco! —exclamó levantando un poco la voz. Sebastián le hizo un gesto para que hablara más bajo—. Jamás una mujer podría jugar así, y atribuye a eso que las mujeres no juegan.

—Lo sé, mi querido amigo —aceptó mientras una sonrisa se dibujaba en su boca—, pero una cosa te diré: de aquí no me iré hasta que me asegure de lo contrario. Vas a arrepentirte de haberme llamado loco.

Andrew soltó un bufido.

Luego de haber estado un par de horas en otras mesas de juego, Sebastián y su amigo Andrew habían recuperado lo perdido contra el misterioso muchacho enmascarado, demostrando que eran buenos jugadores. Hasta habían ganado el triple de lo invertido. Mientras Sebastián enredaba sus dedos en su cabellera castaña, pensando en su última jugada, vio con el rabillo del ojo al misterioso muchacho que estaba a punto de retirarse. Lanzó la baraja en la mesa mostrando que había ganado, y le indicó a su amigo que recogiera el dinero obtenido. Una vez hecho esto, se levantó y siguió al muchacho con una distancia bastante razonable, sin que este se percatara.

Sebastián pudo observar que, a pesar de llevar unos pantalones

un poco holgados, estos dejaban a la vista unas caderas bien formadas y muy femeninas. «¿Cómo no lo pueden notar? —pensó Sebastián—. Bueno, en realidad, no es que los hombres se anden fijando en esas cosas; no al menos en otros hombres». Luego de haber cambiado lo ganado por dinero, el muchacho se dirigió al recibidor y tomó su abrigo. Sebastián tomó la capa y salió rápidamente tras él. La lluvia había cesado, dejando las calles de Londres húmedas y frías. Notó que al muchacho no lo esperaba ningún carruaje y lo vio caminar. «Con la fortuna que ha ganado, y se dispone a caminar. Ni viviendo cerca, yo lo haría, principalmente estando a poca distancia de un barrio peligroso», reflexionó Sebastián. Realmente era muy misterioso; lo siguió muy sigilosamente, tratando de acercarse. Al llegar a un callejón cercano, decidió abordarlo. Caminó lo más rápido que pudo hasta alcanzarlo y tomarlo por la muñeca. El muchacho se volvió clavándole su mirada esmeralda, que Sebastián le sostuvo con una sonrisa. Intentó soltarse.

—Muchacho, ¿no cree que es muy peligroso andar con esa cantidad de dinero a estas horas por las calles londinenses?

—¿Acaso viene a recuperar lo perdido robándome? —le preguntó el misterioso muchacho mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa y lo retaba con la mirada. Sebastián no pudo evitar el hecho de observar esos carnosos labios, los cuales le provocaban besarlos, y el tono suave de su voz.

—Me temo que no, por lo cual su comentario me ofende. Solo vengo a afirmar algunas de mis sospechas.

El muchacho trató de soltar su muñeca pero, para su consternación, se vio acorralado entre la pared y el pecho de Sebastián. Lo encerró con sus brazos a cada lado, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué sospechas, si es que puedo saber? —lo increpó mientras intentaba zafarse. Ya su voz no era tan masculina.

Sebastián llevó una de sus manos hasta su rostro, tratando de quitarle el antifaz. El muchacho le dio un rodillazo en la entrepierna

pero, para su desgracia, solo consiguió rozarle una de las piernas: se encontraba demasiado cerca y no podía moverse muy bien. De todos modos, cumplió con su objetivo de que no le quitara el antifaz. Sebastián soltó una maldición entre dientes.

—Muy inteligente de su parte —le dijo, dibujando una sonrisa burlona en sus labios y presionándolo más contra la pared.

—Es una lástima no haber logrado el efecto que esperaba —le contestó el misterioso muchacho, dibujando una sonrisa en sus labios, con un destello de picardía en su mirada. Sebastián nuevamente hizo un movimiento rápido con sus manos, pero esta vez se dirigió a su sombrero. Consiguió arrebatarlo de la cabeza del muchacho y, para su sorpresa, vio cómo un delicado cabello color miel caía sobre los hombros del muchacho. Maldijo entre dientes y forcejeó para soltarse de Sebastián. Se deshizo de las bolsas terciopelo llenas del dinero ganado e intentó apartarlo poniendo sus manos en el pecho de Sebastián y empujándolo. Luego de haber visto aquel fino cabello y de haber escuchado su voz, solo tenía una cosa en mente: besarla y poder probar y saborear esos labios. Llevó una de sus manos a su mejilla, le miró los ojos color esmeralda, que mostraban pánico en el momento, bajó su mirada hasta su boca, acercando sus labios y la besó.

Ella lo rechazó inmediatamente; apretó fuerte su boca y forcejeó. Pero Sebastián no desistió, hasta que cedió y se dejó llevar por aquel beso, respondiendo a cada movimiento. Él le abrió suavemente su boca entrometiendo su lengua y deleitándose con su dulce sabor, explorando cada lugar. Ella emitió un sonido ahogado en la garganta. Sebastián disfrutó del sabor de aquella boca; sintió deseo por ella. No quería soltarla; quería probar más. Quería saber quién era y verificar si su cuerpo era igual de dulce; verla desnuda (sobre todo, ver esas caderas y ese trasero debajo de él). Su masculinidad no esperó mucho para reaccionar, y su erección fue recibida por sus apretados pantalones. El sonido de la voz de su amigo lo hizo regresar de su fantasía.

—Maldición, Sebastián, ¿dónde te has metido?

Escuchó a Andrew cuando se aproximaba. Soltó suavemente los labios de la chica; la miró rápidamente a los ojos y volvió la mirada hacia donde provenía la voz de Andrew, desviando la atención de la muchacha.

—¡Por aquí, Andrew!

Justo antes de percatarse, la chica se escabulló de entre sus brazos. Recogió la bolsa rápidamente y corrió. Al instante, Sebastián reaccionó, pero no alcanzó a agarrarla: ella fue más rápida que él.

—Maldición, Sebastián, ¿qué haces aquí?

Andrew se aproximó a él, mientras ambos veían un destello de cabellos color miel dar la vuelta a la salida del callejón. Corrieron pero, al llegar, escucharon un carruaje moverse a toda prisa. Sebastián sonrió a carcajadas mientras miraba el sombrero en la mano.

—¡Estás loco! —escuchó decir a su amigo.

—Me temo, mi amigo, que te arrepentirás de decirme loco. Sí, era una chica. Andrew sonrió.

—Lo sé: pude ver su cabello.

Capítulo uno

—Padre, ya te he dicho una y mil veces que no me quiero casar, y no me casaré nunca, y mucho menos con un extraño —le objetó Katherine a su padre con el ceño fruncido.

—Pequeña, ya te dije que no es un extraño: nuestras familias han sido amigas desde hace muchos años.

—¡Solo lo conocí una vez hace algunos años! Y éramos unos niños, por lo cual sigue siendo un extraño para mí.

Katherine era la hija menor del conde de Rosethon, Alexander Rushmore. Katherine recién había cumplido dieciochos años y, debido a una promesa familiar, no había tenido la oportunidad de haber asistido como debutante en la temporada de bailes, ya que estaba comprometida y, para poder asistir a aquellos bailes, debía ir con su prometido, o como una simple espectadora. Pero hasta la fecha solo le habían dicho que debía casarse con él y que el compromiso se anunciaría la siguiente semana. No conocía al que sería su prometido. Katherine era una muchacha hermosa, con su cabello color miel y con su piel blanca. Medía un metro sesenta y cinco. Sus labios eran carnosos y rosados, y tenía unos hermosos ojos color esmeralda, heredados de su madre. Poseía una figura delgada; no era muy voluptuosa, pero poseía unas caderas bien pronunciadas que resaltaban muy bien en cualquier vestido o vestimenta que llevara.

—Sabes que fue a estudiar al extranjero. Sus padres quisieron la mejor educación, además de que no fue hasta hace dos años cuando se le confirmó su compromiso contigo.

—¡Padre! —refunfuñó Katherine—, no me quiero casar con él. No lo conozco y no siento nada por él; además, ¿por qué recién ahora viene a conocerme si se supone que hace más de dos años estamos comprometidos?

—Hija, sabes que hicimos una promesa a tu abuelo en su lecho

de muerte. ¿Quieres faltar a la promesa? No vino antes porque así se lo ordené: aún no estabas en edad para casarte, ni tampoco quería molestarte con eso.

Ella se dejó caer en el sofá frente a su padre y se cruzó de brazos mostrando molestia.

—Si se supone que no estaba en edad para casarme, pudimos haber tenido un noviazgo, ¿no lo crees? Así, estaría más preparada y ya lo conocería. —Suspiró—. ¿Por qué tuve que tener un hermano? —Bufó—. Si hubiera sido mujer, ella estaría casándose con un desconocido, y no yo. ¡Me niego a casarme!

—¡Katherine, ya es suficiente! —escuchó una melodiosa voz venir desde la puerta: era su madre—. Hoy te reunirás con el muchacho; hablarás con él y van a tener alguna que otra cita ocasional y un noviazgo en el que podrán conocerse. No vas a casarte mañana.

Katherine, enfurecida, se levantó; observó de reojo a su madre y le clavó la mirada a su padre.

—Prometo que, si el muchacho no me agrada, haré hasta lo imposible para que desista de este maldito compromiso y se arrepienta de haberme conocido.

—¡Katherine Rushmore! —exclamaron ambos padres cuando se marchó de la biblioteca sin mirar atrás.

El conde no pudo disimular su enfado mientras su esposa se le acercaba brindándole una cálida caricia en la mejilla. El conde la atrajo hacia él y la besó en la frente.

—Querido, ya se le pasará. Adquirió tu rebeldía; ya verás que, al final, se va casar sin protestar. Ese muchacho debe de ser apuesto, conociendo a su padre, por lo cual no creo que nuestra pequeña se niegue a conocerlo.

Este le sonrió.

—Ya que lo recuerdas, yo tampoco quise casarme contigo cuando me lo dispusieron. La condesa sonrió

—Pero no pudiste resistirte a mi encanto, querido, en cuanto me conociste.

—¿Quién podría, mi amor? Además, ya te había puesto el ojo

antes de saber quién eras —le dijo con una sonrisa pícaro. Luego la besó en los labios.

La condesa era una mujer muy hermosa, de ojos esmeralda, cabello rubio, piel blanca, carnosos labios color rojo y un voluptuoso cuerpo. A pesar de su edad, se mantenía muy joven y hermosa.

—Pero este caso es diferente; a menos que el muchacho la impresione bastante, no creo que Katherine acepte tan fácilmente. ¿Y sabes una cosa? Me gustará ver cómo la convence aunque, siendo un Beckham, no tengo dudas de que lo logrará.

Lady Rosethon se perdió en los brazos de su esposo con un apasionado beso.

Katherine entró indignada a su habitación; se dejó caer en la cama y soltó un suspiro reprimido. Su mirada se perdió en el techo; llevaba días con su mirada perdida. Tenía en la mente a un hombre tan apuesto como un ángel caído, el cual últimamente le robaba los suspiros y le hacía recordar cada noche aquel beso.

—¿Otra vez pensando en él? —escuchó la voz suave de su mejor amiga cuando entraba en la habitación.

—¡Clara, me asustaste! —exclamó sentándose en la cama de golpe y mirándola.

Clara era su mejor amiga desde que eran muy pequeñas. Era la hija mayor del ama de llaves y del cocinero. Apenas era dos años mayor que Katherine; desde niñas disfrutaban jugando y haciendo travesuras. Incluso tomaban todas sus lecciones juntas (desde clases de baile hasta idiomas), debido a que Katherine se había encaprichado en que la acompañara. Después de que Clara cumplió quince años, se le asignó ser la doncella personal de Katherine, ya que ella se empeñaba en que la mayoría del tiempo la pasara junto a ella solamente. Sus padres nunca pusieron oposición en que su hija y ellas fueran amigas, aunque de cierta forma Clara ya era parte de la familia.

—¡Maldito bastardo! Desde ese día no puedo salir a los clubes de juego con libertad.

—Eso no es digno de una dama de tu clase —le reprochó Clara, meneando el dedo índice.

Katherine frunció el ceño.

—¿Has enviado el dinero al orfanato?

—Sí y, según la carta, ha sido recibido de maravilla. Las hermanas compraron bastante alimento y cosas necesarias para los niños.

Katherine soltó un suspiro de satisfacción; había aprendido a jugar muy bien con su padre y con su hermano, a pesar de la oposición de su madre. Pero su carácter rebelde siempre le hacía tener lo que quería sin que sus padres pusieran resistencia. Su madre la dejaba hacer lo que quería y, con una mirada, su padre se derretía. Se podía decir que era la consentida de sus padres. Descubrió que con el juego podía ganar dinero, y así ayudar un pequeño orfanato que se encontraba muy cerca de la finca familiar, en Worcestershire. Su familia poseía el dinero suficiente para ayudarlos pero, además de las ayudas de beneficencia que daba su familia, no le iban a permitir obtener más dinero para ayudar, por lo cual pensó que, utilizando su habilidad con el juego, obtendría el dinero necesario para ayudar el orfanato. Con la ayuda de su amiga y con la de un muy discreto cochero que estaba enamorado de Clara, ella se escabullía una o dos noches a la semana para salir a jugar.

—Ha sido una suerte que no te descubriera —le recordó Clara.

—No sé cómo hizo ese maldito bastardo para darse cuenta de que soy mujer.

Clara se encogió de hombros mientras sacaba un hermoso vestido de tono durazno del armario.

—Pronto no podrás salir a jugar. —Soltó un suspiro mirando el vestido.

—¡Ni lo sueñes! —bufó Katherine—. No me casaré; no pienso hacerlo nunca, y menos con un desconocido. Debe ser un regordete feo para que quiera casarse conmigo sin conocerme.

Clara soltó una carcajada.

—Creo que esta vez no podrás rebelarte a vuestros padres.

—¡Lo haré! Podremos escapar juntas; sé cómo ganar dinero. Recogeré el necesario y nos iremos lejos.

—Kathy, eso no durará mucho; ya se enteró alguien de que eres una mujer. Él podría contarlo y, si los otros se enteran, no tardarán mucho en saber tu identidad.

—No pienso casarme, Clara, me niego a hacerlo; sabes que quiero enamorarme del hombre con quien me case y casarme enamorada.

—Te puedes enamorar de tu futuro marido; te puedes llevar una buena impresión cuando lo conozcas y puede ser que el amor fluya entre ustedes. Aunque creo que ya te has enamorado. —Hizo una pausa—. Dime, ¿no te has enamorado de ese muchacho que te besó?

Kathy soltó una carcajada.

—¡Ni con él! Ni lo sueñes, Clara, no sé quién es. Tampoco me enamoraría de él; no es que no me haya gustado; es solo que...

—Has estado suspirando toda la semana por ese muchacho, Kathy; lo he visto —la interrumpió.

—No niego que me haya gustado el beso. Fue mi primer beso; además, aquel muchacho era muy apuesto. ¡Dios!, ¡era un ángel! Pero besarme sin conocerme... Eso no lo veo nada decente de su parte, además del hecho de haberme seguido.

Clara sonrió y apoyó el vestido en una silla que se encontraban cerca del ropero.

—Debería de ponerme otro vestido, así que busca uno de mis vestidos viejos, sencillos y, si es posible, roto.

—De esos vestidos no tienes. —Clara puso los ojos en blanco—. En un rato vendré para ayudarte con el baño para que no pienses en tonterías.

Y salió de la habitación cerrando la puerta tras ella.

«¡Tonterías! —pensó Kathy mientras se tumbaba nuevamente en la cama—: pensar en un hombre no es una tontería».

Mientras pensaba en aquel beso, quiso volver a sentir esos labios. Aquel beso la tenía embelesada; había sido el primero que había

recibido. Además, ese muchacho había hecho que su corazón se le acelerara y que su cuerpo se estremeciera. Su cruce de miradas la cautivó, con esos hermosos ojos color avellana. Apostaba a que su prometido nunca la besaría así ni le haría sentir lo mismo. Debía de ser uno de esos lords aburridos que se casaban por obligación y solo usaba a las mujeres para procrear hijos y fanfarronear gastando la fortuna de sus padres. Soltó un suspiro y se perdió en sus pensamientos mientras rozaba sus labios con sus dedos, recordando aquel beso.

A regañadientes Katherine se había vestido para la cena de encuentro con su prometido. Clara prácticamente la había metido en la tina a rastras, obligándose a no pedir ayuda de la condesa, ya que sería peor. Kathy al fin había desistido y se había puesto el vestido color durazno, el cual tenía un escote muy pronunciado. No era adecuado para las señoritas de su edad, pero era ella, y siempre tenía lo que quería. La mayoría de sus vestidos eran así, ya que era la moda. El escote iba decorado con un encaje, que también adornaba las pequeñas mangas. Clara le hizo un moño bajo, que decoró con algunas rosas blancas naturales. El olor se combinó con el exquisito aroma de rosas de su perfume. Kathy se miró al espejo y soltó un suspiro.

—Me veo demasiado hermosa para un patán como ese, que debe ser horrible y se dejará impresionar por mí; así nunca podré hacerlo desistir de que se case. Clara sonrió mientras terminaba los detalles de su peinado.

Sebastián había llegado a la residencia del conde de Rosethon. Luego de una extensa charla con su familia, había tomado la decisión de conocer al fin a su prometida. Desde hacía dos años que había aceptado llevar a cabo el compromiso con ella, pero no había tenido la oportunidad de conocerla. Aunque su residencia era en Estados Unidos, viajaba constantemente a Londres. Pero, siempre que se lo planteaba el conde, ponía alguna excusa. Al parecer, la

muchacha era muy obstinada y difícil de persuadir pero, ahora que ya estaba en edad de casarse, el conde pensó que era la oportunidad perfecta, y así podría obligarla a llevar a cabo la promesa. Sebastián aún no estaba del todo convencido de querer casarse: aún era joven y no conocía a su prometida. Pensó que no solo podría ser obstinada, sino amargada y fea. Todo sería por la promesa, aunque no se veía con la capacidad de soportar como esposa a una mujer que no fuera de su agrado. Pensándolo bien, podía dejarla en Londres y él, volver a América después de consumado el matrimonio.

Cuando Katherine bajó, en el salón ya se encontraba su prometido junto a su padre. Ambos estaban tomando una copa de vino y poniéndose al día con los acontecimientos cuando Katherine entró. El muchacho se encontraba de espaldas junto al conde, observando el jardín por la amplia ventana; mientras conversaban, una ancha espalda le llamó la atención a Katherine: era todo lo contrario de lo que imaginaba hasta el momento. Poseía una espalda un tanto atractiva y la altura perfecta. «¿Será que también tiene una bonita cara, ya que su trasero sí lo es?». Katherine alejó esos pensamientos de su cabeza; se acercó a ellos.

—Padre —le dijo Katherine mientras se aproximaba.

Su padre se volteó al escuchar su voz y caminó hacia ella. Se acercó y le besó la frente.

—Ven, te presentaré a tu prometido —le dijo sonriendo.

El joven giró lentamente, clavando su mirada en ella. Katherine observó su rostro y, para su sorpresa, se encontró con un rostro angelical y conocido. Era él, era el mismo hombre que la había besado aquella noche. Sintió cómo la sangre se le escapaba de su cuerpo al notar cómo la miraba su padre. «Tranquila, Kathy, no te conoce», se dijo a sí misma y dibujó una sonrisa en sus labios, tratando de dejar los nervios de un lado.

—Ella es mi hija, Katherine —la presentó—. Y tu futura esposa.

Ella levantó su mano, y Sebastián la tomó besando sus nudillos. Katherine sintió su corazón acelerarse al solo tacto de ese hombre.

No pudo evitar recordar la sensación que había sentido al besarlo. Sintió un ligero escalofrío rodear su cuerpo.

—Es un gusto conocerlo —le sonrió Katherine retirando su mano y apenas conjugando palabra.

—El gusto es mío, milady. Mi nombre es Sebastián Beckham. —Dibujó una sonrisa en sus labios—. Su prometido y su futuro esposo.

—Aún no es seguro que vaya a ser mi esposo, pero prefiero no discutirlo de momento. Sebastián era un joven de veinticinco años; medía un metro ochenta. Poseía un cuerpo escultural: anchos hombros, pectorales firmes. Su cabello era castaño claro, cortado a la moda; su piel, blanca; sus ojos, color avellano. Poseía una sonrisa burlona muy sexy. Kathy lo miró con un brillo pícaro, lo que impresionó a Sebastián. «Ya he visto esa mirada», pensó Sebastián, fascinado.

—En un momento nos acompañarán mi esposa y mi hijo. Ya sabe cómo son las mujeres: se demoran un poco. Respecto de mi hijo, aún no sé si ha vuelto.

—Claro, no hay prisa —le contestó Sebastián sin dejar de mirar a Katherine.

—Lo sé muchacho, aunque los jóvenes de hoy en día no se preocupan por esas cosas. Por ejemplo, mi hijo aún no tiene intenciones de buscar una prometida.

Katherine soltó una carcajada; Sebastián tenía su mirada fija en ella. Era realmente hermosa; poseía unas facciones impresionantes. Solo se parecía a su padre en el tono de su cabello. Tenía unos hermosos ojos esmeralda, con un destello único. Al verla sonreír, notó unos carnosos labios color rosa pálido que lo fascinaron. En ese momento, lo único que deseaba era probarlos para saber si eran dulces. Se sentía embelesado por esa mujer.

—Padre, tú no pudiste esperar mucho, ¿verdad? —le comentó divertida.

—Me temo, hija que, si esperaba mucho, no serías mi hija. Había demasiados pretendiendo a tu madre, aunque yo era la mejor opción para tu abuelo. No quitábamos el hecho de que otro

muchacho pudiera ofrecer algo mejor por ella y llevársela. —Le lanzó una mirada de advertencia a Sebastián. En ese momento, la condesa entró al salón.

—Querido, Eduardo no nos acompañará hoy. Acabo de recibir una nota de disculpas por su ausencia.

«¡Maldito bastardo!», pensó Kathy. Siempre buscaba una excusa para no asistir a las reuniones familiares, y aún más desde que se había hecho cargo de la finca familiar.

—Típico en él: ama estar en la finca —lo justificó el conde mientras tomaba la mano de su esposa y le daba un tierno beso en los labios. Era muy común ver este tipo de muestras de cariño en ellos, especialmente en la casa—. Mi amor, él es Sebastián.

—Milady, ¿cómo está usted? —la saludó con una reverencia mientras ella se acercaba a él.

—Me encuentro muy bien, y es un placer que haya venido, muchacho. Ya moríamos de ganas por conocerlo. —Enmarcó una pequeña sonrisa en sus labios.

—El placer es mío, lady Rushmore —le respondió con una sonrisa, besándole la mano.

Luego de las presentaciones y de un par de palabras, llegó la hora de la cena, así que pasaron al comedor, donde ambos condes se sentaron en un extremo de la mesa. La joven pareja quedó frente a frente.

Un par de lacayos, con la ayuda de unas doncellas, comenzaron a servir una variedad de platos, entre estos, ternera asada en salsa agridulce, codorniz al horno, verduras salteadas, y muchos otros manjares para degustar. Katherine había planeado comer sin modales, para así darle una mala impresión al hombre. Esto hizo que Clara sintiera curiosidad por su actuación y se asomara a ver qué tan buena actriz resultaba Katherine pero, para su sorpresa, comió con naturalidad y muy recatadamente. Comió poco y siguió todas las reglas de etiqueta, cosa que era poco común en ella, ya que siempre tenía buen apetito.

Luego de haber retirado los platos principales, se sirvió el postre,

un delicioso pastel de arándanos con crema. Clara aprovechó la oportunidad y ayudó a servir los platos para acercarse a Kathy, tratando de descubrir por qué ella había cambiado de opinión. Cuando Clara se colocó a la par y le puso el postre en la mesa, Katherine le susurró:

—Es él...

Clara la observó fijamente, y Katherine se tocó los labios para que entendiera. Ambas se percataron de que Sebastián las observaba, y soltaron una sonrisa. Cuando Clara salió del comedor, se encontraba muy sorprendida. Ahora entendía por qué Katherine no se comportaba como lo había planeado; miró detenidamente a Sebastián y sonrió. Comprendió por qué su amiga había estado suspirando tanto por él.

Capítulo dos

Katherine se encontraba en el jardín en compañía de Sebastián. Luego de la cena, su madre les había propuesto que salieran a conversar, con el propósito de que se conocieran un poco más. Había llevado a cabo un pequeño plan para que su hija no pudiera negarse.

—Muchacho, me han dicho que gusta de la jardinería. Podría dar un vistazo a algunas nuevas adquisiciones en mi jardín, y tal vez le guste alguna para vuestra madre.

—Oh, sí, milady, pude observar una gran variedad de rosas en su jardín.

En realidad, no era que le gustara la jardinería, pero había adquirido el gusto por las plantas gracias a su madre y disfrutaba comprándoselas.

—Katherine estará encantada de acompañarlo. —Le guiñó el ojo a su hija—. ¿Verdad, Katherine? Ella asintió con la cabeza con una sonrisa fingida. «Sí, claro», pensó Katherine. Le agradaban las flores, pero nunca habían sido de su interés, a diferencia de su madre, que tenía la obsesión de tener todo tipo de flores, especialmente rosas, tanto allí como en la propiedad de Worcestershire. En la finca poseía un jardín muy extenso junto a un gran invernadero, donde pasaba horas. Además, la madre de Sebastián siempre intercambiaba flores con ella; siempre que Sebastián regresaba del extranjero, le llevaba alguna especie diferente.

—Es una exquisitez de especies, sin dudas —apreció mientras observaba el jardín. Katherine lo miró de reojo.

—Debería de visitar el jardín de la propiedad en Worcestershire —le sugirió Katherine con un tono burlón.

—Oh, claro, según entiendo, el jardín de su madre es mucho más grande y debo admitir que, una vez que lo visualicé a la distancia, ya

que la propiedad de mi familia está un poco cerca. Los invernaderos son una hermosura.

—Sí, es bastante amplio. Posee una extensa parte de la propiedad en ambos lados de la casa y se la pasa en el invernadero experimentando nuevas especies.

—No me cabe duda de que pronto visitaré el lugar, ya que ahí se realizará el baile de nuestro compromiso.

«Compromiso...», pensó Kathy. Ese hombre pensaba llevar a cabo la voluntad de sus abuelos y padres, y cumplir con esa promesa. Menudo idiota... No sabía por qué infierno lo haría pasar —y vaya que le haría pasar un infierno sin que ella lo causara a voluntad—, y más por el hecho de descubrir que era un patán libertino que seguía y besaba jovencitas desconocidas por las calles.

—Respecto de eso —dijo con una sonrisa pícara, que se dibujó en su rostro—, yo no deseo nuestro matrimonio y, si fuera tan inteligente como se lo ve, debería oponerse también.

—¿Por qué debería? Yo no tengo ninguna oposición de casarme contigo, y menos ahora que te conozco y no eres nada desagradable para la vista.

Ella arqueó una ceja por el comentario.

—¡Nada desagradable para la vista! —exclamó molesta—. Pues usted, lord de pacotilla, sí lo es para mi vista —le reprochó enfadada. El hecho de que solo se fijara en su belleza realmente la enfureció.

Él esbozó una pequeña sonrisa y se acercó a ella tomándola por la cintura. No era usual que las mujeres le hicieran esos comentarios: era demasiado apuesto y tenía más de una tras sus huesos, deseando ser cortejada por él o ser llevada a la cama. Mientras estuvo fuera y de regreso, hizo provecho de sus atributos y disfrutó de varias damas de distintas edades, por lo cual sabía que su prometida solo bromeaba fingiendo disgusto y antipatía por él. Ella tenía demasiado coraje para hablarle de esa forma; era la primera mujer que lo hacía, y vaya que le había gustado. Iba a ser todo un reto para él, así que se había acercado a ella y, en un

impulso, la había tomado por la cintura.

Al notar sus manos en la cintura, ella lo miró con disgusto.

—¿Podría soltarme? —le pidió con brusquedad, tratando de soltarse.

Él la acercó frente a él con fuerza; llevó una mano a su espalda y con la otra le tomó la barbilla, haciéndole levantar la mirada y verlo a los ojos. Ella le sostuvo la mirada.

—Me temo que me dispongo a conocer mi prometida, por lo cual quiero verla más de cerca.

Katherine sintió cómo su corazón se le aceleraba al sentirse tan cerca de él; el roce de su mano en su espalda hizo que la piel se le erizara. Lo miró a los ojos y recordó, aquella noche, el beso. Sus labios comenzaron a temblar, por lo que los cerró con fuerza y mordió uno de estos por dentro, ya que se moría de ganas por probarlos nuevamente. Ese hombre la provocaba.

Él observó con determinación su radiante mirada esmeralda y bajó la vista a sus carnosos labios, los cuales estaban muy apretados. «Estará nerviosa», pensó; los rozó suavemente con su pulgar. Recordó los que había besado unas noches atrás, y el hecho de tener tan de cerca a su prometida le hacía tener las mismas sensaciones en su cuerpo. Quería probar esos labios, su dulce sabor; perderse en el olor de ella y hacer que esos ojos pícaros lo miraran con timidez y deseo. Quería acariciar sus voluptuosas caderas y, si era posible, arrancarle la falda y admirarlas desnudas bajo su cuerpo, besarlas en cada rincón. ¡Dios! Ese escote dejaba ver sus pequeños pechos, que deseaba besar y con los que deseaba deleitarse. Sintió su erección apretada en su pantalón; no comprendía cómo solo con su presencia llegaba a excitarlo tanto. Ninguna mujer, a excepción de la enmascarada, le había hecho sentir eso en toda su vida.

Ella levantó su mano para retirar la de él, que acariciaba sus labios.

—Yo no opino lo mismo. —Su voz era suave y dulce; mientras bajaba la mirada—. No creo que esta sea la mejor forma de

conocernos.

Él le levanto el rostro haciendo caso omiso de la objeción de su mano; pudo observar cierta timidez en su mirada y, sin pensarlo, se apoderó de sus labios. La besó con tanta fuerza y deseo que Katherine se sorprendió. A pesar de que lo había rechazado con fuerza, no tardó mucho en responder a aquel beso. La besaba con pasión, haciendo que poco a poco ella abriera su boca para él y le permitiese que su lengua explorara su boca. Ella no pudo contenerse, ya que deseaba aquel beso. Kathy llevó una de sus manos hasta la nuca y apretó sus dedos en su cabello castaño, mientras la otra ponía oposición entre su pecho. Él la besaba con más fuerza, con más deseo, y se asustó de sí mismo por la forma en que estaba deseándola. Quería probar más de ella, poseerla allí mismo, hacerle el amor, hacerla suya. Soltó la boca de Katherine y deslizó la suya con suaves besos por su barbilla y cuello hasta llegar a su pecho, dejando un camino de fuego. Katherine sintió sus cálidos labios rozar el borde del escote; soltó un gemido y lo alejó con fuerza.

Su respiración era acelerada, igual a la de él; ambos jadeaban. Sebastián suavemente deslizó una mano sobre su cabello intentando acomodarlo. Ella lo miró con timidez, pero esa mirada también reflejaba picardía y deseo.

—¡Vaya forma de conocer a las mujeres! —exclamó enfurecida—. Deja una muy mala impresión de su parte, ¿lo sabía?

—Perdóneme por mi comportamiento, Katherine. —Se acercó nuevamente a ella.

—¿Así se comporta con todas las señoritas que conoce? —hizo el comentario recordando la noche anterior y la misma forma en que la había besado, aunque esta vez la había besado con más intensidad y, como no sabía que era ella, le dejó una pequeña duda.

—¡No! nunca me comporto así; soy un caballero. A menos que una dama me lo permita, no me dispongo a tocarlas. —Sebastián no lograba entender su comportamiento: su sola presencia le hacía desearla. Ella arqueó una ceja y le mostró una mirada de desagrado.

Nunca se imaginó que su prometido fuera un casto: todo lo contrario. Debía de ser un libertino en su mejor momento, y que no las tocaba... menuda mentira: unas noches atrás la había besado a la fuerza. Ni imaginar la cantidad de mujeres a las que había besado ya; se imaginó que primero las seducía, aprovechando lo apuesto que era y luego se aprovechaba de ellas—. Aunque debo admitir que mi beso no le disgustó —le objetó con una sonrisa burlona, haciéndola volver de su pensamiento.

«Maldito idiota», pensó Katherine. No solo la había besado a la fuerza, sino que también presumía de ello. De pronto quedó cautivada por esa sonrisa, ¡Dios!, qué sonrisa más hermosa...

—Me imagino que ha de tener muchas mujeres a su merced y puede elegir a la que quiera, así que no veo por qué quiera estar obligado a un compromiso conmigo.

—Por la promesa, por supuesto. —Su sonrisa burlona se agrandó—. Aunque me temo que llegó la hora de sentar cabeza. Por ello voy a hacer cumplir la promesa y hacerme de una esposa, evitando el hecho de pasar el desagrado de elegir una de esas damas que buscan un marido adinerado.

«Maldita promesa», pensó Kathy. De cierta forma, ambos estaban pegados a esta y de cierta forma no podían romperla. Los abuelos de ambos eran amigos desde la infancia y siempre tuvieron la intención de unir a sus familias pero, para su desgracia, ambos habían concebido hijos varones, por lo cual le hicieron prometer a sus hijos que unieran sus familias si era posible. El abuelo de Sebastián había muerto hacía ya diez años; le hizo prometer a Sebastián, en su lecho de muerte, casarse con la nieta de Edward Rushmore, así como a Katherine, unos años atrás, su abuelo la había obligado a hacer la misma promesa. Ella no comprendía bien en el momento pero, al ver a su abuelo agonizando, se lo había prometido, sin darse cuenta de que estaba atando su futuro a un compromiso forzado prácticamente con un desconocido.

—¡Maldita promesa! Y, si yo fuera una de esas damas, ¿se rehusaría a casarse conmigo? —murmuró Kathy y, para su asombro,

Sebastián la miró con admiración.

—Una dama hablando de esa forma... Por lo que veo, no le interesa qué beneficios puede obtener de mí.

—No me considero una dama; al contrario, para usted puedo ser todo, menos eso, ya que seré su perdición. —Katherine lo miró a los ojos y, para su sorpresa, él le sostuvo la mirada—. ¿Y qué beneficios se supone que puedo tener de usted?

—Me gusta que sea mi perdición, una perdición muy hermosa —se apresuró a decir mientras que en sus labios se le dibujaba esa sonrisa burlona—. Así que, hermosa, no pienso romper esa promesa. Además de que será una hermosa condesa, dispongo de una pequeña fortuna propia debido a mis negocios y a todo lo demás que tiene mi familia. —Su sonrisa se extendió—. Le puedo hacer sentir que está tocando las estrellas. —Katherine no comprendió su último comentario, pero no le dio importancia. *Después de un tiempo se arrepentirá de esto, y ya no le gustaré y será demasiado*—. Me temo —la interrumpió en su pensamiento— que eso no sucederá, y le puedo asegurar que nunca dejará de gustarme; al contrario: le aseguro que, con el tiempo, me gustará aún más.

Ella no podía creer esas palabras; incluso el mismo Sebastián no se podía creer tales palabras. No entendía el deseo que tenía de hacerla suya; la deseaba, lo estaba volviendo loco, y lo que era peor no quería que ella se separara de él nunca más. Realmente, quería hacerla su esposa, conocerla más, consentirla, amarla y tenerla para siempre junto a él.

—Eso lo veremos —lo desafió, mostrándole una mirada retadora, lo que a él gustó. Esa rebeldía que poseía, su forma de ser tan poco inusual era perfecta para él. Todo un desafío. La imaginaba en la cama emanando tanta rebeldía y timidez, resistiéndose y él intentando domarla de mil formas, hasta que ella se dejara seducir por el deseo y placer de estar con él, de poseerla y brindarle tanto deseo a él que lo dejara cada vez más insaciable de ella. Una voz melodiosa y suave lo hizo volver de sus pensamientos.

—Kathy, vuestro padre desea que se reúnan con él en la

biblioteca —les informó Clara.

—Gracias, Clara, enseguida vamos. —Le dirigió una sonrisa muy cariñosa mientras sus miradas se juntaban e intercambiaban algunas palabras. A Sebastián cada vez le gustaban más las mil y una formas con las que Katherine hablaba con la mirada. La forma en que le había hablado a la doncella le había causado curiosidad.

Clara se alejó, y Sebastián la miró con asombro por la forma tan cariñosa de hablarle a su doncella, al contrario de todas las damas de sociedad, que les hablaban con autoridad y un aire de desprecio.

—Es mi amiga —le explicó como si le hubiese leído el pensamiento.

—Interesante —le respondió Sebastián acercándose nuevamente a ella y atrayéndola por la cintura. Katherine lo miró con el entrecejo fruncido

—¿Acaso no dejará de tocarme?

—Me temo, mi preciosa niña, que no, y así será por el resto de vuestra vida. Recuerda que serás mi esposa, y ahora eres mi prometida.

Ella intentó soltarse, pero él la atrajo con fuerza apretándola hacia él bajo su cara. Se acercó a su cabello, deleitándose con su suave aroma a rosa. Kathy apoyó su rostro en su pecho. Podía escuchar los latidos de su corazón, pero aún más escuchaba sus propios latidos, ya que su corazón palpitaba con mucha fuerza. Sebastián levantó su rostro; besó su frente y bajó hasta sus labios dándole un suave beso.

—De ahora en adelante acostúmbrate a mis besos, hermosa. —Le dio otro beso—. Vamos, no hagamos esperar a vuestro padre. —Ella se separó de él suavemente, y este le tendió el brazo para que ella se lo tomara—. Por cierto, hermosa, me gustaría conocer cómo sucedió la amistad entre tú y la doncella, ya que eso es poco común y poco permitido. Ella dibujó una gran sonrisa en sus labios.

—En otro momento tal vez.

Capítulo tres

Clara entró en la habitación de Katherine sin avisar, como siempre lo hacía, ya que tenía ese privilegio por ser su amiga y por no tener secretos entre ellas. Katherine se encontraba sentada frente al espejo del tocador. Tenía el cabello suelto y su mirada perdida mientras se rozaba los labios con sus dedos. Cuando Clara la vio, puso los ojos en blanco y soltó una carcajada.

—Kathy, ¿acaso te has enamorado de tu futuro marido? —Katherine regresó de sus pensamientos con el ceño fruncido y miró a su amiga por el reflejo del espejo.

—¿Acaso te has vuelto loca? Ni se te ocurra decir tal maldición; no me sucederá —afirmó. Clara sonrió y se encogió de hombros.

—Estar enamorada no es una maldición, y no me cabe duda de que estaré loca cuando tú te enamores. Tu mirada me dice claramente que estás enamorada. —Katherine soltó un leve bufido y una maldición cuando Clara se acercó a ella para ayudarla a desvestirse—. Te he dicho que una dama no debe maldecir —le recordó Clara, ya que era lo que habían aprendido en sus clases de etiqueta—. Ahora bien, cuéntame qué fue eso de la cena y qué tal resultó tu prometido.

Katherine se levantó para que su amiga la ayudara a desabrochar los botones traseros de su vestido, retirar la enagua, el corpiño, seguido del delicado corsé y la ropa interior. Luego se puso una bata de lino rosa y comenzó a cepillarse el cabello.

—Clara, mi prometido... —hizo una pausa pensando lo que iba a decir—... es el muchacho que me abordó a la salida del club y me besó.

—¿Te ha descubierto o se ha enterado de que eres tú?

Kathy negó con la cabeza.

—Todo parece que no, pero... —suspiró— ... Sebastián me besó nuevamente.

—Así que se llama Sebastián; ¿sentiste lo mismo con el beso? —le preguntó Clara mientras cepillaba su larga cabellera.

—Y hasta más. —Soltó otro suspiro, pero más largo esta vez—. Me negué al compromiso con él, y se lo hice saber.

—¿Y qué opina al respecto?

—Se negó a romperlo, y me afirmó que el matrimonio se realizaría.

—¿Aún quieres negarte?

—No lo sé; él no negó haber sido un libertino, pero también me afirmó que cambiaría por mí y por el bien de nuestro matrimonio. —En realidad, no había sido así, pero esa había sido la forma en que ella lo había interpretado cuando le dijo que ya debía sentar cabeza.

—¿Y tú le creíste? —quiso saber Clara. Katherine se encogió de hombros y buscó otro tema de conversación.

—Mañana hay que ir por el traje para la fiesta de compromiso —le dijo Kathy—. Iremos por la mañana, así puedo ir por un sombrero nuevo. El patán de Sebastián se quedó con el mío la otra noche.

—¿Piensas volver a salir a jugar y apostar a esos clubes?

—Claro, la siguiente semana viajaremos a Worcestershire y llevaré dinero al orfanato.

—Kathy, es muy peligroso si tu prometido te descubre.

—No lo hará; iremos a otro club. Además, debo aprovechar que mi hermanito ha decidido esconderse nuevamente en la finca de Worcestershire, y así puedo jugar libremente. Aunque no me molestaría nuevamente reírme de la cara de asombro y molestia de mi hermano cuando le gane. Una de las tantas noches en la que Katherine había salido a apostar, se encontró frente a su hermano en una de las mesas de juego. Cuando este quiso probar suerte con el famoso enmascarado y demostrar que era un buen jugador, desafortunadamente, perdió. Katherine sabía que su hermano era un excelente jugador; aprendió a jugar con él y con su padre. Katherine siempre les ganaba; al principio, pensó que ellos se dejaban ganar, pero luego descubrió que no era así. Su hermano no asistía con frecuencia a estos clubs a menos que buscara alguna aventura o

distracción. Usualmente, siempre se la pasaba en la finca de Worcestershire; amaba el campo, los caballos y cabalgar, por lo cual le había pedido a su padre hacerse cargo de esas tierras. Aunque, si Katherine se llegaba a casar con Sebastián, la propiedad iba a ser de ellos, pero eso ya era otro tema. Katherine había disfrutado ver su cara cuando había perdido. Había sido lo mejor del mundo. Hasta el momento solo unos pocos habían sido capaces de ganarle sin que Katherine se lo permitiera, claro.

—Tú no cambias, Kathy, pero te aseguro que, de ahora en adelante, va a ser peligroso que andes apostando por ahí con tu prometido asistiendo a esos lugares, y más con lo sucedido.

—Sabes, Clara, que así me daré cuenta de si Sebastián cumplirá su promesa de dejar de ser un libertino, aunque realmente no sé por qué asiste a esos lugares. Es más, mañana iré al club Mathiu. Allí asisten las damas en busca de aventuras, y prostitutas, por no decir que también trabajan en ese lugar. Así me enteraré de si se deja llevar por alguna, si es que llega a presentarse.

—¿O si irá tras de ti? —le escuchó decir a Clara mientras recogía el vestido que Kathy recién se había quitado. Kathy soltó un bufido tragando una maldición.

—Si ese patán me persigue, le dejaré muy claro que no me interesa, y también romperé el compromiso con alguna excusa justificable.

Andrew se adentró en el marco grueso de madera caoba de la entrada en la casa familiar de Sebastián en Londres, ubicada en uno de los barrios más exclusivos en Mayfair. Era una casa familiar muy acogedora y grande aunque, desde que había regresado del extranjero hacía un mes, había estado solo su madre, que se encontraba un poco enferma (o al menos esa era su excusa). Habían decidido marcharse a la casa de campo de Worcestershire, una propiedad muy grande, ubicada junto a la de la familia de su prometida.

—Hombre, por fin decidiste conocer a tu prometida —le comentó

Andrew con una sonrisa.

Sebastián le indico que fueran a la biblioteca, donde le sirvió un vaso con whisky.

—Quería tomarme mi tiempo, mi estimado amigo, ya que no sabía con quién me iba a encontrar.

Andrew tomó el vaso con una sonrisa burlona de medio lado.

—Pensé que, luego de la enmascarada, no ibas a querer ir a por tu prometida.

Sebastián dibujó su típica sonrisa burlona en los labios mientras se sentaba en una de los sofás.

—Debo admitir, Andrew, que ella no me impresionó tanto como Katherine. Es muy hermosa.

Andrew no pudo evitar verlo con asombro: tenía un brillo diferente en su mirada.

—Pues ya deseo conocer tal belleza. —Sonrió con picardía.

—Recuerda que es mi prometida. —Sebastián jamás había sentido celos, pero en ese momento percibió que ese era el sentimiento. Sabía que su amigo lo respetaba; aun así, frunció el ceño y bebió un sorbo de su vaso.

—Lo sé, amigo mío, solo quiero saber quién es esa misteriosa chica que te ha dejado tan embelesado, tanto como para querer seguir con tu compromiso y casarte.

—Nunca dije que iba a renunciar al compromiso —le afirmó Sebastián—. La próxima semana, en el baile de compromiso, la conocerás. Mientras tanto, conserva la duda.

Andrew sonrió.

—No tengo las intenciones de asistir, así que seguiré conservando la duda y dime: si encuentras a la misteriosa enmascarada, ¿volverás a seguirla para saber quién es?

—Probablemente, sí. —Se levantó y caminó hasta la mesa—. No niego que me gustaría saborear sus labios una vez más. —Tomó la botella y volvió al sofá—. O saber quién es y quién le enseñó a jugar. —Se dejó caer en el sofá después de poner la botella cerca de él—. Pero no tengo tanto interés de momento.

Andrew se acercó a él y tomó la botella.

—Eso también me gustaría saberlo. —Llenó su vaso y luego el de Sebastián—. Mira que ganarnos a ambos...

—Debe ser alguna hija de un aristócrata que escapó de su familia, aunque ese tipo de muchacha no juega de esa forma o nunca aprende. De un juego inocente con amigas no pasa. —Bebió un poco—. Puede ser una muchacha de clase baja que aprendió a jugar clandestinamente y ahora busca hacer su fortuna —conjeturó Sebastián, meneando la cabeza.

—Bueno, sea quien sea, espero no volver a jugar con ella. —Bebió de un trago el contenido de su vaso, recordando su pérdida.

—Ni yo, pero te aseguro que no querrá volver a enfrentarse a nosotros. No después de lo que pasó.

Al caer la noche, Katherine se escabulló como de costumbre de su casa con la ayuda de Clara y del joven cochero. Como ya le había asegurado a Clara, se dirigió al club Mathiu. Sabía que, si su prometido era tan honorable como decía, no iría ahí. También sabía que conseguiría una gran cantidad de dinero, ya que era un club muy frecuentado. Katherine entró al lugar; observó muy detalladamente y, para su asombro, una de las voluptuosas mujeres se acercó para guiarla por el lugar.

—Es un honor tener al muchacho enmascarado en este club —le escuchó decir a la joven anfitriona mientras caminaba junto a ella contorneando sus caderas en un muy sensual vestido. «Vaya... así que ya era famoso», pensó, sonriendo. Katherine se sentó junto a una mesa indicada por la mesera. Algunos de los que estaban ahí deseaban jugar con ella.

La noche había sido muy provechosa. Había ganado una gran cantidad de dinero con todos los que se decidían a arriesgarse a jugar con el misterioso enmascarado. Después de haber jugado en la mesa asignada por una de las muchachas y de haber ganado un par de partidas, Katherine había cambiado a una mesa propia que se

encontraba desocupada. Como era costumbre, se sentaba en alguna mesa que se encontraba en alguna esquina, ya que eran menos iluminadas, y así ocultaba más su rostro. Esa mesa era perfecta: tenía a la vista a todo aquel que entrara. Ya que esperaba ver a su prometido, pensó que era el mejor lugar, pero Sebastián no se presentó. Ya debía marcharse de allí así que, después de un par de palabras coquetas y seductoras de una de las meseras, Katherine recogió todas las fichas para luego cambiarlas mientras terminaba una copa de vino blanco. Al alzar su mirada, vio al amigo de Sebastián entrar al lugar —menuda sorpresa—. Sin apartar la vista, lo siguió, observando su galantería con la mesera, que se apuró a recibirlo. No había observado al muchacho tan detalladamente: era un joven apuesto, aunque no tanto como Sebastián. Llevaba el cabello castaño oscuro hasta el cuello. Su piel era blanca y un poco bronceada; sus ojos eran de color verde. Era atractivo, pero no para ella. Katherine se quedó unos segundos más a la espera de que su prometido entrara tras él, pero resultó que el muy patán no se presentó. Así que, después de haber recibido el dinero, se decidió a irse de ahí. Justo cuando se disponía a salir del lugar, el amigo de Sebastián la observó y la detuvo antes de que pudiese salir.

—Joven, ¿me permite un momento? —le dijo con seriedad mientras se escabullía de las manos de su anfitriona.

—Disculpe, ya me dispongo a retirarme. Debo cumplir con otras obligaciones esta noche —le objetó Katherine sin mirarle.

—Es solo un segundo —le insistió Andrew.

Ella suspiró y asintió con la cabeza. *¿Qué es tan importante como para que no pueda esperar?*

Justo en ese momento Katherine lo miró a la cara; Andrew se mostraba muy sorprendido. Él

no había observado la cara de la muchacha detalladamente hasta ese instante. Para su asombro, descubrió lo que decía su amigo sobre sus labios y sus rasgos muy femeninos. Katherine enmarcó una ceja observando la cara de embobado de Andrew.

—Perdón, señor, tengo prisa.

Andrew reaccionó disculpándose.

—Me gustaría saber dónde aprendió a jugar.

—En mi colegio —le contesto rápidamente apartando la cara y observando la salida.

—¿Y a qué colegios asistió? —le insistió.

—Fui al extranjero.

Andrew quería insistir pero, al ver que el muchacho no tenía intenciones de hablar, se despidió de él con un breve gesto.

Katherine entró a la habitación escoltada de su amiga Clara, que se las ingeniaba muy bien para meterla discretamente en la casa cada noche que salía. Kathy se quitó el sombrero, dejando caer su ondulado cabello color miel, que llegaba hasta la cintura. Soltó un agudo suspiro y tiró el sombrero al suelo.

—¿Que ha pasado, Kathy?, ¿nuevamente tu prometido? —le preguntó su amiga.

—No, me encontré con el amigo de Sebastián, bueno, el muchacho que lo acompañaba el otro día.

—¿Sebastián estaba ahí con él?

Katherine deseó ver a Sebastián, aunque era más que claro que no quería verlo ahí con tanta mujer vulgar que había en el lugar, aunque eran simpáticas. Pero no le gustaba la forma en que lo seducían, y más cuando había visto a aquella con el amigo de su prometido, muy coqueta, insinuándosele. —Para mi sorpresa, no. — Se quitó el chaleco negro que llevaba y se lo dio a Clara—. Justo cuando me disponía a salir del club, lo vi entrar. Reconocí al joven que acompañaba a Sebastián la otra noche, y esperé un par de minutos mientras terminaba mi bebida, a ver si él estaba junto con Sebastián o llegaba luego, pero no fue así. Al parecer, va a cumplir su palabra, o simplemente no frecuenta esos lugares. No lo creo así. —Se retiró la camisa de lino lanzándola en la cama y se dispuso a quitar el vendaje de su pecho con la ayuda de Clara—. La mayoría de hombres que asisten ahí lo hacen por diversión femenina, así que creo que no le gusta ese tipo de mujeres. No debe de ir ahí.

—¿Crees en él o en su palabra al menos de momento?

—Lo intento, pero recuerda que no lo conozco, así que no me fío de su palabra. Y sabes que no tuve una muy buena impresión de él.
—Katherine se colocó un camisón para dormir mientras la ayudaba a su amiga a recoger los restos de ropa y esconderlo en uno de los baúles en su cuarto—. El muchacho insistió en saber dónde había aprendido a jugar.

—¿Qué le dijiste? —Terminó de guardar todo.

—Mentí, obviamente. —Katherine se sentó frente al espejo—. Le dije que había aprendido en el extranjero, en el colegio.

Clara se acercó a ella para cepillar su cabello.

—Tú y tus ideas, Kathy. Recuerda que tu prometido estudió en el extranjero, y puede ser que él también.

Katherine sonrió.

—Cierto, pero no he dicho exactamente dónde. Por cierto, Clara, mañana hablaré con mi madre para que asistas al baile junto a mí.
—Cambió de tema de conversación.

—Claro que iré: soy tu doncella personal y debo ayudarte con todo.

—No como mi doncella, Clara —negó. Tomó el cepillo y se volteó para verla—. Como mi invitada, acompañante y, principalmente, como mi amiga o como tú quieras; menos como mi doncella.

—¡Oh! Kathy, no puedo. —Negó con la cabeza—. Yo no podría.

—Claro que podrás. Ya hablé con la modista y pasado mañana iremos por los últimos retoques de tu vestido.

—Kathy, realmente no puedo ni debo.

—¿Me negarás eso, Clara? Es uno de mis días especiales, y te necesito a mi lado.

Capítulo cuatro

Aunque Andrew había insistido en que lo acompañara al club Mathiu, Sebastián se había negado. Desde que había llegado del extranjero, no había hecho más que acompañar a su amigo a los distintos clubs, aunque para su propio beneficio y para el de sus negocios. También había ido a uno que otro burdel en busca de compañía femenina, ya que quería disfrutar un poco antes de aceptar su compromiso y casarse, aunque no necesitaba pagar a las mujeres. Él no creía que tuviera que mantenerse fiel a su esposa, ya que lo más seguro era que sería una de esas aburridas muchachas que gustaban de un título y eventos sociales, y se conformaban con casarse con un hombre de buena posición que la llenara de lujos y, luego de haber procreado un par de herederos, cada quien viviría su vida de la mejor manera. Así que se dispondría a tener alguna amante que lo satisficiera en la cama. Pero, al conocer a Katherine, toda esa expectativa había cambiado. Ella era rebelde y hermosa; poseía un destello de picardía en su mirada y timidez. Quería poseer esa mirada que tanto lo atraía y que solo lo mirara a él. Quería saborear nuevamente sus labios, disfrutar de su dulce néctar, perderse en su delicioso aroma. Sus caderas lo enloquecían; quería verla desnuda. Deseaba disfrutarlas. Incluso pensó en que se verían hermosas cuando sus hijos crecieran entre estas. Su excitación no duró mucho en presentarse, sintiendo dolor por su rígido pantalón.

Sebastián soltó un suspiro reprimido; tomó un sorbo de whisky y se arrepintió de no haber salido con Andrew. Pero lo único en que quería pensar era su prometida, a la que muy pronto poseería. La haría suya, solo suya; sacudió un poco la cabeza tratando de hacer desaparecer sus pensamientos lascivos. Se levantó del sofá en el que había permanecido sentado desde que Andrew se había retirado. Le pidió al ama de llaves que le preparara un baño mientras caminaba hacia su habitación para intentar dormir y sacarse a

Katherine de su cabeza al menos por unas horas ya que, desde que la había conocido, no hacía más que pensar en ella.

Katherine caminó por el jardín hasta encontrar a su madre, la cual estaba junto a unas rosas rojas. Llevaba un gran sombrero para protegerse del sol, un par de guantes en la mano y un delantal lleno de tierra, mientras cortaba las ramas secas del rosal.

—Madre, te he estado buscando —le dijo Katherine cuando se acercaba a ella.

—¡Hija! ¿Vienes a ayudarme?

Katherine negó con la cabeza.

—Sabes que no comparto tu gusto por las flores, madre.

—Tu futuro marido sí. —Se detuvo un instante dejando de hacer lo que hacía—. Deberías aprender un poco.

Kathy sonrió sin expresión.

—Supongo que en su momento él me enseñará.

—¿Ya cambiaste de opinión sobre no casarte con él? —quiso saber su madre.

Kathy se encogió de hombros.

—Aún no, pero tampoco he dado una respuesta todavía. Sebastián es muy agradable y guapo, pero quiero conocerlo mejor.

No solo era agradable: era muy apuesto y no podía negar que, desde la primera vez que lo había visto en aquel club, no había dejado de pensar en él. Quería que volviera a besarla y sentir sus caricias disimuladas, y que sus brazos la envolvieran como lo había hecho unos días atrás en ese mismo jardín.

—Espero que pronto te convenzas de que no es tan mal muchacho y proviene de buena familia.

—Eso espero, supongo que con el tiempo. Madre, ¿puedo pedirte algo?

—Claro, dime, hija. —La condesa siguió revisando las flores y cortando las ramas.

—Me gustaría que Clara asista conmigo al baile.

La condesa le clavó la mirada inexpresiva en las flores.

—Ella irá contigo.

—No, madre. No como una sirvienta o mi doncella, sino como una invitada y como mi amiga, para que disfrute del baile junto a mí.

Se mantuvo un silencio en el que se escuchaba el canto de los pájaros.

—Sabes que no sería conveniente ni bien visto, pero no tengo ningún problema, Katherine, ya que ella dispone de modales y sabe bailar de acuerdo al protocolo. Sé que no hará el ridículo; además, es tu fiesta.

Como Katherine y Clara habían sido amigas desde muy niñas, Katherine se había empeñado en que asistiera a todas las clases con ella, y sus padres no quisieron oponerse a eso, por lo cual tenía una excelente educación. Aunque al principio, en su inocencia de niña, Clara lo había considerado normal, con los años no lo creía necesario. «No lo necesitaré; soy la hija de una ama de llaves», le había dicho una vez Clara a Katherine, lo que la hizo enfadar. Clara fue obligada a asistir a clases de etiqueta por Katherine, así como también a baile. Lo único a lo que se había negado a aprender fue a jugar, ya que tenía mucha vergüenza del conde.

Kathy esbozó una gran sonrisa.

—¡Gracias, madre!

—¿Ya le encargaste un vestido adecuado?

—Sí, madre, estará listo para mañana. Le harán los últimos detalles luego de que Clara se lo entalle.

La condesa sonrió.

—¿Cómo sabías que no me iba a negar?

—No lo sabía, pero sé que, al igual que yo, todos quieren a Clara y... —dudó al hablar—... la ven como parte de la familia, y no como una simple doncella de la servidumbre.

Y no se equivocaba en eso; la madre de Clara se había ganado el puesto de ama de llaves debido al respeto y cariño que le tenían los condes de Rosethon. Cuando Natasha había llegado en busca de empleo, la condesa estaba embarazada de su primer hijo y necesitaba quien la ayudara como doncella personal, ya que su

reciente doncella había renunciado para casarse con el hijo de un carnicero. Al ver la necesidad de ayuda inmediata, la contrató. Cuando la condesa tuvo complicaciones en el parto, Natasha se mostró muy preocupada, y no la abandonó en ningún momento. Luego del parto, la condesa enfermó de fiebre, lo que la mantuvo en cama durante una semana. Natasha la había cuidado, y también a su hijo, con dedicación. Durante los siguientes años fue la doncella de la condesa, incluso luego de haberse casado con el hijo de la cocinera (el actual cocinero, además de ser el padre de Clara). El conde le construyó, de regalo de bodas, una pequeña casa en la parte trasera de su casa. Cuando Natasha quedó embarazada de Clara, la condesa le asignó, con todo el dolor del alma, el puesto de ama de llaves, aunque Natasha se negó a recibirlo. Quería seguir sirviendo a Amelia ya que, a través de los años, habían desarrollado una amistad. Los condes le habían insistido en que no tenía que esforzarse para así poder cuidar de su hija con mayor disponibilidad de tiempo. Era frecuente ver a la bebé por la casa; cuando la condesa quedó nuevamente embarazada, Natasha se empeñó en cuidarla nuevamente. Luego de las complicaciones con su primer embarazo, temía por su salud. La condesa cayó en cama a consecuencia de la fiebre después del parto. Clara ya tenía dos años; a pesar de que la condesa disponía de una niñera para Eduardo (su hijo mayor, que tenía cuatro años), Natasha se empeñó en cuidar de Katherine y su pequeña hija. Les tomó mucho cariño; desde entonces ambas niñas estuvieron juntas, ya que Clara solía ir a verla dormir. Era muy común ver a la pequeña niña escabullirse en la habitación de Katherine. Así se fue formando su amistad. Amelia, la condesa, le tenía tanto cariño a Natasha como a una hermana.

—Sí, Kathy, he llegado a quererla como si fuera de mi misma familia.

Katherine sonrió; realmente, se encontraba feliz porque su madre cumplía su pequeño deseo.

—Pasado mañana nos vamos para Worcestershire, ¿verdad?

La condesa asintió con la cabeza.

—¿Tendrás todo listo para ella?

—Creo que sí, madre. Entre hoy y mañana lo intentaré. Ayer me ocupé de hablar con la modista para que tuviera todo listo. Debo terminar de convencer a Clara: ya sabes cómo es.

La condesa sonrió.

—No podría esperar menos de ti, Katherine; conociéndote, sabrás cómo convencerla.

Kathy le sonrió a su madre y le pidió un par de consejos sobre las rosas y las demás flores en forma de agradecimiento, ya que sabía que eso era lo que más le gustaba. A pesar de que su casa se encontraba en Londres, se encontraba en un terreno muy grande, por lo cual podía disponer de un gran jardín, aunque el que tenían en la finca familiar era mucho más grande.

Sebastián se encontraba leyendo el periódico mientras tomaba una taza de café en la cafetería San Matisse. Estaba a la espera de uno de los empresarios con el que esperaba hacer un negocio respecto al ferrocarril. En el último tiempo había tenido un gran avance, por lo cual pensó en invertir y comprar algunas acciones. Había ido un par de veces a Londres antes mientras mantenía su estadía en el extranjero y había invertido ya en algunos buenos negocios, ya que se disponía a crear su propia fortuna. Sabía que, en cualquier momento, su padre le iba a heredar el título como conde de Whistport, así como también las propiedades y la fortuna, al igual que a su hermano menor, que tendría algunos derechos, pero no quería disponer de eso cuando formara su familia. Se empeñó en invertir mientras estaba en el extranjero y, como resultaba ser un buen apostador y ganaba dinero fácil, de la misma forma le resultaba con los negocios.

Le había informado a su padre que no quería la dote de su prometida, así como también le había informado al conde de Rosethon que la única que podía disponer de ese dinero sería Katherine, por lo cual ninguno de los condes había puesto oposición en eso. Así que él la guardó en el banco en una cuenta a nombre de

ella, aunque creía que no la iba a necesitar porque él estaba dispuesto a darle todo lo que quisiera.

Andrew llegó a la cafetería; llevaba un traje a la moda en tono gris. Al entrar y observar todo el lugar, clavó la vista en Sebastián y se dirigió hasta su amigo. Sebastián alzó la mirada por arriba del periódico al notar a alguien frente a él, y observó la figura de su amigo.

—No esperé que estuvieras tan temprano despierto. —Bebió un sorbo de café—. ¿No fue tan provechosa la noche?

Andrew se sentó frente a él y sonrió.

—No todo es diversión, mi amigo; tengo negocios que atender, aunque debo confesarte que últimamente no hay nada que me divierta. Ando un poco aburrido, por lo cual regresé temprano a casa. De momento, no quiero saber de mujeres, y salir a jugar no es divertido sin ti.

Sebastián cerró el periódico y lo puso en la mesa; observó con asombro a su amigo.

—Andrew, discúlpame, pero no he visto aún esa faceta tuya. Créeme que me sorprendes.

—¡Ya la verás! En algún momento haremos negocios juntos; no todo será juegos y diversión entre nosotros. —Se detuvo—. Más ahora, que te casarás; por lo que veo, tienes más sentido de la responsabilidad hacia tu futura esposa.

—Mi estimado amigo, siempre he tenido sentido de la responsabilidad. —En sus labios se dibujó su típica sonrisa burlona—. Solo que buscaba un poco de diversión, y el hecho de que me case no quiere decir que no pueda salir a jugar un poco, ya que de esa forma obtengo el dinero para mis negocios, y también que no vaya a necesitar de tu compañía.

Andrew enarcó una ceja.

—¿Qué clase de juego?

—Apostar, por supuesto, ¿qué estás pensando, hombre?

—¿Y los juegos carnales? —le preguntó su amigo.

Bebió un sorbo de café.

—Pienso que con mi futura esposa no tendré necesidad de buscar otras diversiones u otras mujeres; con ella será más que suficiente. Estoy completamente seguro de eso.

Andrew no podía creer las palabras de su amigo; si no era porque lo conocía muy bien, podría decir que estaba enamorado o, si lo estaba, ¿era posible?

—¿Ya te olvidaste de la enmascarada?

—¿A qué se debe esa pregunta?

—Ayer la vi. —Le hizo señas a la mesera para que le trajera una taza de café—. Tenías razón: tiene unos labios muy carnosos.

—Tal vez algún día me decida a volver a probarlos.

—Avísame si no, ya que a mí sí me gustaría sacar provecho de esos labios. —Andrew le lanzó el comentario esperando alguna expresión, pero Sebastián no mostró ninguna: se limitó a fijar la vista en algún punto detrás de él y beber café.

Sebastián no entendía por qué su comentario le había causado tanto desagrado. El beso de esa chica y sus labios le recordaban a su prometida Katherine. Andrew había sido su amigo desde la infancia; habían asistido a los mismos colegios e incluso habían ido a la universidad en el extranjero. Ambos tenían los mismos gustos por el juego y por las mujeres; aunque siempre andaban en ese ambiente, ninguno se inclinaba demasiado a la bebida. Solo tomaban muy pocas veces. A Sebastián, su padre le había informado hacía dos años, luego de la muerte del abuelo de Katherine, que debía tomar su obligación del compromiso con la hija del conde de Rosethon y amigo de la familia, por lo cual este había decidido empezar a crear sus propios negocios, tanto en el extranjero como en Londres, a diferencia de su amigo que, aunque no era mentira que mantenía algunos negocios en el extranjero, solo se disponía a disfrutar y divertirse gastando la mensualidad que le disponía su padre, el duque de Richmond, ya que este se había mantenido en el extranjero tratando de olvidar una culpa del pasado, alejándose de la familia.

—Haz lo que quieras; ella no me interesa —le contestó Sebastián.

Andrew sonrió.

—Vaya, mi querido amigo, no estés tan molesto. Solo fue una pequeña broma. No es mi tipo y lo sabes.

Sebastián frunció el ceño.

—Cuéntame qué clase de negocios vienes a hacer por aquí.

—Pues creo que vine a hacer negocios contigo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Me imagino que tú eres quien quiere hacer negocios respecto de la inversión en el proyecto del ferrocarril.

—¿Me puedes explicar, Andrew? —Se mostró interesado.

Andrew sonrió y bebió un sorbo del café que le habían llevado unos segundos antes.

—Verás, mi padre es uno de los inversionistas principales, y él decidió vender la mitad de sus inversiones. Como últimamente está con complicaciones de salud, me ha hecho responsable de la totalidad de sus inversiones, ya que le insistí en tomar parte de ello y prefirió eso que tener que lidiar conmigo—. Bebió otro sorbo de café.

Sebastián no podía emitir palabra por la impresión y bebió su último trago de café.

—¿Entonces seremos socios? —le preguntó cuando pudo hablar.

—Algo así, mi buen amigo; bueno, todo depende de qué tanto me puedas persuadir.

Capítulo cinco

Katherine entraba junto a Clara en la tienda de la modista. Clara, que llevaba un vestido sencillo que Katherine se había empeñado en que usara, y no su traje diario de doncella, no se veía muy diferente a Katherine: ella también llevaba un vestido sencillo, pero con un corte más sofisticado. Debido a que Clara disponía de modales y se comportaba de la misma forma que su amiga, cualquiera hubiera creído que era una muchacha de la aristocracia o de una buena familia.

Al entrar en la tienda, la asistente de la señora Clarit se acercó a ella.

—¡Buenas, miladys!

Katherine le contestó con una sonrisa.

—Vengo por el encargo de lady Rushmore.

—Oh, lady Rushmore, pase, la señora está esperándola. —Les señaló la puerta del taller.

—Gracias, señorita —le respondió Katherine mientras entraba llevando a rastras a su amiga, la cual aún no aceptaba el hecho de llevar un vestido caro para un evento tan importante como ese. Aún no lo aceptaba, ya que no veía la necesidad de estar en el baile. A pesar de que poseía algunos vestidos que habían sido regalo de los condes o de Katherine, siempre le había dicho que eran innecesarios, ya que no los iba a lucir en ningún lado. «Ya tendrás un novio, y los necesitarás», le había dicho su amiga aunque, si fuera cierto, jamás se pondría un vestido de esos, ya que su novio iba a ser tan sencillo como ella: el hijo de algún carnicero o algún empleado de una familia aristócrata.

—Lady Rushmore, la estaba esperando —la recibió la señora Clarit con una sonrisa.

—Disculpe el retraso, señora Clarit, pero mi amiga suele ser muy difícil en estos asuntos.

—No tienes por qué disculparte, ipasa!, ipasa! —Les hizo un movimiento de mano para que entraran al lugar.

Ambas mujeres entraron en un pequeño salón detrás de la tienda, donde se encontraba el taller, lugar en que entallaba y detallaba los vestidos.

—Ella es mi amiga Clara —le anunció Katherine—. Para ella es el vestido, señora Clarit. La señora Clarit la miró de arriba abajo detalladamente.

—Veo que no te equivocaste cuando me diste las medidas.

Katherine dudó, ya que no era muy buena en eso.

—Eso espero —le respondió.

La señora Clarit le informó a su asistente que le llevara el vestido de lady Rushmore, y esta entró con toda premura llevando un motón de tela roja entre sus brazos y se lo dio a la señora Clarit. Entre ambas extendieron el vestido mostrándolo. Clara las miró sorprendida.

—¿Eso es mío? —preguntó observando el vestido.

—Me temo que sí —le contestó su amiga, divertida.

La señora Clarit le indicó que se quitara el vestido que llevaba y se probara el que se había llevado. Al quedar solo en camisola y en calzones, la señora Clarit se asombró.

—¡Dios mío! no dispones de un corsé ni ligas, y esas medias...

—¿Acaso está tan mal? —preguntó Clara al ver su expresión. No entendía el motivo aunque, si lo analizaba, era lo que utilizaba su amiga. Ella siempre se había negado a usar un corsé: era muy incómodo.

—No, Clara, es solo que esos vestidos se ven mejor con todos esos accesorios.

Volvió a mirar a la señora Clarit.

—¿Será que podría ayudarme con eso? —La señora Clarit le regaló una sonrisa.

—Por supuesto, milady. —Le hizo señas a la asistente para que le llevara todo lo necesario. Luego de un par de minutos, la señora Clarit se encontraba entallando el vestido y Clara, envuelta en

toneladas de telas. Kathy había sido muy exacta en su descripción, por lo cual no se le tenía que hacer muchos arreglos al vestido.

Clara no cabía del asombro; al verse con ese hermoso vestido, no podía creer que era ella. Se veía totalmente distinta: esa no era ella, y eso que solo era el vestido.

—¿Estará listo para mañana a la mañana? —le preguntó Katherine a la señora Clarit.

—Hoy por la tarde estará listo; no requiere de mucho y, apenas esté listo, se lo haré llegar a su casa —le aseguró la señora Clarit.

Kathy sonrió.

—La recompensaré por su eficacia. Ah, y también me podría enviar todo lo demás. Creo que también necesitará zapatos.

Justo antes de que Clara se negara, la señora Clarit habló.

—No es necesario, lady Rushmore —le respondió la señora Clarit—. No necesito más recompensa que lo que valen mis honorarios.

—Está bien, señora Clarit, pero tendrá las mejores recomendaciones de mi parte, así que espere nuevos clientes.

—Esa compensación sí te la puedo recibir —aceptó la señora Clarit con una sonrisa.

Luego de que la señora Clarit le informó que, dentro de unas tres horas, el vestido sería llevado a su casa junto a las demás cosas, de las que, aunque Clara se negara, Katherine le insistió que eran necesarias. Al salir de la tienda de la modista, Katherine le dijo a Clara que fueran por un poco de té y por un bocadillo dulce. Aunque Clara se negó al principio, aceptó finalmente la propuesta. Se dispusieron ir a la cafetería San Matisse; al llegar, Clara admiró el lugar con determinación y asombro. Era la primera vez que asistía a un lugar así. De hecho, siempre se había negado a salir con su amiga a ese tipo de paseos. Los únicos paseos que hacían, y muy pocas veces, eran por el parque.

—¿Te gusta el lugar? —le preguntó su amiga. Clara asintió con un sonrojo.

—Aquí preparan los mejores bocadillos de todo Londres, y hoy tendrás el privilegio de probarlos —le dijo con una sonrisa.

Ambas entraron al lugar y se sentaron en una de las esquinas del local; una menuda mesera se les acercó a pedir la orden. Ambas ordenaron un chocolate caliente y un pan en pasta de hojaldre: uno dulce para Katherine, ya que amaba el dulce, y otro salado para Clara. Ambas chicas estaban hablando sobre el viaje y sobre lo que sería el baile en una de las mesas de la terraza cerca de la entrada. Justo cuando Sebastián iba a salir del lugar, levantó su mirada y vio un destello de color miel que en su mente hizo aparecer a Katherine; se detuvo un instante para enfocar bien la mirada y esbozó una enorme sonrisa. No tenía dudas: era su Katherine. Caminó a grandes zancadas hacia la mesa de ella, mientras que su amigo Andrew lo miró con asombro y lo siguió.

—Si me disculpas, tengo un asunto importante allá —lo escuchó decir a su amigo. Andrew le seguía la mirada y observó caminar a un par de jóvenes muy hermosas y a su amigo.

—¡Katherine! —exclamó Sebastián al acercarse a la mesa de ella.

Kathy escuchó la voz cálida de un hombre y levantó la vista para ver de dónde provenía. Al ver un bien formado pecho enfrente de ella, sus ojos brillaron. Para el asombro de su amiga, el brillo de su mirada era espectacular, así que también levantó la mirada para ver al intruso.

—Sebastián, no esperaba verte por aquí —lo saludó Katherine.

—Vine por cuestiones de negocio, cariño. —Sebastián sintió a su amigo acercarse a su espalda—. ¿Podemos acompañarlas por unos minutos? —preguntó con una sonrisa.

—Teníamos una mañana de amigas, pero no estaría mal la compañía de dos apuestos hombres —aceptó observando a Andrew por detrás del hombro de Sebastián.

Sebastián sintió celos, pero desaparecieron al notar que ella no quitaba la mirada de él.

—Él es mi amigo Andrew Miller. —Observó a su amigo, quien se acercó a él—. Y ella es mi prometida Katherine Rushmore y su amiga.

—Clara Williams —la presentó Katherine, sabiendo que Sebastián

no la conocía más que de vista—, mi mejor amiga.

Sebastián se sentó junto a su prometida; pero antes le dio un suave beso en la frente y le besó la mano a su amiga con cortesía mientras que Katherine se lo presentaba.

Andrew observó a ambas chicas con determinación y les soltó una sutil sonrisa.

—¡Un gusto! —dijo, besando a ambas en la mano. Se sentó en medio de Clara y Sebastián.

—¿Negocios? —preguntó Katherine—. ¿Qué clase de negocios si se puede saber?

No estaba bien que las mujeres hablaran de estos temas con los hombres, pero era bien sabido que Katherine no era cualquier mujer, y Sebastián lo sabía muy bien.

—Mi amigo aquí presente y yo vamos a invertir en el nuevo proyecto del ferrocarril.

Katherine los miró con asombro y con ese característico brillo en sus ojos, lo que embobaba a Sebastián. Andrew no podía evitar su asombro; esa chica realmente lo había atrapado, y no era para menos. Era tan hermosa como Sebastián le había dicho, aunque no era el tipo de mujer que a él le gustaba.

—¿Así que usted también es un hombre de negocios? —le preguntó Katherine a Andrew.

Andrew sonrió.

—Se puede decir; no tanto como Sebastián, pero tengo algunos pequeños negocios en el extranjero y recientemente mi padre me ha asignado algunos, con el fin de que sea más responsable y comience a hacerme cargo de los negocios familiares.

—¿Tan difícil le es ser responsable a la gente de la alta sociedad? —preguntó Clara. Andrew iba a abrir la boca justo cuando la mesera llevaba lo pedido por las chicas. Ambas agradecieron a la joven. Los caballeros ordenaron un café y algo para comer.

—Ya verás, Clara, vas a probar uno de los mejores placeres en bocadillos. Ambas sonrieron.

—Disculpe, milady —le preguntó Andrew a Clara—, ¿nunca ha

comido aquí? Clara negó con la cabeza mientras mostraba un pequeño rubor en sus mejillas.

—Andrew, te aconsejo que no incomodes a las damas. — Sebastián había reconocido que Clara era aquella pequeña doncella que se había acercado a ellos en el jardín y de la cual le había indicado Katherine que era su amiga. Por su rubor notó que se sentía apenada, ya que no acostumbraba ir a esos lugares.

—Descuida, Sebastián —le aclaró Katherine—, mi amiga es un poco tímida y pocas veces les gusta salir; solo en ocasiones, cuando la saco a la rastra de la casa. Andrew la miró de arriba abajo. A pesar de su vestido sencillo, el poco maquillaje (se veía totalmente natural) y la falta de un elaborado peinado (que era sustituido por una trenza), Clara era una chica de muy buenos modales, igual que su amiga. Tenía una mirada inocente y era muy bella.

—Kathy me ha rogado en diversas ocasiones que la acompañara aquí, pero no he querido —le explicó Clara con una sonrisa asomada en sus labios.

—Por eso ahora te vas a arrepentir por todas las veces que has rechazado mis invitaciones y luego me rogarás para volver —le dijo Katherine con una carcajada.

Andrew no entendía qué era la sensación que estaba sintiendo por aquella chica; atracción no. Ella era demasiado diferente de lo que a él le gustaba; no podía ni compararse con las mujeres extravagantes que estaba acostumbrado a tener, pero no podía evitar mirarla y verla comer, disfrutando cada bocado. La forma de sus labios, su sonrisa tímida y sus ojos, ¡Dios!, eso era lo que no podía dejar de ver. Ambas chicas habían terminado su bocadillo. Katherine se había atrevido a pedir otro bocadillo. Sebastián admiró el hecho de que ella no fuera reservada ante él, aunque ella le había advertido que iba a ser su perdición. Pero a Sebastián no le importaba; al contrario: quería perderse en esa perdición y volverse loco junto a ella en el deseo. Al notar que Katherine tenía crema en sus labios, él le había limpiado la comisura de sus labios, y ella había adorado este gesto.

Luego de haber conversado un rato, Katherine se percató de que ya era hora de irse, aunque se encontraba demasiado a gusto ahí. Sebastián era muy simpático y un buen conversador; no se limitaba a tratar cualquier tema. Por otra parte, Clara sonreía con el libertino de Andrew; debía admitir que tenía su coquetería y había logrado sacar de su timidez a Clara.

—Debemos marcharnos: aún debo terminar algunos detalles personales para el viaje y el baile —le dijo a su prometido.

Sebastián le aseguró que él pagaría la cuenta, y se levantó para ayudarla a levantarse extendiéndole la mano. Ambas chicas salieron del brazo de los caballeros. Clara aún se sentía muy tímida; era la primera vez que tenía tanto acercamiento con un hombre, y más de la alta sociedad, ya que solo conocía al conde y a Eduardo, el hermano de Katherine, y a uno que otro familiar lejano.

Al llegar al carruaje, Clara subió primero con la ayuda de Andrew, quien le preguntó si la vería nuevamente.

—Tal vez en el baile —le prometió ella con una cálida sonrisa y se despidió de él. Sebastián se despidió de Katherine, dándole un suave, pero apasionado beso en los labios.

—Aquí no —la escucho decir a su prometida, pero no le importó, ya que ella era suya, aunque aún no habían hecho público el compromiso, y eso no era bien visto. Aprovechó que no había gente cerca.

El carruaje se alejó, y ambos muchachos se quedaron observando con nostalgia. Sebastián le había dicho a Katherine que la mañana siguiente viajaría a la finca familiar en Worcestershire para estar con su madre, y ella le había indicado que viajaría pasado mañana. Aunque, conociendo a su padre, viajarían antes, por lo cual no se verían hasta el baile.

—¿Me invitarás al baile, verdad? —le escuchó decir a su amigo.

—Ya te había invitado y te negaste —le observó Sebastián con asombro—. ¿Ahora sí quieres ir?

—Sebas, ¿acaso no puedo cambiar de opinión? Además, esa chica tiene algo que llama mucho mi atención, y quiero conocerla un poco

más.

Sebastián arqueó las cejas.

—Sea lo que sea, ni se te ocurra que será una aventura para ti. Kathy la quiere mucho y te mataría.

Andrew se encogió de hombros.

—Sinceramente, no he pensado en eso. Simplemente, es curiosidad; siento que es diferente y, si no te diste cuenta, no es el tipo de mujer que acostumbro frecuentar.

—Sí, es muy diferente —afirmó Sebastián, ya que conocía su origen y la relación con Katherine.

—¿Qué sabes de ella? —quiso saber.

Sebastián negó con la cabeza.

—Hasta hoy no la había conocido, pero sé que tiene una relación muy especial con mi prometida.

—Por cierto, realmente es bella tu prometida; ya entiendo por qué estás como estás.

—¿Y cómo se supone que estoy? —quiso saber Sebastián.

—Enamorado —le dijo Andrew mientras metía las manos en los bolsillos de su pantalón.

Sebastián largó una gran carcajada burlona.

—Por Dios, amigo, no digas tonterías. Ella aún no ha logrado provocar eso en mí. —Sebastián sabía que sentía algo muy especial por ella, pero no estaba enamorado. Si fuera así, no pensaría en ocasiones en los carnosos labios de la enmascarada misteriosa, aunque no podía negar que Katherine era la que ocupaba todos sus pensamientos.

Katherine y Clara habían llegado a la casa y, a petición de Katherine, su amiga se había quedado con el vestido sencillo mientras la ayudaba a alistar el baúl que llevaría. Una hora más tarde, el vestido de Clara y las demás cosas habían llegado. Katherine alistó las cosas de Clara en otro de los baúles. Clara se había negado rotundamente, pero a Katherine no había quien le ganara así que, además del vestido para el baile, le hizo llevar los

demás vestidos que le había regalado, informándole que, mientras estuvieran ahí, ni se le ocurriera llevar su uniforme de doncella, ya que iba como su amiga e invitada y contaba con el consentimiento de sus padres. Clara experimentaba una sensación de amor y miedo por la atención que se le estaba dando.

—Kathy, tú serás la que se va a casar —le había dicho Clara.

—Y por eso tú me vas a conceder el regalo de no ser mi doncella por estos días, sino mi amiga —le respondió Katherine con una sonrisa.

A la mañana siguiente, Sebastián se había despertado muy excitado debido a que había tenido un extraño sueño. Se veía con la chica enmascarada en brazos besándola y seduciéndola, llevándola a la cama y explorando cada parte de su cuerpo. Pero, al quitarle el antifaz, veía el rostro de Katherine, sus carnosos labios, sus ojos esmeralda y su cabellera color miel. La poseía y disfrutaba de cada rincón de su cuerpo haciéndola gemir y jadear de deseo por él. «¡Eres mía!» — le decía sin cesar, y ella respondía diciendo su nombre. «¡Por Dios, Kathy, te amo!». Estas palabras lo hicieron despertar de inmediato; se levantó de la cama con su frente brillante de sudor; se restregó los ojos y le ordenó a una de las empleadas que le preparara un baño de agua fría.

Pensativo, Sebastián entró al carruaje para viajar a Worcestershire; tenía un largo viaje. Aún no podía dejar de pensar en el extraño sueño. Justo antes de entrar, el mayordomo le había entregado una nota de su amigo Andrew.

Mi muy querido amigo, siento mucha pena de mi parte, pero ¿sería posible que me pueda hospedarme en tu casa de Worcestershire? Como acepté la invitación a última hora y mi familia no tiene propiedades ahí y tampoco he tenido el honor de visitar el lugar, no sé dónde pueda quedarme.

Andrew

Sebastián le ordenó al mayordomo que le llevara una nota de respuesta a su amigo. «¡Será tonto! —se dijo entre dientes-; tanto teatro solo por conocer a la amiga de mi prometida». Pero, apenas le dijera un comentario sucio de ella, se las iba a pagar. El

movimiento del carruaje empezó, y Sebastián se perdió pensando en ese extraño sueño. No entendía qué tenía que ver la enmascarada con Kathy. Sería el hecho de que a ambas las deseaba; a la enmascarada ya no aunque, pensándolo bien, ambas tenían un cierto parecido: el mismo color de ojos, de cabello y esos labios carnosos. ¡Dios, no!, no creía que esa misteriosa chica fuera Kathy, o sí. Debía investigar un poco dejándose llevar por sus pensamientos. Se quedó dormido hasta escuchar un par de golpes. Al abrir los ojos, escuchó al cochero tocar la puerta. Él le abrió, se restregó los ojos y pudo observar que ya era tarde y había llegado a Worcestershire a la finca de sus padres. Se había perdido en el sueño pensando en Katherine. Desde que la había conocido, no había otra cosa en su mente, y esto lo estaba torturando. ¡Dios!, cómo deseaba hacerla suya, poseerla... Si la boda se demoraba, así como estaba previsto, no iba a sobrevivir a tal tortura. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaleco; se limpió la cara y bajó del carruaje. Observó el gran marco de piedra que se encontraba frente a él; luego de haberlo traspasado, un mayordomo de unos cincuenta años abrió la puerta de la casa, dándole una cordial bienvenida. Un segundo después, escuchó la voz de su madre al atravesar el salón.

—Sebastián, hijo, ya te extrañaba —le dijo su madre para luego darle un cálido abrazo.

—Madre, tus recibimientos siempre son tan cálidos... —expresó mientras respondía a su abrazo.

—Ya sabes cómo es vuestra madre. —El tono burlón de su voz hizo que Sebastián levantara la mirada y observara a Mathias, su hermano menor, que estaba ahí.

—Mathias, qué sorpresa verte aquí.

—No me perdería semejante teatro, bueno, tu compromiso.

—Mathias, ¿qué cosas dices? —escuchó decir a su madre.

—Madre, sabes que Sebastián no ha estado muy de acuerdo con ese compromiso; tanto es así que ha estado en el extranjero todo este tiempo y, apenas regresó, no hizo otra cosa más que jugar de libertino como lo había hecho las veces anteriores que había visitado

el país.

—Sebastián aceptó el compromiso y la obligación de esto hacía apenas dos años y, según lo que se hablado con Rushmore, no se iba a llevar a cabo hasta que su hija cumpliera los dieciocho años. Así que no había motivo para que este tuviera que estar pendiente de la muchacha y, si bien quiso disfrutar de los placeres, tú no eres quien para juzgarlo, ya que eres igual o peor que tu hermano.

La voz de Nataniel Beckham se escuchó provenir desde la puerta del salón. El conde de Whistport, un hombre robusto a pesar ya de sus años, se conservaba joven. Poseía una gran presencia con su cabello oscuro. No había rastros de hilos de plata aún; su mirada se clavó en su hijo menor Mathias con un poco de desagrado y molestia.

—Perdón, padre, pero...

El conde lo calló alzando la mano.

—Bienvenido, hijo, te tomaste tu tiempo para regresar.

—Tenía algunos negocios pendientes que debía concluir, así como me tomé mi tiempo para conocer a mi prometida antes de anunciar el compromiso y, antes de eso, concluir los preparativos del baile.

—¿La has conocido ya? —le preguntó ansiosa su madre. Teresa, a pesar de ser una mujer con una salud un poco débil, siempre había sido muy alegre y muy extrovertida.

—Sí, la semana pasada la visité; debo decir que es hermosa y tiene una peculiar forma de ser —le contó Sebastián mientras se le dibujaba una sonrisa en su boca.

—Ya entiendo por qué ahora sí te vas a casar —reconoció su hermano.

—Nunca dije que no lo haría, Mathias. Le hice una promesa al viejo y la iba a cumplir, aunque fuera una mujer no muy agradecida.

Mathias observó a su hermano detalladamente y se encogió de hombros.

—Sea lo que sea, felicidades.

Mathias tenía los mismos rasgos físicos que los de su hermano. Solo poseía menos estatura y los rasgos de su cara eran más

parecidos a los de su padre, a diferencia de Sebastián, que no había heredado el de ninguno de sus padres ya que su madre Teresa era una mujer de baja estatura, con delgadez y con piel pálida; cabello color caoba y ojos azules. El conde de Whistport sirvió un par de copas de whisky y se las dio a sus hijos.

—Por tu compromiso y por tu futura esposa —brindó, y se sentaron todos juntos en el salón.

—Algunos invitados llegarán pronto —aseguró Teresa.

Al parecer, solo habían invitado a unos cuantos familiares y a amigos en común de la otra familia, pero la mayoría se iba a hospedar en la casa de Rushmore debido a que ellos eran los anfitriones del baile.

—Necesito una habitación para un amigo —le informó Sebastián a su madre recordando que Andrew no demoraría en llegar.

—Claro, hijo, ya mismo mandó a que se la preparen.

Capítulo seis

Al caer la noche, Katherine había llegado junto con Clara y su familia a la finca en Worcestershire. Como el viaje resultaba largo, había salido un día antes para descansar. Al llegar, visualizaron al pie de la puerta principal, en que se encontraba su hermano Eduardo. El muy enérgico muchacho se encontraba vestido con una camisa blanca de lino, pantalones y unas botas (muy típico de él, ya que disfrutaba del campo). Vestía informal; al verlos acercarse, abrazó a su madre y saludó su padre cordialmente. Eduardo era un joven de veintidós años; poseía el mismo físico de su padre, pero este era rubio de ojos esmeralda como los de Katherine y los de su madre.

-Mi pequeña Kathy —la envolvió en sus brazos en un cálido abrazo—, nunca pensé que llegaras a aceptar ese compromiso; pensé que ibas a tomar medidas extremas.

Ella sonrió.

-Aún no he dicho que sí me voy a casar; puede ser que termine por escapar antes de llegar al altar.

-Tú siempre tan rebelde, pequeña —. Desvió la mirada a la pequeña figura que iba tras de su hermana.

-Clara, ¿eres tú?

Clara bajó la mirada y sonrió penosamente.

-¿Sí, milord?

-Vaya, si no fuera por tu timidez, no te hubiera reconocido sin tu habitual uniforme. Nada de formalidades. Sabes que soy Eduardo, así que dime así.

-Aún tiene vergüenza de ser mi invitada —le explicó Kathy a su hermano.

-Eres de la familia, Clara. Incluso te veo como una hermanita más.

-Eso le hemos dicho durante casi todo el viaje —ratificó la condesa.

-¡Pasad! En pocas horas llegarán algunos invitados; al amanecer, ya algunos de sus sirvientes estarán en sus habitaciones arreglando sus cosas.

A Clara se le había asignado una habitación junto a la de Katherine, en donde le habían dejado un baúl con sus pertenencias y vestidos.

-Es mucho para mí todo esto —le había dicho a Kathy.

-Tú relájate y disfrútalo; vas a tener una doncella para que te ayude pero, si sientes que no la necesitas, yo te ayudo a vestir y demás, y sabes que yo solo a ti te pediría ayuda para eso, pero aun la así la muchacha nos asistirá a las dos —le comentó Kathy mientras se paseaba por la habitación de Clara.

-Mis padres estarán trabajando y yo... —Se detuvo.

-Tus padres están más que felices de que disfrutes de esto y deja de ser tan tímida. Mañana te tocará estar con al menos cien invitados en el baile. Clara se quedó desconcertada: era la primera vez que asistía a algo así y no sabía cómo actuar o comportarse con tantas personas de la aristocracia, ya que ella era apenas una simple doncella.

-¡Oh! Kathy, yo no sé qué haré o cómo debo; no, no podría.

-Tú no te preocupes: solo pon en práctica todo lo que aprendiste en vuestras clases. Puedo estar segura de que aprendiste incluso más que yo sobre etiqueta y esas cosas; sabes bailar muy bien y conoces muchos temas de conversación. No veo ningún problema en eso. Katherine tenía razón y estaba más que segura de que ella podría hacerse pasar por una chica de sociedad, y nadie lo notaría. Era un sueño poder disfrutar eso y no lo iba desaprovechar en su loca mente. Katherine mantenía el sueño de que su amiga algún día pudiera formar parte de la misma sociedad y, si fuera posible, se casara con un aristócrata ya que para ella eso solo era un estatus y todas las personas eran iguales, pero conocía a Clara, y esta nunca se fijaría en un hombre de esos.

-Tienes razón, Kathy, lo intentaré —le dijo con una sonrisa a su amiga.

Al día siguiente, ya la mayoría de los invitados habían llegado a la finca, aunque Clara había evitado lo más posible salir de su habitación durante el día. La hora de la cena había llegado y, aunque Clara hubiera preferido cenar en la cocina con todos los demás o que simplemente le llevaran algo de comer a la habitación, Katherine no se lo permitió. Prácticamente, la obligó a reunirse con todos los demás para la cena; con ayuda de Katherine, se puso uno de los tantos vestidos con un corte elegante que su amiga le había regalado. Se peinó con un moño en la nuca y bajó junto a Kathy al comedor. Katherine había estado satisfecha al ver a su amiga sonreír de la forma en que lo hacía. Como era de esperarse, Clara se había lucido durante la cena, y Eduardo la había ayudado, ya que se encontraba junto a ella, y le dio conversación para que se olvidara del lugar donde estaba. A pesar de que Eduardo se había criado con Clara, ella le tenía más respeto, ya que Eduardo, después de los doce años, no había vivido en la casa debido a que estaba en un internado. Pero esta vez le resultó muy fácil hablar con él.

-Mañana por la mañana me acompañarás al orfanato; quiero ir a dejar lo que gané esta semana. —le anunció Katherine luego de haber entrado en la habitación.

-¿No crees que es un poco arriesgado? —le preguntó Clara mientras se dejaba caer en la cama.

Katherine negó con la cabeza.

-Tendré el cuidado necesario; allí no saben que soy hija de un conde y pienso mantener mi identidad oculta.

Hacía unos meses, mientras visitaban Worcestershire, Katherine había salido a cabalgar y había llegado a un lugar un poco alejado del pueblo, donde había una propiedad grande con una estructura un poco vieja. Se acercó para investigar, ya que pensó que eran algunas ruinas. Escuchó la voz y risas de algunos niños, y se acercó a observar el lugar. Para su sorpresa, una novicia le abrió la puerta.

Katherine amarró el caballo y entró a aquel curioso lugar. Luego de haber hecho un rápido recorrido, observó que había alrededor de

unos veinte niños, desde recién nacidos hasta otros de una edad un poco más madura. Al cuidado del lugar se encontraban unas seis novicias y dos mujeres. Entre todas se encargaban de los huérfanos. Mantenían el orfanato con la ayuda de algunas beneficencias del lugar. A Kathy se le partió el corazón al ver a una niña de unos diez años cuidando una beba de meses.

-Los niños más grandes nos ayudan con los más pequeños —le explicó la novicia al dar un recorrido por el lugar.

Katherine pudo ver que el lugar no estaba en buenas condiciones y que los niños apenas tenían justo lo que necesitaba.

-El invierno es la época más difícil para todos —le comentó una de las señoras. Había pocas cobijas, y el dinero de la beneficencia era invertido en la alimentación de los niños. No lograba entender cómo familias como la de ella no podían ayudar a esos niños. Luego de haberse marchado del lugar y de haber llegado a la casa, Katherine le comentó del orfanato a su madre, pero ella le respondió:

-Katherine, sabes que mensualmente damos una beneficencia un tanto elevada y este dinero es para ayudar a este tipo de lugares. Cuando te cases, podrás elegir un lugar y dar, así como nosotros.

Katherine sentía su corazón oprimido por no poder ayudar a esos niños. Realmente, esos pequeños lo necesitaban y, aunque ella tuviera el dinero, no podría ayudar como debía. Esa noche, Katherine se sentó a jugar con su padre y con su hermano al póker.

-¡Padre, te dejaste ganar! —exclamó su hermano al ver que Katherine le había ganado nuevamente.

-Me temo que no es así, hijo. Tu hermana realmente me ganó.

-Un día de estos la llevaré a jugar a algún club conmigo; si es tan buena como aquí, ganaríamos una fortuna —propuso su hermano.

Esa propuesta le pareció muy tentadora; sus ojos brillaron de interés. -Cuéntame cómo es eso, hermano.

-¡Simple! Apuestas una cierta cantidad de dinero, y los que juegan junto a ti también lo hacen. Si tú ganas a todos los de la mesa, ganas el dinero que todos apostaron. Es muy parecido a lo

que jugamos aquí, solo que con dinero.

-Eduardo, no le metas esas ideas a tu hermana —le advirtió su padre al notar el destello de los ojos de Katherine.

-No te preocupes, padre: Katherine es mujer. No sería bien recibida en esos lugares, a menos que solo busque diversión masculina, ya que ninguno de los allí presentes jugaría con ella sin sacarle algún provecho o faltarle al respeto. Además, ella no necesita asistir a esos lugares.

-Sí, padre, no te preocupes —lo calmó Katherine.

Al subir a su dormitorio, la idea le zumbó en la cabeza. Era la forma perfecta de obtener dinero: solo necesitaba una forma de ocultar su identidad, ya que una mujer como ella nunca sería capaz de ir ahí no solo por ser mujer, sino por ser una señorita de sociedad. Otra idea se le vino a la mente: vestirse de hombre. Así que, apenas regresó a su habitación, le pidió a Clara que, apenas pudiera, le llevase ropa de su hermano. Clara, sin cuestionarla, esa noche le llevó una camisa blanca, un pantalón y un chaleco negro.

-¿Para qué quieres eso? —le preguntó Clara.

Katherine le sonrió.

-Ayúdame a vestirme y luego te cuento para qué lo necesito. Con la ayuda de lo que había aprendido en costura, ambas chicas entallaron la ropa al cuerpo de Katherine, ya que su hermano era mucho más alto que ella y también más grueso. Mientras, Kathy le explicó a Clara sobre su plan.

-Kathy, es muy peligroso.

-Probaré solo una vez; te lo prometo y, si resulta, seguiré. Pero, si no, ya no lo intentaré más, ya que no correré el riesgo de ser descubierta o de perder el poco dinero que me quede. Luego de la primera vez que alquilaron un carruaje, el hijo del rentador de carruajes había quedado perdidamente enamorado de Clara y ellas aprovecharon eso. (Más que todo, Katherine). Le pidieron total discreción y alquilaron el coche las noches que asistía. Así también, con la ayuda de Clara, ella logró escapar de su casa. La primera vez que pisó un club de esos, Katherine se sorprendió al ver cómo el

dinero de los aristócratas de Londres era malgastado en estos lugares, tanto en el juego como en la bebida, y en mujeres. Su mayor impresión fue ver a algunos de los caballeros que presumían a sus esposas en los bailes y en eventos sociales metiéndoles manos a otras mujeres. «Nunca me casaré», pensó. Luego de que se animó a jugar, se sorprendió. Después que ganó las dos primeras veces, perdió a la tercera, y así logró entender cómo funcionaba el juego. Después de algunas pérdidas y de algunas victorias, analizó muy bien cómo debía jugar. Se fue perfeccionando, calculando cada uno de los movimientos, hasta que ninguno de los que apostaban en su mesa lograron ganar. Les daba la confianza primero y, cuando creían haber ganado, les quitaba todo.

-Hace mucho no voy, y me gustaría visitar el lugar y ver si realmente utilizan el dinero para los niños y su beneficio.

-Está bien, pero iremos juntas.

Katherine arrugó la nariz.

-¿Subirás a un caballo?

-¡Dios, Kathy! Sabes que me asustan esos animales.

Kathy se encogió de hombros.

-Iré sola, entonces, ya que no puedo ir en el carruaje: tiene el escudo de la familia y, si voy hasta el pueblo, alquilar uno tomaría demasiado tiempo.

Clara gruñó.

-Está bien, trataré de usar esa bestia.

Kathy soltó una gran carcajada.

A Clara se le había enseñado a montar, pero ella siempre había tenido cierto miedo a los caballos. Desde el año anterior, el miedo de Clara había aumentado así que, siempre que Kathy decidía salir a cabalgar, Clara se negaba a acompañarla.

Después del desayuno, ya la casa se encontraba en total movimiento. Como Katherine lo había dicho, había al menos unas cien personas entre parientes y amigos. La misión tenía al menos unos ciento cincuenta cuartos, además de los de la familia principal, que eran los del conde y de sus hijos. A un costado de la propiedad

había otra casa muy amplia, en donde se hospedaba la servidumbre. Como era frecuente en estos eventos, llegaban por lo menos dos o tres por familia. La mayoría de los trabajadores de los Rushmore tenían habitación en la misión, en un área que era solo para ellos, muy cerca de la amplia cocina. En la misma propiedad había otra casa para solteros. Los que querían se podían quedar en esa casa para que pudieran tener un poco más de privacidad. Usualmente era habitada en temporada de caza. Aunque solamente se iba a celebrar el baile, muchos se habían hospedado ahí, ya que provenían de Londres.

Capítulo siete

—Me niego a ponerme eso —le advirtió Clara a su amiga cuando Katherine le llevó un traje de montar, que consistía en un pantalón y una camisa.

Katherine puso los ojos en blanco.

—Sabes muy bien que no podrás montar en vestido; bueno, en realidad, sí puedes, pero esto es más cómodo.

—Hay al menos cien personas ahí; me sentiré ridícula con ese traje para montar.

—Es lo que usan todas las mujeres. ¡Por Dios! Además, saldremos con la capa: nadie lo notará.

Clara soltó un bufido y aceptó usar el traje de montar a regañadientes; no era que no le gustaran los trajes. Es que Katherine insistía en llevar solo los pantalones sin la enagua. Luego de la audaz tarea de hacer que Clara subiera al caballo, al fin llegaron a aquella vieja estructura donde se encontraba el orfanato.

Katherine bajó de su caballo y caminó hacia la entrada, en donde escuchó la voz y risa de distintos niños provenientes de adentro. Luego de que ambas habían amarrado sus caballos, una novicia les abrió la puerta. Era la misma que había atendido a Katherine la otra vez. Aquel lugar seguía en mismas malas condiciones, ya que se necesitaba mucho dinero para mejorarlo, pero los niños tenían un mejor aspecto e incluso llevaban ropas más decentes, y no harapos, con los que Katherine los había visto en su anterior visita.

La novicia que las atendió era la encargada del lugar. Había reconocido a Katherine cuando la había visto. Cuando le preguntó cómo iba el lugar, ella les comentó que habían tenido la bendición de Dios y cada cierto tiempo tenían una cantidad de donativos por un alma piadosa. Aunque el dinero no podía mejorar el lugar, estaba ayudando de gran manera al bienestar de los niños, ya que poco a poco habían comprado algunas cobijas y ropas para los niños, y así

no pasarían frío en el invierno. Kathy sonrió para sus adentros. Se sentía un poco orgullosa de poder ayudar de cierta forma el lugar, y más a los niños. A pesar de ser una dama de la aristocracia, no se sentía superior a los de la baja sociedad, y no lograba entender cómo a la mayoría de estas familias solo les importaban los rumores sobre ellos, y no un par de niños abandonados a su suerte. Los bailes o las subastas a beneficencia eran la única oportunidad para dar algún donativo a estos lugares. Y eran solo para quedar bien parados. Luego de que Katherine observó a Clara tener entre brazos a un pequeño bebé, aquella llevó a la novicia a un rincón lejos de los niños. Sacó una bolsa de terciopelo y se la extendió a la anciana en las manos. La anciana sintió el peso de la bolsa y se sorprendió.

—Niña, ¿qué es esto? —quiso saber la novicia.

—Es el donativo de esta semana —le contestó Kathy con una sonrisa.

—Es más de lo que recibimos siempre —le dijo al sentir el peso de la bolsa.

—Es poco para lo que necesitan.

La novicia tomó con fuerza la bolsa y la metió entre la falda.

—Dios se lo pague. Ha sido muy bondadosa en ofrecer semejante ayuda a unos desconocidos.

Kathy negó con la cabeza.

—Solo os pido un favor: no reveléis a nadie quién los ayuda. No me interesa sacar provecho de esto. —La novicia asintió con la cabeza; sabía muy bien que esa muchacha era una dama de la aristocracia, aunque trababa de ocultarlo—. Puede ser que vuelva a visitarlos otra vez. Espero que no sea una molestia.

La señora negó con la cabeza.

—Las veces que quiera, jovencita. Aquí va a ser siempre bienvenida.

—Muchas gracias, y créame: admiro mucho todo lo que hacen por estos niños.

Sebastián moría de ganas por visitar la finca vecina, pero por lo

que realmente moría de ganas era por ver a Katherine, ya que deseaba besarla y envolverla en sus brazos nuevamente. Moría de ganas por saborear de nuevo su dulce sabor, poseerla y que solo fuera para él, pero se negó rotundamente a visitar a su prometida. Con la excusa de mostrarle el lugar a su amigo Andrew, ambos salieron a dar un paseo a caballo. Andrew le había comentado a su amigo que su familia amaba Hampshire, por lo cual no cambiaban ese lugar por nada en el mundo. Allí se habían conocido sus padres y enamorado aunque, después de la tragedia, habían decidido vivir en Londres y volver a Hampshire solo una vez al año a revisar el lugar, Andrew había nacido ahí y amaba el lugar, pero en los últimos años solo lo había visitado un par de veces.

—Es un lugar muy agradable —apreció Andrew mientras observaba el lugar.

—Es uno de los que más me gustan; como sabes, mis vacaciones las pasaba aquí.

—¿Planeas vivir aquí cuando te cases? —quiso saber su amigo.

Sebastián negó con la cabeza.

—Adquiriré la finca familiar en la cual estamos hospedados, al igual que Katherine la de su familia que está justo a la par, ya que son nuestro regalo de bodas, herencia de nuestros abuelos. Además, pensaba comprar otra propiedad para cuando mi futura esposa quiera estar aquí, y no cerca de la familia. Pero no tengo las intenciones de vivir aquí: está un poco alejado de Londres, y la mayoría de mis negocios están allá.

—¿Y qué crees que opine ella?

—Kathy siempre ha vivido en Londres; no creo que tenga oposición a eso. Está más acostumbrada al ambiente de allá.

—Es extraño —comentó su amigo.

Sebastián lo observó detalladamente.

—¿Qué cosa?

—Que planeas tu futuro pensando en ella.

—¡Ah eso! —Se detuvo a pensar un segundo—. De cierta forma, lo es pero, debido a que voy a compartir mi futuro con ella, debo

pensar al menos en su bienestar y en nuestros futuros hijos. —Suspiró—. Y tú, amigo —dibujó su típica sonrisa burlona—, deberías pensar en tu futuro —le aconsejó.

Andrew suspiró.

—Mi amigo, sabes que soy el típico hombre que vive de la asignación mensual de su padre y la utiliza para ser un libertino. Bueno, al menos, eso se supone, y gracias a ti no me hundí en la bebida. —Se detuvo un minuto—. He visto cómo has adquirido sentido de la responsabilidad y más desde que te anunciaron tu compromiso, así como has hecho algunos negocios y las inversiones, todo sin dejar a un lado hasta ahora las diversiones. —Sebastián sonrió—. Y eso me motivó a pedirte ayuda para hacer algunas intervenciones a futuro, así como se lo pedí a mi padre.

—¿Por eso te cedió las inversiones del ferrocarril?

—Sí, cuando le comenté que quería hacer unas inversiones y también pensaba adquirir una propiedad en Londres propia, ya que sabes que es muy complicado vivir con él, y no me gusta vivir en el departamento de soltero, ya que me trae malos recuerdos.

Sebastián estaba sorprendido por el reciente cambio de su amigo, y lo que más lo había impresionado había sido que, en parte, él había tenido que ver en eso. ¿Tanto lo apreciaba su amigo? O al menos era un ejemplo a seguir, cosa que no había podido lograr con su hermano.

—¿Y qué opina vuestro padre al respecto? —quiso saber su amigo.

—Mi padre... —Abrió y cerró la boca y habló luego de unos minutos de silencio-: Desde que mi hermano murió, mi padre no se interesó mucho en mí. Ya sabes: dice que yo llevé la desgracia a la familia y le ha dado igual mi vida, y lo que haga. Incluso a veces se ha negado a que yo adquiriera los derechos como heredero, pero no le queda otra, ni a mí tampoco. En cambio, mi madre se ha puesto muy feliz por mi reciente cambio, ya que no le hubiese gustado que terminara como mi hermano. Quiere que sea feliz y que tenga mi propia familia.

—¿Has pensado en formar una familia y, en un futuro, tener un heredero?

—Sebas que no soy de una única mujer, ya que me aburro muy rápido y, después de lo que sucedió, juré nunca enamorarme. —Se encogió de hombros—. Aunque te tengo un poco de envidia: creo que has encontrado justo lo que necesitas en tu prometida.

Sebastián soltó un suspiro.

—Aún no lo sé a ciencia cierta, pero espero que sea así. —Carraspeó la garganta—. Y tú... —Se quedó callado al ver las siluetas que pasaban frente a ellos—. Encontrarás una mujer así algún día —le susurró sin perder de vista su objetivo.

Andrew entornó los ojos tratando de enfocar mejor las figuras, y vio a Clara.

—¿Es tu prometida y su amiga? —Levantó la vista a su amigo y no pudo evitar reír al verlo embobado por la vista. Las mujeres pasaron rápidamente frente a ellos a una gran distancia. Ninguna los vio—. ¿Las seguirás?

Sebastián negó con la cabeza.

—Sigamos nuestro recorrido. —Deseaba ir tras ella, pero sabía lo que ocasionaba en él, y suficiente tortura tendría por la noche al estar junto a ella.

Andrew se encogió de hombros.

—¿Dónde iremos ahora?

—Al pueblo —le respondió rápidamente Sebastián cuando las damas desaparecieron de la vista.

Ambos siguieron su camino hasta llegar al pueblo. Andrew había quedado muy impresionado por el lugar: era lo bastante grande como para que las propiedades tuvieran varias casas dentro del terreno. Aunque no eran más grandes que su propiedad en Hampshire. Incluso Sebastián le había comentado que muy cerca había un lago y que era muy común cazar en esos lugares. Usualmente se realizaban estas actividades una vez al año en su familia, como era la tradición de su abuelo. Él y el abuelo de Katherine hacían una sola al año, aunque él nunca asistía a tales

actividades: no le gustaba la caza. Su padre las organizaba con el conde de Roserthon, su futuro suegro.

Al llegar al pueblo, el ambiente era muy parecido al de Londres, a diferencia de que era más pequeño. Había gran variedad de tiendas por las calles principales, un amplio mercado en donde había una gran variedad de puestos. Andrew observó, al final de la calle, un gran puesto de flores, que llamó mucho su atención. Bajó de su caballo; Sebastián lo guio a un lugar donde pudieran dejar los caballos mientras hacían un recorrido a pie por el mercado. Caminaron por el extenso mercado observando las tiendas y los puestos mientras los vendedores les ofrecían frutas, verduras, pescado, carnes, algunas liebres y codornices.

Un puesto de dulces atrajo a Sebastián. No era un secreto para Andrew que Sebastián disfrutaba de estos placeres y era amante de los dulces, por lo que compró algunos dulces y le dio unos a él.

—Estos son los mejores dulces que he comido —le comentó mientras le ponía los dulces en la mano y compraba algunos más. No se equivocaba: eran los mejores dulces que había probado. Al acabar el recorrido, llegaron al puesto de flores que había observado Andrew al llegar. Una exquisitez de aromas se mezclaba, entre rosas, claveles, orquídeas, jazmines, tulipanes, lirios y más. Una anciana era la vendedora de ese lugar y les pidió que la ayudaran comprando algo. Sebastián se negó: ya tenía suficientes flores en su jardín como para comprar más, y sabía que a Katherine no la impresionaría con flores. Pero Andrew, motivado por algo, tomó una rosa fucsia y se la compró. La señora la envolvió en papel y se la dio.

—Esa flor será para la dama que conquistará su corazón —le susurro al dársela.

Al parecer, Sebastián no la escuchó, y Andrew se sorprendió, pero no quiso darle mayor importancia, ya que ninguna mujer llegaría a conquistar su corazón, así que sonrió.

—¿Para quién es eso? — le pregunto Sebastián. Andrew se encogió de hombros.

—Para nadie; solo quería ayudar a la anciana. Puede ser que se la

dé a alguna linda señorita que vea por aquí. —Aunque cuando vio la rosa solo tuvo una mujer en su mente.

Sebastián sonrió.

—¿Pensarás hacer alguna conquista por aquí?

Andrew negó con la cabeza.

—¿Y la señorita Williams? —le preguntó su amigo.

—A ella no la veo como conquista: es simplemente curiosidad, ya que no se parece en nada al tipo de mujer que suelo frecuentar, y lo sabes.

—Lo sé muy bien, pero tienes interés en ella y, si no te has dado cuenta, Katherine no se parece en nada a las mujeres que yo solía frecuentar.

—Tu caso es diferente: tú no la elegiste.

—No, pero no la cambiaría por ninguna de mis antiguas aventuras: ella es única.

Ambos caballeros terminaron el recorrido por el mercado y volvieron a recoger sus caballos. Después de unas horas, ya era momento de regresar. Sebastián debía estar listo para el baile y debía estar antes de que todo comenzara en la finca de su futura familia política, ya que él era uno de sus anfitriones. Andrew no puso oposición en acompañarlo en todo momento, ya que era su único amigo junto a él.

Capítulo ocho

Katherine, que en un principio había aceptado la ayuda de una doncella que no fuera su amiga, se había negado a que esta la ayudara a última hora, así que pidió asistencia a Clara para vestirse. Llevó todas sus cosas y se metió en el cuarto de Clara. Se sentía avergonzada con su amiga, pero era la única a la cual le tenía la confianza suficiente para ese día y era la única que quería tener a su lado. No entendía el porqué, pero era la primera vez que se encontraba tan nerviosa y la necesitaba a Clara más que nunca. Así que decidieron ayudarse entre ellas, ya que Clara también se negaba a la ayuda de una doncella. Pero nunca en la vida se había colocado un corsé sola, a pesar de ser quien ayudaba a ponérselo a Katherine. Simplemente, no entendía cómo colocarse esa maldita prenda o, en realidad, no quería usarla.

Luego de más de una hora, ambas se encontraban vestidas frente al espejo. Clara llevaba el extravagante vestido rojo, un tono que combinaba perfectamente con su piel. El vestido tenía un corte muy elegante y un escote a la moda que, además de ser pronunciado, era muy discreto. Llevaba pequeños bordados en el escote; el corpiño y la cintura eran en tono plata, lo que la hacía lucir muy hermosa. Tanto es así que, al mirarse al espejo, no se reconoció ella misma con ese deslumbrante vestido.

—No aguantaré estos zapatos —le advirtió Clara.

—Ya te vas a acostumbrar.

Katherine llevaba un vestido rosa y negro, de mangas muy pequeñas, hechas con encaje. Su escote era muy bajo, pero tenía un discreto encaje, que había decidido decorar con unas rosas naturales. Sus caderas se realzaban más de lo normal debido al corte del vestido: de forma muy ingeniosa, la señora Clarit había hecho ese vestido con ese fin.

Clara se sentó obligadamente primera en el tocador para ser

peinada por Katherine, quien no tenía mucha experiencia en peinados más que una que otra vez que la había peinado. Le realizó un moño en la coronilla; soltó unos pequeños rizos en la sien y en los costados de su cuello, y le decoró el peinado con unas rosas naturales. El turno de Katherine llegó: Clara le trenzó el cabello y le hizo un moño a la altura de la nuca. Al igual que ella, llevaba unas rosas naturales en el cabello. Katherine había sacado algunas piezas de joyería y se las había prestado a su amiga. Aunque ella se había negado, la obligó a ponérselas. Iban perfecto con el vestido. Katherine se colocó unos guantes de encaje negro. Clara, unos rojos que iban a juego con sus vestidos. Ambas esperaban a que su madre les indicara que bajaran, aunque Katherine aún seguía muy nerviosa, por lo cual caminaba de un lado para otro por la habitación mientras aguardaban la hora en que su prometido llegara para iniciar la velada.

Sebastián observó con su sonrisa a su amigo cuando subió al carruaje, ya que este llevaba la rosa en sus manos, lo cual le hizo olvidar por un momento los nervios.

—¿Acaso se la darás a la amiga de Kathy?

Andrew se encogió de hombros.

—Supongo que será la única dama bonita que veré hoy.

Se escuchó la carcajada de Sebastián, que hacía eco en el carruaje.

—No conocía a ese Andrew.

—Soy el mismo de siempre, Sebastián —le retrucó a su amigo—. Es solo una simple flor.

—Puede ser una simple flor, pero el significado de esta es lo que importa.

—Sebastián, no voy a cortejar a la muchacha, así que basta.

Sebastián sonrió y observó por la ventana del carruaje.

—El trayecto es bastante corto; bien podríamos haber caminado, así que para otra ocasión lo haremos —cambió de tema.

—¿Y por qué no hoy?

Sebastián por primera vez se ruborizaba frente a su amigo.

—Me temo que vamos demorados. —Guardó silencio—. Me encuentro nervioso y muy ansioso, por lo cual tomé una copa antes de venir y me tomé mi tiempo vistiéndome, además de que había discutido con mi ayudante de cámara unas horas antes y este es muy orgulloso y se rehusó a ayudarme. Por eso tuve que pedirle ayuda a mi padre a última hora, ya que no podía ni abotonar mi chaleco.

Andrew se rio a carcajadas de su amigo, y este no hizo más que reír junto a él, mientras el carruaje avanzaba por el camino.

—Katherine, Sebastián acaba de llegar —le informó la condesa entrando en la habitación, y no pudo evitar desviar su mirada de Clara—. Muchacha, te ves realmente hermosa; bien podría decir que también eres mi hija.

—Gr... Gracias —tartamudeó Clara al contestarle mientras el rubor se mostraba en sus mejillas.

—Hija, a ti me temo que no debo decirte, pero estás más hermosa que nunca con ese vestido.

—Madre, no necesitas elogiarme: tendré suficiente con los halagos de mi padre, mi hermano, y supongo que de mi prometido.

—Suspiró—. Además, hoy seré el centro de atracción de todos.

—En eso tienes razón, mi niña: Sebastián nos espera abajo.

Lady Rosethon salió de la habitación luego de haberle dado un pequeño retoque a su maquillaje. Katherine y Clara la siguieron.

Al llegar Sebastián a la finca de su familia política, este se había reunido con su padre, junto a su suegro y su cuñado, en la biblioteca, a disfrutar de un buen whisky con bastantes años de añejado. De cierta forma, el hecho de que la promesa de los sucesores de la familia se estuviera realizando los llenaba de felicidad, ya que ambas familias solían ser muy unidas. Aunque los Rosethon vivían en Londres, era muy común que siguieran algunas tradiciones entre ambas familias. Eduardo, que anteriormente se había topado en algunos lugares con Sebastián, no había tenido el

honor de ser presentado hasta ese día. Aunque no era el momento, Sebastián no pudo evitar mencionarle algunos negocios y los planes que tenía.

—Nunca pierdes la oportunidad —le dijo su padre a Sebastián, y todos rieron.

Luego de haber escuchado unos toques en la puerta, la duquesa entró al lugar y saludó cordialmente a los invitados.

—Querido, damos inicio a la velada —le anunció a su esposo.

—Muy bien, vamos. —El conde notó la mirada ansiosa de Sebastián, quien observaba por detrás del hombro de la condesa—. ¿Katherine ya bajó?

—Sí, pero es la primera vez que la veo así de nerviosa, por lo que le di una bebida para que se tranquilizara. Ya se reunirá con vosotros en el salón.

Sebastián salió junto a su padre y se reunieron con su madre y con su hermano en el salón. Detrás de ellos iban el conde, la condesa y su cuñado.

Ya en el salón, Sebastián observó a su amigo Andrew aún con la rosa en la mano, rodeado de algunas damas muy bonitas. No era de sorprenderse, ya que Andrew poseía su atractivo: era un hombre perseguido por las damas de toda clase y de todas las edades. Sebastián caminó a paso lánguido hacia él; pensó que tal vez necesitaría ser rescatado, o a lo mejor no. En realidad, lo único que deseaba en ese momento era ver a Katherine, quien aún no entraba en el salón.

—Andrew, te estaba buscando —le dijo a su amigo notando su cara de agradecimiento—. Mi prometida aún no aparece —lanzó la advertencia a las damas que se le aproximaban.

—Oh, Sebastián. —Se disculpó y se despidió de las jóvenes—. Es la primera vez que lo digo, pero gracias: me he sentido acosado.

—Me sorprende eso de ti, mi querido amigo, tú, que siempre has disfrutado de la compañía de hermosas damas. —Sebastián tomó dos copas de vino, que le ofreció uno de los meseros.

—Lláname loco, pero no comprendo qué me pasa. —Tomó la

copa que le daba su amigo y bebió un sorbo—. De momento no siento ningún interés por las mujeres.

—No soy quién para juzgarte. —Dibujó su típica sonrisa burlona y bebió de la copa—. Pero, después de haber conocido a Katherine, me he sentido así.

Andrew suspiró.

—¿No se supone que debes estar con ella? ¿Tu prometida aún no llega?

—Me pidieron que la esperara. —Justo al decir esto, Sebastián dirigió su mirada a la entrada del salón y vio a Katherine ahí, acompañada de su amiga. Katherine se veía realmente hermosa; una oleada de deseo y celos lo inundaron de pie a cabeza. Sebastián sintió que su miembro le palpitaba con fuerza al igual que su corazón al verla. ¡Dios, cómo la deseaba! Hizo el intento de moverse, pero sus piernas no le respondieron al momento, haciéndolo quedar inmóvil.

Andrew observó a su amigo, que estaba embobado, y le siguió la mirada hasta la entrada del salón: al ver a Katherine, entendía la razón. Rápidamente desvió la mirada hacia la acompañante de Katherine, quien hizo el mismo efecto en él. Prefirió permanecer ahí y observó a su amigo caminar a grandes zancadas hacia la muchacha.

Katherine se encontraba en la puerta del salón. A pesar de que un trago de coñac le había tranquilizado sus nervios por unos instantes, se sentía muy nerviosa nuevamente y más tímida que lo que se sentía Clara al ver tantos invitados. No entendía la razón: no era la primera vez que asistía a un baile como ese. En realidad, era la primera vez, ya que era el baile donde iban a anunciar su compromiso con Sebastián, y ella aún no se encontraba totalmente preparada para eso. Sintió una gran necesidad de huir de ahí, salir corriendo, esconderse en cualquier rincón de mundo y cancelar todo.

Se quedó quieta en la entrada esperando aclarar las ideas de su cabeza mientras le dio un recorrido al salón con la vista. A un costado había una gran mesa con una gran cantidad de bocadillos y

platos para el disfrute de los invitados. Uno de los lacayos hacía de mesero sirviendo distintos licores; el salón estaba adornado con la mejor variedad de rosas. Su madre no había desaprovechado la oportunidad de exhibirlas. Y ahí, frente a ella, estaba su prometido Sebastián. Al verlo, cada uno de los deseos de escapar se esfumaron de ella. Aún se negaba a ese compromiso, pero Sebastián era realmente irresistible para ella. Su corazón comenzó a latir con fuerza, y nuevamente los nervios llegaron. No entendía por qué Sebastián la atraía tanto desde el momento en que este la había besado cuando la había abordado a la salida del club. Aunque debía admitir que Sebastián le había gustado desde el momento en que se había sentado frente a ella y había apostado, sin imaginar que ese hombre era su prometido, lo cual le hizo recordar que había besado una chica desconocida, y enfureció. Era ella, pero él no lo sabía, y esto le hizo olvidar sus nervios y fruncir el ceño cuando Sebastián se acercó a ella y le mostró su sonrisa. ¡Dios!, verlo y sentir su aroma le hizo olvidar su enojo. Cuando Sebastián tomó su mano para besarle la palma cubierta por el guante, Katherine sintió sus cálidos labios y se estremeció suavemente sonriéndole a su prometido.

—Cariño, estás hermosa.

—¿De verdad lo crees?

—No solo lo creo: lo afirmo. —Sebastián soltó la mano de Katherine; se separó unos pasos de ella, y saludó a Clara besándole los nudillos de la mano—. Señorita Williams, se ve encantadora.

Clara le sonrió.

—¡Gracias, lord Beckham!

Sebastián volteó la mirada y vio a su amigo observando a la chica.

—Creo que mi amigo le trae un presente.

Ambos observaron a Andrew, que se ruborizó suavemente.

Katherine fijó la mirada en Andrew, y vio la rosa.

—¿A qué se debe eso, Sebastián?

Sebastián se encogió de hombros mientras le brindaba el brazo a Katherine.

—A veces no comprendo qué pasa por su mente —le susurró.

Caminaron hacia Andrew junto con Clara. Al llegar a él, él saludó a Katherine con cortesía.

—Lady Rushmore, se ve muy encantadora.

—Muchas gracias, lord Miller.

—Lady Williams, está usted hermosa.

—Señorita, por favor, o simplemente Clara, y muchas gracias, lord Miller.

Andrew no entendía por qué no quería que le dijera *lady*. Imaginó que su familia no poseía algún título, pero no iba a preguntar ni nada por el estilo. Llamarla por su nombre era un poco descortés.

—Señorita Williams, puede ser que sea muy descortés de mi parte, pero esto es para usted. —Le dio la rosa.

—Oh, muchas gracias, lord Miller. —Ella sonrió con un ligero rubor mientras tomaba la rosa, la acercaba a su rostro y percibía su aroma.

Katherine y Sebastián los miraban con asombro, diversión e interrogación. Ambos veían una escena muy romántica, aunque nada de eso podría ser posible. Aunque Andrew no sabía quién era Clara ni sus orígenes, Clara sí sabía quién era Andrew, y no se permitiría fijarse nunca en un hombre como él ya que, ante la sociedad, estaba prohibido para ella por no ser de la misma clase social. Aunque él aún no era consciente de eso, cosa que la hizo preocupar a Katherine, ya que él podría cortejarla o simplemente seducirla. Sabía que Andrew era un libertino, pero no se iba a interponer de momento; conocía muy bien a su amiga, así que disfrutaría al verla tener una velada mágica con un conocido con quien bailar, por lo cual tomó nuevamente el brazo de Sebastián y le indicó que fueran a saludar a algunos familiares e invitados.

Capítulo nueve

Era hora de iniciar el baile: Sebastián y Katherine tenían que bailar el primer vals. Luego de un pequeño discurso de ambos condes en el que anunciaban el motivo del baile, se dio inicio a este. Ambos se dirigieron al centro del salón; al ritmo de la música, cuando la orquesta comenzó a tocar, dieron inicio. Ambos se movían al ritmo de la melodía; por unos minutos estuvieron solos, hasta que otras parejas comenzaron a unirse (entre ellos, sus padres).

—Baila usted muy bien, milord.

—Tú también, hermosa. Supongo que las clases han servido de algo —le contestó con una sonrisa—. Sospecho que has sido una muy buena alumna.

Katherine dio una rápida revisión del salón con la vista y observó a varias parejas que se unían en el salón bailando, entre ellas, a su amiga Clara con Andrew. Katherine no tenía intención de oponerse a que su amiga disfrutara de las intenciones de Andrew, pero se sintió un poco preocupada, ya que ese hombre podría romperle el corazón.

—¿Tu amigo no sabe nada de Clara? —le preguntó Katherine a Sebastián.

—Yo tampoco sé nada; lo único que sé es que son amigas y trabaja en tu casa, o algo menos eso se supone. —Visualizó a la pareja—. No esperé que fuera parte del baile.

Ella lo miró a los ojos.

—Cierto, no sabes mucho de ella y, en cuanto a eso, siempre la he obligado a ciertas situaciones y, por el cariño que me tiene, siempre termina accediendo. Este caso no fue diferente, tomando en cuenta que tuve la aprobación de mis padres. Ella es mi doncella.

Él le sonrió mientras la hacía girar.

—¿Me podrías hablar de ella y de vuestra relación?

—Solo si me prometes que, si las intenciones de tu amigo son malas, tú me lo harás saber.

—¿Y si no lo hago?

—Recuerda que aún no estoy del todo segura de querer ser tu esposa. —Un destello rebelde apareció en sus ojos—. Además, si ese patán llega a lastimar a mi amiga, no tendré ningún problema en matarlos a ambos, y así me desahogo de ti.

Él soltó una carcajada.

—Bueno, lo tendrás fácil; solo me mataras a mí, ya que le advertí a Andrew que lo mataría si le hace algo a ella. Aún no sé bien quién es, pero sé que es demasiado importante para ti, y tú lo eres para mí.

Katherine se sonrojó.

—Lo es, Sebastián, y, si esta farsa de matrimonio sigue, ella irá conmigo a cada rincón del mundo donde tú me lleves.

—Hermosa, para mí, esto no es una farsa, ya que yo realmente quiero casarme contigo, y te convenceré de que tú también quieres hacerlo. Si, para tenerte, tendré que llevarla, lo haré, aunque nunca pensé en oponerme.

Kathy sonrió sintiendo haber ganado, aunque no sabía que ya que era común que las doncellas se fueran con sus patronas luego del matrimonio. Pero la afirmación de Sebastián de querer casarse con ella la llenó de satisfacción, haciéndole palpar su corazón frenéticamente.

—Me gustaría ver qué haces para convencerme de ser tu esposa.

—Haré mucho, y cosas que tú no te imaginas —le susurró en el oído.

Katherine se erizó al sentir el cálido aliento de Sebastián en su oreja y le dio una mirada desafiante y una sonrisa pícar.

—Sebastián, una cosa más, siempre soñé casarme enamorada de mi esposo.

La música se detuvo para cambiar de melodía, y Sebastián llevó a Katherine a buscar algo de beber, pero algunos caballeros se acercaron a la pareja para bailar con Katherine. Sebastián quería negarse rotundamente, ya que quería seguir hablando con ella, pero sería muy descortés, por lo cual se lo permitió y él se dirigió a bailar

con algunas damas amigas y parientes. Después de un par de bailes, Sebastián se disculpó, ya que solo tenía intenciones de bailar con su prometida. Decidió beber algo antes de reclamarla, así que fue hacia la mesa de licores, donde el mesero le sirvió un trago de whisky. Sebastián observó a Katherine y la forma en que bailaba, mientras bebía su whisky y analizaba sus últimas palabras.

Perdido en sus pensamientos, admirando lo hermosa que se veía, y en las ganas que tenía de estar nuevamente en su compañía, escuchó la voz ronca de un hombre, que le llegó desde atrás: —Demasiado hermosa, diría yo.

Sebastián desvió la mirada, y vio a su hermano acercarse a él.

—¿Qué dices? —le preguntó fruncido el ceño. Sabía que su hermano no haría ningún comentario positivo; estaba más que seguro ya que, desde hacía algunos años, intentaba competir con él, pero de la peor forma.

—Dijiste que era hermosa, pero yo creo que es demasiado hermosa. —Su hermano sonrió con picardía.

—No quería presumir de su belleza.

—Ya entendí por qué decidiste aceptar el compromiso. —Le pidió un trago al mesero—. Muy egoísta de tu parte, Sebastián pero, como siempre, quieres todo lo mejor para ti.

—¿Qué quieres decir, Mathias?

—Si tú te hubieras negado, cosa que pensé que harías y te hubieras quedado en el extranjero, yo ahora estaría disfrutando de esa hermosura, y no sabes de qué forma.

Sebastián se exasperó y miró a su hermano con el entrecejo fruncido.

—¿A qué te refieres con eso?

Él se encogió de hombros y bebió un sorbo de su trago.

—Tú tienes demasiado sentido del honor y te apuesto a que aún no le pones una mano encima a esa hermosura, y no porque no lo quieras, sino por no ser una ramera. En cambio, yo ya la hubiese hecho mía y de distintas formas, ya que no me hubiera demorado tanto en regresar del extranjero. Incluso te puedo garantizar que

hasta tendría mi heredero en su vientre. Sebastián bufó enfadado; sus ojos se oscurecieron. Soltó una maldición entre dientes y bebió el trago rápidamente. Desvió la mirada a su alrededor para luego clavarla en su hermano, lleno de rabia.

—Déjame decirte, hermano, que no sabes quién soy, y nadie te puede asegurar que en esas tan voluptuosas caderas no aguarde mi heredero ya. Además, una cosa es tener sentido del honor, y otra muy diferente es ser un maldito como tú y hablar de la forma en la que hablas de ella, ya que Katherine no es una cualquiera, como las que acostumbras frecuentar.

Sebastián se sentía realmente enfadado, y quería dejarle muy claro a su hermano que él era el único dueño de Katherine. No era la primera vez que discutían y especialmente por una mujer, aunque a Sebastián ninguna le importaba tanto como Katherine. Pero Mathias tenía la costumbre de frecuentar las mujeres con las que Sebastián había tenido algo que ver.

Mathias sonrió.

—Perdón, Sebastián, es solo que, por la forma en que la miras, no parece que... —se detuvo y bebió de su trago—... un hijo tuyo esté en su vientre aún.

Y, sin dejar que Sebastián le respondiera, caminó rápidamente para abordar a una bonita dama que pasó frente a ellos, como cuando un lobo va tras su presa.

Sebastián estaba muy enfadado; bebió otro vaso de whisky rápidamente y observó hacia el centro del salón. Vio a Katherine bailando con su padre y a Andrew en un rincón junto a Clara. Bebió rápidamente otro trago y salió por uno de los pasillos que conducían a la biblioteca: necesitaba dispersar su enojo y despejar la mente. Al entrar a la biblioteca, se sentó en uno de los sillones que se encontraban frente a la chimenea. Maldición, su hermano estaba en lo cierto: él aún no le había hecho nada, a excepción del beso que le había dado en el jardín. Pero no era por su sentido del honor, ya que había poseído a muchas mujeres anteriores. Katherine era diferente: era pura y delicada, y no la iba a seducir de la forma en que hacía

con las demás. A ella tenía que tratarla diferente, y Dios era testigo de que él deseaba hacerla suya y hasta que su futuro heredero estuviese custodiado por esa cadera. Pero ella aún tenía dudas sobre él y sobre el matrimonio, por lo cual no iba a obligarla ni a seducirla hasta que ella se diera cuenta de que realmente también quería ese matrimonio. Recordó las últimas palabras de Katherine y pensó en la forma de enamorarla, con su mirada fija en el fuego y con los pensamientos perdidos. Sebastián no se dio cuenta de que alguien había entrado en la biblioteca.

—¡Sebastián! —Katherine caminó hacia él—. Llevo rato buscándote. ¿Qué ha pasado para que desaparezcas así?

Él levantó la mirada y frente a él vio a Katherine. La atrajo hasta sentarla en su regazo.

—¡Sebastián, espera! —Katherine chilló cuando se dejó caer en su regazo. Sus mejillas se tornaron escarlata, y su corazón se le aceleró—. ¿Qué crees que haces? —Katherine intentó levantarse, pero Sebastián le tomó de la cintura con fuerza y la apretó contra su pecho.

Él guardó silencio unos segundos mientras la tenía pegada a él y se inundaba de su aroma.

—No te vayas, Kathy.

El tono de su voz era suave y tierno.

—Alguien puede venir, Sebastián.

—Nadie vendrá, amor mío, solo déjame abrazarte unos minutos.

—Se darán cuenta de que no estamos ahí; me vieron que te buscaba. —Katherine estaba un poco nerviosa y preocupada. Aún no conocía a su prometido, pero sabía que le sucedía algo.

—Solo unos minutos, amor mío, por favor —le suplicó.

Katherine se quedó quieta sobre él; lo vio a los ojos y notó ira. No, eso era rencor.

—¿Qué sucede, Sebastián? —Él negó con la cabeza; parecía un niño—. ¿Me lo dirás? —le insistió.

—Mi hermano siempre se ha empeñado en competir conmigo, aunque de la peor forma. Es holgazán, libertino y borracho; se la

pasa malgastando el fideicomiso mensual que le da mi padre. Incluso se ha metido en algunos problemas. Por eso tuvo que abandonar el extranjero y sus estudios allá hace un año. Y, cada vez que puede, trata de recordarme que soy el bueno de la familia, el favorito de mis padres.

Katherine se quedó pensativa.

—¿Y no lo eres?

—Sí, eso creo; sé que están orgullosos de mí desde hace más de tres años; no dependo del dinero de mi padre. Pero es que eso no es todo.

—¿Cuál es el verdadero motivo, Sebastián?

—Trata de culparme de que él sea de esa forma; es su manera de llamar la atención.

—¿Tus padres lo creen así?

—Maldición, no, yo soy el orgullo de mi padre, y eso es lo que más le afecta. No voy a negar que he sido un libertino y me gusta apostar. Pero, al contrario de muchos, he hecho mi pequeña fortuna y mis negocios.

—¿Tus padres no te culpan por cómo es tu hermano, o sí?

—Claro que no; mis padres saben muy bien quién es él y no justifican su comportamiento.

—¿Entonces por qué te pones así? No debería afectarte.

—Recién me lo encontré y me dijo algunas cosas que me hicieron enfurecer. De momento no quería ver a nadie y caminé sin rumbo hasta llegar aquí.

—¿Puedo saber que te dijo?

Sebastián sonrió y la miró a los ojos.

—Si te digo, también te vas a enfadar.

Katherine puso los ojos en blanco.

—¿Habló cosas lascivas sobre mí?

—Sí, hermosa.

—Maldición, es tu hermano; ni eso respeta. —Sebastián se sorprendió al escuchar maldecir a Katherine, aunque no era la primera vez que la escuchaba—. Disculpa, Clara me ha dicho que

una dama no debe maldecir, pero desde niña lo hago, y más cuando estoy molesta.

—Descuida: mientras no lo hagas con todos ellos, en medio de una velada, por mí no hay problema.

Katherine llevó su mano a la mejilla de Sebastián y comenzó a acariciarla. No sabía por qué, pero esa pequeña plática los había hecho acercarse un poco más. Katherine cada vez le iba tomando más confianza y se sentía más atraída hacia él, y no solo por su físico: él le estaba abriendo su corazón.

Sebastián puso su mano sobre la de ella y la acarició.

—¿Me hablarás de Clara?

Katherine asintió y empezó a hablar sobre su amiga; empezó por contar la historia sobre la madre de Clara y de cómo había llegado a su casa, de cómo se había vuelto tan íntima de la condesa y, sobre todo, de cómo había empezado la amistad entre ellas. Eran más que amigas: casi hermanas. Se habían criado juntas, e incluso Clara sabía de etiqueta y esas cosas, ya que ella se había empeñado en que asistieran juntas a todas las clases de Katherine. Sebastián se imaginó a su hermosa novia de niña junto a su amiga, y sintió ternura.

—Aún no me hago la idea de qué voy hacer sin ella, por lo cual quiero que siga siendo mi doncella de momento y estar juntas. Temo el día en que decida casarse y se marche de mi lado.

—Sabiendo el cariño que le tienes, sé que te dolerá, pero la dejarás hacer su vida.

—Claro, aunque me gustaría que se quedara en casa como lo hizo su madre y asignarla como ama de llaves, pero que siga cuidando de mí como mi doncella, ya que no me siento cómoda con ninguna otra debido a la confianza que nos tenemos.

—Hermosa, lo que tú creas que sea lo mejor. No me voy a oponer. Incluso, si deseas comprar una propiedad para ella y darle una mensualidad para que viva cómodamente, lo haría si eso te hace feliz.

Katherine lo miró con asombro, y una gran sonrisa se le dibujó en

sus labios y en su mirada.

—¿Con eso te referías a que me convencerás de que me case contigo?

—Con eso y más, hermosa —le aseguró.

—La idea suena muy tentadora, pero de momento me conformo con que siga viviendo conmigo. Dime qué es ese más.

Sebastián sonrió burlonamente y llevó su mano hasta la boca de ella, y rozó sus dedos en sus carnosos labios.

—¿Sabes lo loco que me vuelven tus labios? —Katherine negó con la cabeza mientras una chispa de brillo aparecía en sus ojos—. Hermosa, tus labios me enloquecen; quiero besarlos siempre que te tengo cerca.

—¿Y por qué no lo haces? —Katherine también deseaba que él la besara.

—Demasiado sentido del honor tal vez. —Katherine sonrió por el comentario. Sebastián le tomó la barbilla y le acercó la cara a la de él, rozando los labios de Katherine con los suyos—. Aunque sé que contigo mi honor y cordura se van al carajo.

Luego de decir eso, empezó a besarla de forma tierna y despacio. Katherine respondió al beso de la misma forma. Sebastián la invitó a que abriera sus labios para que su lengua le explorara la boca, y Katherine lo hizo y se entregó al beso. Sebastián la besó con más pasión, devorando sus labios, explorando cada centímetro del interior de su boca y deleitándose con su sabor. Katherine le respondió el beso de la misma forma y pasión, con deseo. Sebastián saboreaba sus exquisitos labios con deseo. Eran tan dulces... y lo estaban volviendo loco de deseo. Sebastián soltó de golpe sus labios, y ella lo observó confundida. Ambos jadeaban, y su respiración iba demasiado rápido. Sebastián la observó a los ojos y le gustó lo que vio, así que besó la comisura de sus labios y fue bajando por su barbilla y cuello hasta llegar al hueco de este. Ella clavó sus dedos en los cabellos de la nuca. Sebastián, mientras seguía bajando su boca hasta llegar al inicio de su escote, soltó la cinta de seda de su corpiño aflojándolo, y exploró con sus manos

dentro. Encontró uno de sus pechos; acarició suavemente su pezón hasta que lo hizo contraer y endurecer. Katherine gimió suavemente, mordiendo su labio inferior. Sebastián deslizó su mano hasta llegar a su otro pecho y lo acarició. La besó nuevamente en los labios, mientras con sus manos jugaba con su pecho y el otro pezón también se endurecía, sintiendo los suaves roces de sus manos y su pasión en el beso. Katherine se contorneó ante él. Sebastián bajó su boca hacia uno de sus pechos; lo lamió y lo succionó, mientras seguía acariciando el otro con su mano. Sebastián la levantó y la sentó a horcajadas; metió su mano bajo la falda del vestido y empezó a explorar una de sus piernas. Acarició suavemente hasta llegar al límite de su media; siguió su recorrido y llegó hasta más arriba de la rodilla. Subió aún más hasta encontrarse con la cinta de sus calzones. Katherine lo detuvo al sentir su mano.

—No lo hagas, por favor, hermosa —le escuchó decir y le permitió seguir con la exploración mientras ella ahogaba algunos gemidos. Katherine sentía su sangre hervir, y una nueva necesidad inundó su cuerpo. Deseaba más, pero no sabía qué. Se movió y sintió el roce de la mano de Sebastián y gimió. Sebastián le susurró palabras para tranquilizarla y soltó la cinta; siguió su recorrido hasta encontrar el triángulo. Bajó su mano y la deslizó hasta encontrar su abertura. Katherine intentó cerrar sus piernas—. Tranquila, hermosa, ábrete un poco para mí —le pidió Sebastián, y Katherine abrió sus piernas.

Eso se sentía demasiado bien. Katherine sintió la cálida mano de Sebastián y suspiró intentando flotarse en ella. Sebastián la detuvo y bajó un poco más su mano. Encontró el pequeño capullo, que comenzó a acariciar con movimientos circulares. Sebastián la besó nuevamente, ahogando los gemidos en su boca mientras seguía acariciándola y dándole placer. Sintió cómo Katherine clavaba con fuerza sus dedos en su cabello. Sebastián comenzó a sentir su humedad y deslizó uno de sus dedos en la entrada de su intimidad. La acarició suavemente y la penetró con uno de sus dedos. Pudo escuchar a Katherine soltar un gemido, así que introdujo otro de sus dedos con suaves penetraciones y rítmico movimiento. Katherine se

estremeció entre sus brazos y comenzó a levantar sus caderas en movimientos involuntarios. Ella estaba preparada para recibirlos, y él lo sabía: ella también lo deseaba. Sebastián quería estar dentro de ella, poseerla; Katherine se mostraba tan sensual, tan apasionada... Movi6 más rápido su mano y sintió el interior de Katherine contraerse y estremecerse por el éxtasis sentido. Él lamió sus labios mientras miraba la cara llena de satisfacción y deseo que tenía Katherine en ese momento; le acarició la mejilla con la nariz y la besó.

Sebastián quería tumbarla en ese sofá y hacerle el amor ahí mismo; su apretado y doloroso miembro se lo pedía a gritos y sabía que Katherine no se lo impediría. Ella también lo deseaba, pero no era el momento ni el lugar para hacerla suya.

Katherine había recobrado el aire, y un rubor escarlata llenó sus mejillas.

—Sebastián, yo, yo...

Sebastián le dio un beso y la ayudó a arreglar su corpiño y la abrazó con fuerza.

—¡Dios, cuánto te deseo! —La miró a los ojos—. ¿Te casarás conmigo, hermosa?

—Sebastián, desde que te conocí, he aceptado la idea de hacerlo.

—¿Eso es un sí?

Katherine asintió con la cabeza.

—¡Sí!

—Pues si ese es el caso... —Metió su mano en el bolsillo de la chaqueta, saco una sortija dorada con un enorme diamante ovalado color vino, tomó la mano de Katherine y se lo colocó en el dedo anular de la mano izquierda. Katherine observó el anillo con una sonrisa. —Sebastián, esto es hermoso. —Se acercó a él y le dio un rápido beso en sus labios.

—Ahora sí estoy seguro de que te casarás conmigo.

Katherine sonrió.

—Sé que me dijiste que te quieres casar enamorada y haré lo que sea necesario para que te enamores de mí, Katherine. Quiero que

seas mi esposa.

—Oh, Sebastián.

—Y no pienses que esto que acaba de pasar fue para comprometerte; te deseo, hermosa, y te haría el amor aquí mismo, pero no quiero que sea de esta forma.

—No pienso eso, Sebastián, y no estoy aceptando por eso; es que, simplemente, no sé qué es lo que estoy sintiendo.

—Shhh, calla, hermosa: ya lo descubriremos.

Luego de que Sebastián ayudó a Katherine a acomodar su vestido, ambos regresaron nuevamente al salón. Katherine preguntó cuánto tiempo habían estado ausentes, ya que habían perdido el sentido del tiempo y se había dejado llevar por las sensaciones nuevas que le había hecho sentir Sebastián. Al entrar nuevamente al salón y después de haber localizado a sus amigos, se dirigieron hacia ellos.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Clara a Katherine cuando se acercó a ella.

—En la biblioteca.

—¿Leyendo un libro? —le preguntó Andrew en tono burlón.

Sebastián le lanzó una mirada asesina.

—Buscando un poco de intimidad —le aclaró Sebastián—. Vamos por algo para beber. —Se llevó su amigo a rastras.

Ambas muchachas los observaron; Katherine levantó la mano y le mostró el anillo a Clara.

—¡Es hermoso, Kathy!

—Sí, lo es, por cierto, con esto he aceptado que me casaré con él.

—Ahora no podrás escapar.

—No estés tan segura: la boda aún no se realiza.

Ambas sonrieron.

—¿Y tú cómo la has pasado con Andrew?

—De maravilla, aunque no solo con él he bailado o compartido palabras.

—¿Has pasado la mayor parte del tiempo con él?

Clara asintió.

—Es un hombre muy agradable y una excelente compañía.

Justo cuando Katherine iba a seguir el interrogatorio, su prometido y su amigo llegaron junto a ellas con un poco de vino para ellas. Luego de que Katherine les comentó que tenía hambre, todos se fueron a degustar los aperitivos en la mesa de bocadillos.

Capítulo diez

El baile había concluido de maravillas. La mayoría de los asistentes estaban fascinados por la hermosa pareja que formaban Sebastián y Katherine. Se escuchaban rumores de que serían la pareja del año, de que ni los mismos dioses igualarían lo hermosos que se veían juntos. Incluso que hasta sus hijos iban a ser los más hermosos del lugar. Era verdad: ambos eran muy apuestos y, si Katherine hubiera debutado, hubiera sido la muchacha más hermosa de la temporada y Sebastián, el más perseguido si hubiera asistido a dicha temporada.

Katherine se había convertido en la envidia de todas las jovencitas en busca de un marido, ya que ella se había llevado a uno de los mejores y más apuestos del lugar. Los hombres también sentían envidia por Sebastián, ya que Katherine, con su juvenil belleza, mostraba ser una de las más bellas de todo Inglaterra y la más perseguida por los pretendientes en la temporada, si le hubiera tocado buscar marido de esa forma. Sebastián no iba a tener la necesidad de adquirir una amante en un futuro; él muy bien sabía que Katherine lo iba a satisfacer tanto fuera de la cama como dentro de esta, ya que ella iba a hacer que la necesitara, que la deseara cada día más y, de cierta forma, eso le gustaba, ya que quería pertenecerle solo a ella.

A la mañana siguiente, Sebastián entro al comedor para desayunar con sus padres; se sentó junto a su padre y, luego de que uno de los lacayos le sirvió un poco de café, tomó unas tostadas de la mesa.

—Supuse que estarías junto a tu hermosa prometida, hermano.

Sebastián levantó la mirada arqueando una ceja.

—Mathias, cuida tus modales y no le hables así a tu hermano —le ordenó su madre.

Mathias entraba al comedor escoltando una dama muy bonita a

simple vista. Era una de esas damas que no tienen impedimentos para meterse en la casa de los aristócratas y, por lo que sabía, era una invitada del baile.

—¿Quién es la señorita, Mathias? —le preguntó el conde sin mirarlo. Este se encontraba en un extremo de la mesa junto a su esposa y a Sebastián.

—¡Ah, ella! Es lady Hamilton, una agradable compañía.

No era nada extraño el comportamiento de Mathias: era un libertino de los peores y no perdía el tiempo cuando de damas se trataba, ya que era apuesto, por lo cual casi ninguna mujer lo rechazaba. De vez en cuando las exhibía como trofeo, y tampoco le importaba llevarlas a casa de sus padres.

—Disculpa mi atrevimiento, padre, pero, ya que ha sido tan amable y complaciente conmigo, no veo que haya ningún problema en que desayune con vosotros.

—Haz lo que quieras, pero no hables de esa forma, y mucho menos a tu hermano o acerca de lady Rushmore. ¡Respétalos!

Mathias se encogió de hombros y le ordenó a la dama sentarse en una silla junto a él.

—Perdón, hermano, simplemente pensé que desde muy temprano estarías disfrutando de la compañía de tu prometida. —Refrescó su garganta—. Bueno, en realidad, pensé que pasarías la noche con ella.

—Ya habrá tiempo para eso —le aclaró Sebastián sin mostrarle interés alguno. Sabía que, si de cierta forma le prestaba atención a su hermano, iba a terminar exasperado y se iban a enfrentar, cosa que deseaba evitar.

—¿Ya han acordado la fecha de la boda? —preguntó su madre.

—Aún no, madre; apenas regrese a Londres, acordaré una cita con su familia, ya que lady Rosethon se quiere hacer cargo de todos los preparativos. Pero, según lo acordado con su padre, en unos tres meses se realizará.

—¡Tan pronto! —exclamó su padre.

—Katherine posee una naturaleza rebelde muy peculiar y en un

principio se había negado a nuestro compromiso amenazando con huir si se la obligaba. Aunque ya ella no rechace el matrimonio, su padre aún teme que en cualquier momento se arrepienta y huya.

—Tú te encargarás de que no sea así —escuchó decir a su hermano con un tono de burla.

Sebastián hizo caso omiso del comentario y siguió hablando.

—Madre, ¿tú quieres formar parte de los preparativos?

—Me encantaría, Sebastián, pero para eso tendría que estar viajando a Londres muy seguido o alojarme allá por un tiempo, y no es de mi agrado. Aunque hablaré con Amelia y acordaré algunas cosas en las que pueda ayudarla.

—Está bien, madre, aunque lo más probable es que se realice aquí.

—Siendo así, con más motivo hablaré con Amelia.

Sebastián terminó su desayuno y, con un cortés gesto, abandonó la mesa. Al subir nuevamente a su habitación, le había parecido extraño no haber visto a Andrew bajar a desayunar ni en ninguna parte de la casa. Ya era pasado el mediodía, y sabía que no disponía de compañía ya que habían llegado juntos (¿o acaso había llegado la compañía después?).

Sebastián vio pasar una doncella y le preguntó por su amigo. Esta le dijo que seguía en su habitación y había ordenado que le llevara un poco de café, por lo cual Sebastián se dispuso a ir a verlo.

Luego de haber tocado la puerta, Andrew le ordenó que entrara. Estaba aún tumbado en la cama mirando al techo, lo que le pareció extraño a Sebastián, ya que su amigo no se había embriagado.

—Vaya, amigo, ¿qué te sucede?

—Mala noche: apenas pude pegar los ojos.

—¿Falta de compañía? —le preguntó Sebastián mientras se sentaba en una silla que se encontraba cerca de la cama.

—Exceso de pensamiento —le confesó Andrew con un suspiro.

—Sé lo que es eso, y más cuando se junta con deseo.

—Es lo peor.

—Ánimo, amigo, mañana regresaremos a Londres, así que hoy

planeaba visitar a Katherine y hacer un recorrido a caballo con ella. ¿Gustas acompañarme? Andrew levantó la cabeza y observó a su amigo.

—Es tu preciado tiempo con ella.

—Y no tendré duda de que lo será, pero también podemos disfrutar de la compañía de tus desvelos.

—¿Quién te asegura que está ahí?

Sebastián se burló de él.

—Sé que la señorita Williams te interesa, y no sé qué pasa por tu mente, y no tengo interés de saberlo y que Dios me condene, pero no le veo nada de malo en que pases un día agradable con ella.

Andrew sonrió.

—Clara es una agradable compañía y muy hermosa, pero es demasiado para mí. Además, me afirmó que regresará con su familia en cuestión de días, y lo más seguro es que no la veré hasta la boda.

—Una buena excusa para verla hoy.

Sebastián sabía que la chica no iría a ninguna parte fuera de Londres, sino que se mantendría oculta en la casa de Katherine. Había sido muy inteligente decirle eso a Andrew para mantener la distancia, ya que ella sabía quién era, aunque Katherine no quería que ella se tratase a sí misma así y, de cierta forma, él tampoco.

—Está bien; me convenciste Sebastián: debo disfrutar de su compañía.

—¡Kathy, ese anillo es hermoso!

Ambas chicas se encontraban en un pequeño salón, dentro de uno de los invernaderos, con su madre, tomando el desayuno.

—Sí, te soy sincera: me ha sorprendido con esto. Nunca esperé que me sorprendiera con un anillo y que, de esta forma, quisiera asegurar el compromiso conmigo.

—No es un mal hombre y quiere hacer las cosas bien.

—Mmm... de cierta forma, tal vez, o simplemente quiso hacer algo especial.

—Ahora me contarás por qué estuvieron en la biblioteca tanto tiempo.

Katherine se sonrojó y comenzó a beber su té.

—Estuvimos hablando sobre nuestras familias. Sebastián tuvo una pequeña discusión con su hermano. —Un brillo llenó los ojos de Kathy, y su rostro se puso escarlata.

Clara notó su sonrojo.

—¿Solo eso?

Katherine sonrió.

—Bueno, no te voy a mentir; también...

Katherine le habló a Clara del beso, que Sebastián le había soltado el corpiño, la había acariciado y llenado de besos en muchas partes de su cuerpo. Clara dio gracias a Dios que Kathy no quisiese entrar en detalles. Aunque era tan rebelde y formada en muchos temas, aún era muy tímida en esas cosas, especialmente en la intimidad. Ambas eran unas novatas en este asunto.

—Kathy, si sigues teniendo más encuentros así, no llegarás virgen al matrimonio.

Katherine se encogió de hombros.

—El matrimonio no demorará mucho en realizarse y no creo que haya más encuentros así. — Tomó un sorbo de té—. Además, Sebastián prometió no hacerme nada hasta que haya ganado mi corazón.

—Muy noble de su parte.

—Supongo que sí, ahora dime, ¿qué tal tu compañía?

—¡Ah, Andrew!

—Sí, el mismo, ¿o es que acaso tuviste más compañía?

Clara negó con la cabeza.

—Es muy agradable y muy apuesto también y, sí, un par de caballeros me brindaron su compañía, pero se alejaban al ver a Andrew cerca.

—¿Andrew se enteró de que trabajas para mi familia?

—¡Oh no!, él cree que somos parientes. Le dije que iba a regresar junto a mi familia pronto y no le volvería a ver hasta la boda.

—¿Mostró algún interés por ti?

—A diferencia de otros caballeros con los que bailé, él no me hizo comentarios molestos ni proposiciones indecorosas.

—¡Espera! ¿Recibiste esa clase de proposiciones?

Clara sonrió.

—Al parecer, el disfraz los engañó muy bien y disfruté de ver a uno que otro suplicando una cita para después, o la dirección de mi casa.

Ambas se echaron a reír; en ese momento uno de los lacayos entró al invernadero. —Lady Rushmore, tengo una nota de lord Beckham. —Este le dio la nota.

—¡Oh gracias! —Katherine abrió la nota y la leyó.

Mi hermosa prometida, ya que hoy va a ser vuestro último día aquí antes de regresar a Londres a mis tan satisfactorias labores, me he tomado el atrevimiento de querer pasar el día junto a ti, por lo cual te pido que aceptes un paseo a caballo por el lugar. Tenía intenciones de mostrarle el lago a mi amigo Andrew si no tienes inconvenientes de que nos acompañen él y tu muy querida amiga. En una hora estaré por ahí; si tienes alguna otra idea para pasar el día en tu compañía, házmelo saber.

Tuyo, Sebastián Katherine sonrió y observó a su amiga.

—John, no hay necesidad de llevar respuestas, pero podrías avisarle a Natasha que aliste la ropa para montar de Clara y la mía. Enseguida subiremos.

Clara miró a su amiga y, justo cuando salió el lacayo del invernadero, protestó: —¡Estás loca, Katherine, no me subiré nuevamente en esa bestia!

—Lo harás —le ordenó.

—Ni se te ocurra.

—Iremos con Sebastián y con Andrew de paseo.

—¡Ni loca me volveré a montar en una bestia de esas! —le aseguró Clara.

Katherine soltó una carcajada, y sus ojos se le iluminaron.

—Entonces, cuando lleguen, le diré a Andrew que no nos acompañarás, ya que eres mi doncella y tienes trabajo que hacer aquí.

Clara bajó la mirada.

—Dilo, no es más que la verdad.

Katherine notó angustia en el rostro de Clara.

—No seas boba, no lo haré; solo te estoy chantajeando. Además, eso debes decírselo tú, y deja de poner resistencia a montar en un caballo: son más dóciles que algunos hombres. El comentario las hizo reír a ambas.

Katherine le había ordenado a uno de los lacayos al llegar que le pidiera a su hermano que alistara y ensillara sus caballos. Cuando ambas estaban aprendiendo a montar, Katherine le había pedido a su padre que le regalara dos yeguas, y ella le regaló una a Clara. Conociendo el miedo que les tenía a los caballos, le dieron una muy dócil, según decía su hermano, ya que él era el encargado de cuidarlos y estrenarlos. Estas yeguas las había conservado hasta la fecha.

Sebastián, en compañía de su amigo Andrew, habían llegado ya a la finca de los Rushmore. Observaron cómo los equipajes eran llevados a los carruajes y algunos de los sirvientes andaban a las carreras, ya que algunos de los invitados se disponían a partir a sus casas. Al atravesar uno de los jardines que limitaba con la caballería, Sebastián encontró a lady Amelia admirando sus rosas.

—Una especie muy exótica, sin duda —apreció Sebastián al acercarse a Amelia.

—¡Oh querido! —Ella se volvió para verlo—. una reciente adquisición y regalo de su madre.

—No tengo duda; yo personalmente se la traje del extranjero en mi último viaje.

—Eso me había comentado su madre.

—De momento no sé cuándo vuelva a viajar, pero le puedo asegurar que le seguiré haciendo llegar ese tipo de regalos.

—Muchacho, no debe molestarse de esa forma.

—No será molestia, todo lo contrario, con tal de que trate de persuadir a Kathy de tener un majestuoso jardín en nuestra casa cuando nos casemos.

—Oh, querido, no hay duda de que me encargaré de eso, pero en

este momento creo que tú serás mejor para persuadirla de esa forma.

Él sonrió.

—Oh, milady, es mi amigo Andrew Miller, hijo del duque de Richmond.

—Un gusto, joven, conocí a sus padres hace algunos años en un baile. ¿Cómo se encuentran?

—Ambos están muy bien —le contestó Andrew.

—Envíales saludos de mi parte.

—Encantado, milady.

—Si me disculpa, veré si mi prometida ya está lista para nuestro paseo —se excusó Sebastián.

—Ve, querido, no pierdas el tiempo aquí: Katherine te espera.

Ambos se despidieron muy cordialmente de lady Rosethon y entraron a la casa. Al llegar al vestíbulo, escucharon voces. Se encontraron con una escena muy cómica: dos hermosas jovencitas discutían mientras bajaban las escaleras.

—Katherine, no insistas, no volveré a subirme a esa bestia.

—Oh, sí que lo harás.

—¡No! ¡No y no!

—Clara Williams, no me hagas obligarte a hacerlo.

—Esta vez no lo harás; no pasaré un ridículo frente a Andrew o...

En ese momento, Sebastián carraspeó su garganta, y ambas chicas desviaron su mirada hacia ellos. Clara se sonrojó.

Sebastián sonrió burlonamente mientras las observaba terminar de bajar las escaleras. Ambas mujeres se aproximaron a ellos. Sebastián saludó a Katherine con un suave beso en sus labios y a Clara con un gesto cortés. Andrew estaba un poco asombrado sobre la charla de las mujeres y las saludó a ambas con un movimiento de cabeza. Se había quedado sin palabras.

—¿Así que tu amiga no quiere subir a una bestia de esas? —pregunto Sebastián. —Se empeña en decirle *bestia* a los caballos ya que les tiene miedo desde niña, pero siempre consigo que se suba a ellos.

—No son más que criaturas hermosas, pero salvajes, que rechinan cuando se les piden ser dóciles —replicó Clara.

—E insisto: no son diferentes a los hombres —agregó Katherine.

Ambos caballeros se echaron a reír al escuchar el comentario y salieron en dirección a los establos en compañía de ellas, mientras ambas seguían con su discusión. Al estar frente a los establos, Clara seguía empeñándose en no subir a su yegua y, al ver su rotunda negación, Andrew tuvo una idea.

—Si gusta, puede montar conmigo, así no pasaría el desagrado de tratar de domar esa bestia a su favor.

—¿Que monte el mismo caballo junto a ti? —Clara lo miro sorprendida.

—Así es, señorita Williams.

—No veo ningún problema en eso, Clara —aprobo Katherine.

—¿Está bien que una dama haga eso?

—De cierta forma no pero, ya que vuestras familias son las dueñas de las propiedades en donde vamos a cabalgar, no veo ningún problema: nadie nos verá —la tranquilizó Sebastián.

—Si es así... —Miró a su amiga y luego a Andrew—... de esa forma sí acepto montar.

Eduardo llegó con las dos yeguas y observó a las muchachas.

—Clara, ¿no va montar, verdad?

—No, Eduardo —le contestó Katherine—. Pero ya lo resolvimos: Lord Miller la llevará en su caballo.

Eduardo frunció el ceño.

—Eso no está bien, y él es prácticamente un extraño.

—Ay, Eduardo, no sucede nada: estamos entre amigos.

Al ver que su cuñado se iba oponer, Sebastián decidió intervenir.

—Eduardo, Andrew es mi mejor amigo y te puedo asegurar que no le faltará al respeto y, si vemos alguna situación que podría perjudicar su reputación, lo evitaremos.

Eduardo suspiró.

—Apenas te conozco pero, ya que vas a ser parte de la familia, supongo que debo confiar en ti. Sabes que son mis hermanitas y, si

les pasa algo, te las verás conmigo, y tu amigo también. —Le lanzó una mirada asesina a Andrew.

Luego de que el problema fue resuelto y de que Eduardo se llevó la yegua de Clara, se dirigieron a la parte trasera de la finca para iniciar su paseo, adentrándose en un área boscosa.

—Estas son las rutas que se utilizan para las actividades de caza —le informó Sebastián a Andrew mientras señalaba algunas madrigueras.

—Hace años que mi padre no practica estas actividades, pero de igual forma las cuida. De hecho, la última actividad se hizo para uno de los cumpleaños de mi abuelo, el último —le escuchó decir a Katherine, que mantenía el paso de su yegua a la par de la de Sebastián.

—Recuerdo que la última vez me obligó a asistir a una de esas actividades —le dijo Clara— y caí tumbada de culo.

Andrew iba detrás de la pareja disminuyendo un poco el paso.

Katherine se echó a reír.

—Admito que había superado un poco su miedo a los caballos, pero esa vez los galgos se mezclaron en las patas de su yegua siguiendo al zorro. Clara se puso muy nerviosa, y su yegua lo sintió y comenzó a correr sin rumbo. La seguí, al igual que mi hermano, e intentamos tranquilizar a la yegua, pero se detuvo bruscamente, y Clara se cayó. Desde ese día, y hasta ayer, se había negado subir a un caballo nuevamente.

El paseo se tornó tranquilo; se adentraron un poco más en la propiedad de los Beckham. Sebastián le contó a su amigo que, como sus abuelos habían sido amigos desde niños, habían decidido comprar la propiedad y dividirla a la mitad, así estarían juntos. Aunque la propiedad era muy grande y sus casas iban a estar a una gran distancia, estarían juntos, con la esperanza de que algún día sus hijos iban a crecer juntos y de que posiblemente hubiera una futura unión entre ellos. Pero, desafortunadamente, ambos habían tenido hijos varones, y su abuela, debido a una enfermedad, no pudo concebir más hijos. La abuela de Katherine había concebido

dos hijos varones; después de que Katherine nació, los viejos acordaron en que ellos crecieran ahí para que se criaran juntos, pero el padre de Katherine tenía que disponer su tiempo en Londres. Aunque en un principio había aceptado, no pudo mantenerse allí, y se trasladó con la familia a Londres. Por otra parte, para Sebastián, había planes de enviarlo al extranjero a estudiar. El abuelo de Sebastián había muerto cuando este tenía catorce años: había adquirido una extraña enfermedad. En su lecho de muerte, había hablado con él y le había hecho prometer que mantuviera la amistad y los lazos entre las familias y que le prometiera que se casaría con la nieta de Rushmore. Aunque en ese momento no le gustó la idea, esta no era tan desagradable, ya que no iba a tener la tarea de buscar o soportar a esas mujeres cazafortunas. Le prometió a su abuelo hacerlo. Por otra parte, el abuelo de Katherine había muerto apenas hacía tres años. De igual forma le había hecho prometer a Katherine casarse con el niño mayor de los Beckham, y ella había aceptado. Su abuelo estaba muy débil ya, y ella no se iba a negar. Eran sus últimas horas, y lo iba a hacer feliz de esa forma. Unos meses después de que su abuelo murió, su padre le informó que debía cumplir con la promesa de su abuelo debido a una clausura en el testamento y Katherine, enfurecida, le dijo que nunca había pensado cumplir con esa tonta promesa, por lo cual no tenía que hacerse cargo de nada. Pero, ya que su padre había sido un hombre de palabra y mantenía una fuerte amistad con Nataniel Beckham desde que eran niños, los condes habían decidido que sus hijos se casarían. Así que, apenas Sebastián estuviera en Londres, se le iba a informar.

—Estas propiedades son nuestro regalo de boda —les explicó Sebastián cuando por fin llegaron a un extenso lago, aunque Sebastián tenía claro que su familia no se iba a mover de ahí y que, por otra parte, tampoco iban a vivir a ahí. Irían tan solo para vacacionar o en algún otro momento en que quisiesen descansar de la ciudad.

Sebastián tenía pensando adquirir alguna otra propiedad en el

campo en otro lugar, pero todo dependía de lo que opinara Katherine ya que, desde que su compromiso se había confirmado y su pequeña fortuna iba creciendo, él pensó en complacer los gustos de su futura esposa para conveniencia del matrimonio, claro. Eso fue hasta que conoció a Kathy, ya que sabía que no iba a tener necesidad de llenarla de lujos para mantenerla feliz. A pesar de provenir de una familia adinerada, se notaba que no se dejaba embelesar por regalos caros.

Al llegar al lago, se detuvieron y bajaron para dar una pequeña caminata, Sebastián no perdió el tiempo y se llevó a Katherine entre unos árboles para poder besarla, acariciarla e inundarse de su dulce sabor. Por otra parte, Andrew caminó junto a Clara intentando comprender qué le estaba sucediendo con ella.

Capítulo once

Como se le había hecho costumbre en el último mes y medio, Katherine asistía a los clubs de juego los jueves o los viernes, ya que sabía que esos días podría encontrar más *peces gordos*, o sea, algunos desdichados que quisiesen perder su dinero por diversión, y no por negocio. Aunque su amiga le había recordado que Sebastián y Andrew asistían a esos lugares y podrían descubrirla en cualquier momento, ella omitió sus advertencias. De cierta forma sabía que ninguno de ellos se iba a arriesgar a apostar con ella después de haber perdido y, por otra parte, sentía que Sebastián la quería, por lo cual no la iba a traicionar de esa forma, buscando a la enmascarada. Aunque no tenía sus dudas de que él pudiera presentarse en esos lugares. En cuanto a Andrew, tenía un interés un tanto especial por Clara y, al parecer, no tenía ganas de abordar a una desconocida, así que se sentía tranquila de algún modo. De todas formas, si se encontraba con ellos, lo único que debía hacer era evitarlos.

—Kathy, un lacayo de Sebastián ha traído una nota y, por lo que me dijo, espera una respuesta —le informó Clara mientras entraba a la habitación y se acercaba a Katherine, que estaba buscando su disfraz ya que, en el anterior viaje, lo había sacado del baúl donde lo ocultaba y lo había metido en el ropero.

Katherine observó a su amiga.

—Déjame ver de qué se trata.

Clara caminó hasta ella y le puso la nota en la mano.

Kathy abrió la nota y comenzó a leerla; frunció el ceño al principio pero, después de haber terminado de leerla, una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Qué sucede, Kathy?

—No es nada, solo que tendré que cancelar mis planes de hoy. — Le dio la nota a Clara, que la leyó.

Mi preciosa dama, uno de mis socios, con el cual me he reunido recientemente, me ha obsequiado un par de entradas para el teatro, cuya función es esta noche. Según lo que me dijo, hoy se entrenará una de las más famosas obras de Shakespeare. Al ser un gran amigo del dueño del teatro, este le ha asignado algunas entradas de cortesía y me las obsequió al enterarse de mi reciente compromiso para que asista contigo. Espero no interrumpir tus planes para hoy; pasaré por ti a las ocho. Por favor, ruego que confirmes si no puedes asistir.

Tuyo, Sebastián Clara sonrió.

—Vaya que interrumpió tus planes.

—Me temo que sí.

—¿Irás? —quiso saber.

—Iremos, mi querida amiga, no solo mis planes se van a irrumpir.

—Se dirigió a la biblioteca para contestar el mensaje.

—¡Oh, no, Kathy! No podría; son solo dos entradas.

—Sebastián se las va a ingeniar para conseguir las demás. —Se encogió de hombros—. Acaba de mencionar que es un socio quien se las obsequió.

—No entiendo, Kathy. —Clara siguió a su amiga hasta la biblioteca.

Katherine se detuvo en la puerta de la biblioteca para abrirla.

—No está bien visto que yo asista a esta clase de evento sola con mi prometido, por lo cual debo ir acompañada de una carabina y déjame decirte que no pienso hacerlo, por lo cual tú me acompañarás.

—¡Por Dios, Katherine! Ambas sabemos muy bien que eso se aplica en el cortejo, a diferencia de ustedes, que ya hicieron público el compromiso. Pueden asistir solos a los eventos.

—Pues claro que lo sabemos, pero sabes lo que me aburren estas cosas. Además, es una excusa para que veas a Andrew.

Clara sonrió, y un pequeño rubor tiñó sus mejillas.

—¿Por qué querría verlo? Además, el cree que estoy fuera de Londres.

—Sé muy bien que te agrada y, ya que Sebastián ha arruinado mis planes, haré lo mismo no estando a solas con él.

—Ay, Katherine Rushmore, qué cosas se te ocurren. Andrew no

me agrada. —Hizo una pausa—. No de esa forma, y él nunca se fijaría en alguien como yo.

Katherine entró a la biblioteca.

—De eso no estamos del todo seguras.

Le escribió su respuesta a Sebastián y le entregó la nota al lacayo. En sus ojos se podía notar el deleite de la cara que pondría Sebastián con su respuesta. Luego de esto se dirigieron nuevamente a la habitación de Katherine, donde ella tomó uno de sus vestidos y se lo dio a Clara. De cierta forma, ambas tenían un físico parecido. Ambas eran de busto pequeño y baja estatura; la única diferencia eran las voluptuosas caderas de Katherine, pero nada que se pudiera notar en uno de esos vestidos. Al recibir la respuesta de Sebastián, su sonrisa se llenó de victorias por su reciente triunfo. No había duda de que Sebastián estaba empeñado en complacerla con lo que fuera, aunque de cierta forma no quería un hombre tan complaciente, ya que esto le iba a resultar sumamente aburrido. Pero sabía que, en algún momento, Sebastián se le iba a rebelar también negándole algo.

—Me debo estar volviendo loca por seguirte el juego; ya habría sido suficiente con la enmascarada. —Clara se tumbó en la cama de Katherine.

—Deja de alegar tanto; simplemente, vas a salir a disfrutar del teatro, ya que nunca has ido.

—Tienes razón, pero me sentiré como una completa boba, además de incómoda.

—Andrew no te verá así y, si así fuera, es un patán de lo más estúpido y me encargo personalmente de que no lo vuelvas a ver.

—Kathy, te lo advierto: será la última vez que sigo tus juegos.

—Clara, es solo una velada para que ambas disfrutemos.

Tal y como Sebastián lo había indicado, a las ocho llegó por ellas a la casa de Katherine. Sebastián había sido el único en esperarlas en el vestíbulo, por lo cual las chicas pensaron que Andrew no asistiría. Pero, al salir a tomar el carruaje, para sorpresa de ambas, había dos, y Sebastián se detuvo frente al carruaje de su familia.

—Tan encantadora como siempre, cariño —le dijo con su típica sonrisa burlona y se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios, ya que, dentro de la casa, no había podido hacerlo—. Señorita Williams, buenas noches.

—Buenas noches, lord Beckham. —Se inclinó para saludarla.

—Mi amigo la espera en el otro carruaje.

—¡Oh, gracias! —Observó el carruaje y caminó hacia él. Uno de los lacayos le abrió la puerta y la ayudó a subir. Al entrar, la recibió Andrew, quien la observó con una sonrisa.

—Disculpe, señorita Williams, por no esperarla afuera, pero ha sido petición de mi amigo.

—Descuide, lord Miller, ya me imaginaba que lord Beckham, de una o cierta forma, le seguiría el juego a Katherine, y hasta jugaría mejor que ella.

—Es un buen jugador, debo admitir.

Ambos sonrieron sintiendo cómo el carruaje comenzaba a moverse.

Sebastián tomó la mano de Katherine y la ayudó a subirse al carruaje. Él la siguió. Ambos se sentaron frente a frente, y Katherine lo fulminó con la mirada. Nunca había imaginado que Sebastián pudiera hacer eso, aunque sabía que no iba a perder la oportunidad de estar a solas con ella.

—¿A qué se debe que vayamos en un carruaje diferente?

—Sencillo: Andrew dispone de su propio carruaje y quería tener un poco más de intimidad con Clara.

—Sabes que eso puede provocar rumores sobre ella.

—Cariño, no te preocupes por esas cosas: es solo un viaje en carruaje.

Katherine frunció el ceño.

—¡Que no me preocupe! Clara no acostumbra mezclarse con este tipo de ambientes y hablarían muy mal de ella, y lo sabes.

—Ya tranquila, hermosa; te vas arrugar si sigues enfadada.

De cierta forma, ver la cara de enfado de Katherine le provocaba risa. Era la primera vez que la veía; bueno, no, en realidad, la

segunda, pero era tan tierna a la vez, y ver la expresión de su boca de enfado hizo que su miembro reaccionara inmediatamente. Pero debía controlarse; si no, él iba a utilizar el carruaje para algo más y perdería la obra de teatro.

Al llegar al teatro, Clara y Andrew tenían un palco asignado para ellos. El socio le prestó a Sebastián el palco que le pertenecía, ya que él no iba a poder asistir con su familia esa noche. Para Sebastián, la tarea más difícil fue convencer a Andrew de asistir al teatro: sabía que no le gustaba asistir a este tipo de eventos o actividades. Andrew se había negado desde el comienzo poniéndole la excusa de que estaba algo ocupado, como ya Sebastián se lo esperaba. Pero Sebastián sabía que él no se iba a negar cuando le dijo: —Necesito que vayas como acompañante de la señorita Williams.

A Andrew se le olvidó lo ocupado que estaba y solo insistió en preguntarle a qué hora tendría que asistir. Como Andrew pensaba que la muchacha estaba fuera de Londres, lo entusiasmó el saber que la volvería a ver pronto. Sebastián rio a carcajadas; tendría su pequeña venganza. Como Katherine le había solicitado no asistir sola por el qué dirán y él le iba a dar un qué dirán, le propuso a su amigo que asistieran en carruajes diferentes. De cierta forma sabía que eso le molestaría a ella, y él lo iba a disfrutar. El hecho de que quisiera complacerla no quería decir que no obtuviera su pequeña venganza.

Hamlet, de William Shakespeare, era la obra que se estrenaba en ese momento. A pesar de las diversas veces que se había presentado esta obra, esta vez era interpretada por un actor español muy famoso y su esposa, a la cual había conocido en el escenario. Ambos se habían enamorado y, después de un tiempo, se casaron. Era la primera vez que se presentaban ahí juntos, y su fama era internacional. Todos los aristócratas y la clase alta del lugar querían asistir al estreno para disfrutar de dicha actuación. Katherine no era muy fan de Shakespeare, pero esta era una de las obras que le habían gustado, por lo cual había quedado totalmente cautivada sin quitarle la vista a la actuación en el escenario. Había que reconocer

que los actores eran increíbles; por otra parte, Sebastián no solo admiraba la actuación en el escenario, sino que se había quedado fascinado al ver la cara de Katherine en la oscuridad del palco, totalmente concentrada. Él no perdía ningún detalle de ella, pero sí de la obra.

Por otra parte, estaban Andrew y Clara. Aunque era la primera vez que Clara asistía al teatro, lo que estaba viendo la dejaba atónita. Había tenido la oportunidad de leer *Hamlet* y otras obras de Shakespeare, pero verla interpretada era otra cosa totalmente diferente, por lo que Andrew no le perdió detalle a su rostro y expresiones, aunque a Andrew se le hizo más difícil concentrarse en ella ya que Clara le había tomado de la mano y, cada vez que algo le llamaba demasiado la atención o la emocionaba, se la apretaba con fuerza o le susurraba para que él viera también. Su forma de comportarse le recordó a la de una niña pequeña, y esto lo llenó de ternura. Definitivamente, esta muchacha era muy diferente a todas la que conocía.

En el intermedio, Katherine le informó a Sebastián que no tenía ganas de salir del palco; en realidad, no quería hablar con nadie, ya que había muchas personas que aún los felicitaban por el compromiso y les preguntaban la fecha de la boda. Por ese motivo, Sebastián y Andrew salieron en busca de algunas bebidas y, para el placer de Katherine, unos bocadillos. Katherine se sentó junto a su amiga con una sonrisa.

—¿Estás disfrutando la obra?

—¡Estoy encantada con la obra! ¡Es lo mejor que he visto! Por no decir que la única.

—¿Y la compañía?

—Además de tú y Sebastián, no tengo quejas de Andrew. Él siempre ha sido muy buena compañía.

—¿Te ha dicho algo en el carruaje? —quiso saber Katherine.

—Nada que sea de importancia. Sebastián no es tan fácil como creías.

—Justo lo que necesito: alguien que contradiga mis caprichos,

diría yo.

Ambas chicas sonrieron, y en ese momento los caballeros regresaron al palco. Repartieron las bebidas a las muchachas y charlaron hasta que comenzó nuevamente la obra.

La obra había finalizado y, para la opinión de todos, era la mejor que se había realizado en el teatro en la última década. Los aplausos y los reconocimientos hacían eco por todas las paredes del teatro, y no era para menos. Sebastián les indicó que esperaran a que la mayoría de los asistentes salieran de ahí para no tener que rodearse de la multitud. Era muy buena idea como forma de proteger a su amiga, ya que había demasiadas personas importantes ahí.

Luego de haber salido del teatro, se detuvieron unos minutos en la entrada del teatro en espera del carruaje. Sebastián les pidió que los esperaran mientras les avisaba a los cocheros que se acercaran, ya que aún había muchos de los que habían asistido que estaban subiendo a sus carruajes y esperando por ellos. Cuando Sebastián se separó de ambas muchachas y caminó en dirección a la esquina, una dama rubia y muy voluptuosa se le acercó a Sebastián. Andrew lo seguía muy de cerca y se detuvo junto a ellos pero, al parecer, no conocía a la dama.

La dama saludó a Sebastián con un beso en la mejilla; le acarició el brazo y le dio una sonrisa muy coqueta. Katherine sintió que le hervía la sangre, y en ese momento empezó a avanzar en su dirección. Pero Clara la detuvo.

—Kathy, quédate aquí.

—Clara, una mujer le coquetea a mi prometido: no me puedo quedar aquí. —Ambas observaron que Sebastián le presentaba a Andrew, y ella le brindaba una sonrisa coqueta—. Mira, es una... una...

—Kathy, confía en él.

Katherine arqueó una ceja.

—Puede ser que lo haga o no, ¡¡ambos son unos libertinos!!

Clara suspiró.

—Sebastián se casará contigo.

En ese momento observaron que Sebastián le decía algo y las señalaba; la dama fingió una sonrisa y se despidió rápidamente. La observaron acercarse a un hombre mayor, que la tomó de la cintura de forma posesiva.

Ya en el carruaje, Sebastián tomó asiento nuevamente frente a Katherine y la miró con su típica sonrisa burlona, gesto que le molestó a Katherine, además del enfado que le habían provocado los celos y fruncir el ceño.

—¿Acaso tengo cara de chiste? —le preguntó un poco exasperada.

—No, cariño, es solo que, por más que lo evitaras, tú siempre tuviste que pasar tiempo a solas conmigo.

—En realidad, el motivo de traer compañía no era para no estar a solas contigo. —Se encogió de hombros y soltó un suspiro—. Sabía que no tendría problemas en conseguir unas entradas extras, así que busqué una excusa para que Clara asistiera sin que pudiera negarse.

—¡Katherine, eres espectacular!

—¿Por qué?

—Buscas la forma de hacer feliz a tu amiga, y lo disfrutas.

—Clara está empeñada a servirme siempre, aunque yo quiero que se case, posea su propia familia y busque su felicidad, así que, mientras pueda, me encapricho para que disfrute de diferentes cosas junto a mí como esta.

—¿Y Andrew es una de las formas en que sea feliz?

—Oh, no, de hecho, ni siquiera estaba en mis planes que conociera un hombre, pero quiero que conozca las formas en que la puede tratar un caballero, aunque sea todo lo que pueda tener de él. —Lo pensó un momento—. Aunque mi amiga gusta de él.

—En algún momento él se va dar cuenta de quién es ella realmente, ¿lo sabes?

—Lo tengo muy claro, y ella también. Por eso ella le dijo a Andrew que no estaría en Londres, así él no insistiría en verla.

—¿No crees que ambos podrían sufrir por eso?

—No había pensado en eso.

—Debes hacerlo, aunque no creo que a Andrew le importe mucho.

—De todas formas, Clara me ha dejado claro que no tiene ningún interés por él, y él tampoco lo muestra por ella. Aunque ambos pensemos lo contrario, o tal vez solo sea el inicio de una bonita amistad entre ellos.

—Katherine. —Se sentó junto a ella—. Me temo que Andrew no querrá conformarse solo con una amistad si llega a verla con otros ojos.

Katherine analizó sus palabras.

—¿Entonces por qué has dejado que estén solos en un carruaje?

—Cariño, ¿qué crees que puedan hacer ahí?

—No lo sé, idímelo tú!, ya que tú eras quien quería estar a solas conmigo en un carruaje.

—Te lo puedo demostrar.

Katherine arqueó una ceja.

—¿Quién era esa mujer?

—¿Cuál mujer?

—Sebastián Beckham, no finjas que te vi con ella.

—Ah, la rubia esa, una cazafortunas americana. La conocí cuando engatusó a uno de mis compañeros y la trajo a Londres hace más de un año.

—¿Andrew también la conocía?

—No, y gracias al Cielo.

—¿Tuviste algo que ver con ella?

—¿Estás celosa?

—Contesta, Sebastián.

—Cuando me conoció, prácticamente se me lanzó a los brazos. Aún no sabía quién era ella realmente, pero tampoco me interesaba. Yo sabía lo del compromiso, y se lo dije.

—Y a ella no le importó.

—No, de hecho, no, pero no quería tener nada que ver con ella. Cuando me saludó hace un rato, le dije que estaba contigo y se

marchó. Hace mucho dejó a mi compañero y se ha pasado conquistando aristócratas con el fin de casarse con uno de ellos.

Sebastián sonrió y le tomó la barbilla con su mano. Le alzó el rostro y la miró fijamente a los ojos.

—Soy solo tuyo, hermosa, no sé qué pueden hacer Andrew y Clara, pero sí sé que puedo hacer yo contigo.

Sebastián la acercó a él y apresó sus labios con los de Katherine. Al comienzo era un beso lánguido y suave pero, al sentir cómo Katherine se abría paso hacia la boca de él con su lengua, no demoró en reaccionar y empezó a devorar su boca con pasión. Katherine puso su mano en el pecho de Sebastián y empezó a acariciarlo. A pesar de que tenía una gran capa de tela bajo su mano, Sebastián sentía la calidez de la mano de Katherine y le hizo ahogar un sonido en sus gargantas. Sebastián bajó su mano de la barbilla con suaves roces por su cuello hasta llegar a la pequeña montaña de su escote; buscó los broches para abrir su corpiño y metió su mano. Buscó dentro los suaves pechos de Katherine, quien emitió un ahogado gemido mientras este los acariciaba suavemente. Sintieron cómo el carruaje se detenía, y el lacayo tocaba la puerta para anunciarle que ya habían llegado a casa de Katherine.

Katherine amarró su corpiño y fijó su mirada en la de Sebastián. Ambos se devoraron con la mirada; ardían de pasión y querían algo más: se deseaban. Se mantuvieron unos minutos en silencio mientras su respiración se acoplaba.

—Mañana vendré para ponerle fecha a la boda, mi amor —le informó Sebastián.

—¿Será un compromiso corto?

—Si por mí fuera, me casaría mañana mismo. Me vuelves loco, Katherine, pero sabes que tu padre dispuso un periodo de tiempo.

Katherine suspiró.

—Espero que realmente sea corto.

Luego de haberla llevado dentro de casa y de haberla dejado allí, Sebastián regresó a su casa. Había disfrutado su velada en compañía de Katherine, pero lo que más había disfrutado había sido

cómo ella se había mostrado celosa, además de sus últimas palabras. Sabía que aún no había ganado completamente el corazón de Katherine, pero ya tenía gran parte de este.

Capítulo doce

Tal y como Sebastián le había informado a Katherine, la mañana siguiente, se presentó en casa de los Rushmore y se reunió con los condes para fijar una fecha para la boda. No quería parecer desesperado, pero el conde le advirtió que su hija se oponía al matrimonio y que no era de sorprenderse si en algún momento huía tratando de evitar dicho matrimonio. Aunque Katherine ya le había prometido a Sebastián que se casaría con él la noche del baile de compromiso y se había mostrado muy convincente de que estaba aceptando el compromiso delante de sus padres, presumiendo su anillo de compromiso, aún el conde no estaba del todo seguro de que realmente su hija quisiera casarse, ya que sabía lo rebelde y obstinada que podría ser su hija y podría estar engañando a todos. El conde aún no se terminaba de convencer; su hija le había asegurado que iba hacer que Sebastián se arrepintiera de seguir con el compromiso, por lo cual a Alexander Rushmore no le sorprendería que Katherine estuviera tratando bien a Sebastián mientras estuviera planeando algo para que Sebastián cancelara el compromiso a última hora. También temía que Sebastián iba a ser realmente infeliz en el matrimonio si este llegaba a darse, pero de cierta forma tenía fe en su hija y en que en algún momento le haría saber que se estaban equivocando sobre el hecho de que ella no quisiera ese matrimonio.

Cuando Sebastián llegó, se reunió a solas con el conde de Rosethon en la biblioteca antes de que se reunieran con su esposa y Katherine para finalizar algunos otros detalles, ya que el conde de Rosethon quería tratar otros asuntos con Sebastián. Le insistía en que tomara la dote sobre Katherine, pero Sebastián se negaba a hacerlo. «No la necesitaré», le dijo la primera vez que se reunieron para hablar del compromiso. Como el conde insistía, Sebastián decidió aceptarla y, cuando estuviera casado, la pondría en una

cuenta a nombre de ella. Dejaría que Katherine hiciera con el dinero lo que quisiera.

En cuanto al lugar donde iban a vivir y la finca de Worcestershire (que, por promesa y por una cláusula en el testamento, era de la pareja), Sebastián le había dicho que él había adquirido una propiedad en Londres hacía unos años. Poco a poco había ido restaurándola y decorando para que fuera del agrado de Katherine, aunque la que debía terminar de hacerse cargo de los detalles sería su esposa, además de buscar el personal de servicio que trabajaría con ellos. Respecto de la finca, sus padres vivirían en la parte de ellos y, respecto de la parte de los Rushmore, Katherine decidiría con ellos aunque, tomando en cuenta que su hermano le tenía gran apego, sería quien se hiciera cargo de la finca. Ellos la usarían para vacacionar o para una u otra actividad que se requiriera. Por otra parte, las fincas siempre habían sido de la familia y seguirían siendo así. De todas formas, las fincas iban a seguir a disposición de ellos para cuando lo necesitaran.

En cuanto a los preparativos de la boda, lady Beckham, la madre de Sebastián, les había informado que no iba a tomar gran parte ya que, por motivos de su salud, se iba a mantener en Worcestershire. Aún no se había planeado en dónde se realizaría la boda (aunque Sebastián quería realizarla en la finca de su familia), por lo cual su madre aún no tenía muy claro en qué podría ayudar pero, para lo que la ocuparan, estaría disponible. Por lo tanto, la mayoría de los preparativos iban a estar a cargo de lady Rushmore, la madre de Katherine. Amelia estaba muy emocionada cuando se le había informado que la mayoría de los preparativos estaban a cargo de ella. Realmente se iba a lucir; la boda iba a ser la más espectacular del año. Aunque, cuando Katherine llegó y se enteró, se negó a tener una gran boda y llamativa. Quería algo sencillo y que no llamara mucho la atención, preferiblemente algo íntimo, al que asistieran solo familiares muy cercanos, algo mucho más pequeño que el evento del baile. Pero, conociendo a su madre, sabía que no iba a ser así, ya que siempre era extravagante, y le gustaba resaltar

entre la alta sociedad, aunque no era partidaria de organizar eventos o bailes sin razón; solo si lo ameritaba una ocasión especial. Y nada más especial e importante que el matrimonio de su única hija, por lo cual iba a tirar la casa por la ventana, literalmente.

La boda se fijó para finales de agosto, según lo hablado. Sebastián se iba a encargar de fijar la iglesia y solicitar a su abogado un certificado de matrimonio y rogar a Dios para que los próximos dos meses pasaran rápido ya que, de cierta forma, quería contenerse y mantener a Katherine virgen hasta el matrimonio. Sabía que, si la hacía suya, no se iba a sentir completamente satisfecho e iba a querer más de ella y no iba a haber fecha que le impidiera sacar un certificado especial o fugarse a Gretna Green y casarse en cuestión de minutos en cuanto esto sucediera. «Sebastián, saca esos pensamientos de tu cabeza», se decía cada vez que en su mente pensaba las mil y una formas de lo que quería hacer con Katherine, especialmente cuando estaba junto a él.

Según lo hablado, se acordó que la boda se realizara en Worcestershire, ya que allí era donde habían vivido, se habían criado y conocido sus abuelos, en forma de tributo a ellos. Sebastián iba a pedirles a sus padres que se realizara en la finca de ellos, debido a que había un salón totalmente apartado de la mansión, que sería perfecto. Como la fiesta de compromiso se había realizado en la finca de los Rushmore, era más que justo y era lo que ya Sebastián había planeado.

Luego de que Sebastián almorzó con Katherine y su familia, Sebastián se reunió con Katherine, y él le informó que viajaría a Hampshire junto a Andrew los siguientes días, por lo cual no iba a poder verla. Después de que se anunció su compromiso y ella había aceptado casarse con él, era muy común que Sebastián la visitara.

—¿Conoces Hampshire, Kathy?

—Una vez fui, pero era muy niña; tenía unos cuatro años, por lo cual no lo recuerdo.

—¿Te gustaría visitarlo en algún otro momento?

—Sí, me encantaría volver ahí, aunque es muy parecido a

Worcestershire.

—Andrew me ha comentado que hay una hermosa propiedad a la venta, así que iré a verla este fin de semana. Si es de mi agrado, pretendo comprarla; espero que estés de acuerdo con eso.

—¿Nos iremos a vivir ahí?

—¡Oh no!, es solo para vacacionar o cosas así. No planeo vivir muy lejos de Londres, ya que la mayoría de mis negocios son aquí, y supongo que tú tampoco te quieres ir.

—Estoy acostumbrada a vivir aquí; desde muy niña mi familia se mudó aquí. Admito que me gusta Worcestershire, pero no sé si me acostumbraría.

—Descuida, hermosa, nos mantendremos en Londres y, si en algún momento decides ir a otro lado, lo haremos.

Sebastián le informó a Katherine que saldría esa noche y que era una pena que ella no pudiera acompañarlo, pero por el momento Katherine solo podría viajar con un familiar, y ninguno estaba disponible a viajar con ellos.

—Clara, necesito que vayas a alquilar el carruaje para esta noche.

—¿Planeas salir esta noche?

—Pues sí. Anoche Sebastián cambió mis planes.

—Hoy puede hacer lo mismo, incluso lo puedes encontrar allí —objetó Clara. Katherine negó con la cabeza.

—Estará en Hampshire; bueno, de camino. Esta noche partirá con Andrew, así que no tendré problemas respecto de ellos.

—De igual forma sigo pensando que es peligroso.

—Clara, tú viste a esos pobres niños y el buen uso que han hecho del donativo que les doy.

—No voy a negar que lo necesitan, pero ¿has pensado en qué harás cuando te cases? Ya no podrás seguir apostando para ganar dinero, ya que no podrás salir a escondidas de Sebastián.

—Tendré la libertad de hacer otras cosas que de momento no puedo hacer y les mantendré una mensualidad que los ayude. Si no, me las ingeniaré para salir; ya que tú vivirás conmigo, me ayudarás en eso.

Clara soltó una carcajada.

—Ambas sabemos que, cuando te cases, Sebastián no te va a descuidar ni una sola noche y, en el momento en que intentes huir de él, te amarrará a la cama. Eso te lo puedo asegurar.

—Clara, no hagas que me retracte de mi decisión de casarme. Mira que realmente lo quiero y puedo fingir estar con algún malestar y dormir ese día en habitaciones separadas —argumentó frunciendo el ceño.

—Espera, ¿que acabas de decir? Si quieres casarte, dormirás en la misma habitación —Clara mostró una expresión de sorprendida—. Katherine, ¿estás enamorada?

Katherine se tumbó en la cama.

—Aún no lo sé, Clara, pero estoy sintiendo algo por Sebastián y, cada vez que lo veo, mi corazón se acelera y solo quiero besarlo.

—Oh, Kathy, eso sería muy bueno, ya que te estarías casando enamorada. —Clara sonrió y analizó el hecho de que la noche anterior había sentido que su corazón se le aceleraba cuando había estado con Andrew.

Katherine se trasladó a uno de los nuevos clubs muy cerca de puerto; entró al club Blu Chart, disfrazada con su típico traje, sombrero y antifaz negro. Dio un leve vistazo al lugar; al entrar, lo examinó con la mirada. Mientras lo hacía, una de las anfitrionas la atendió enseguida.

—Es un honor tenerlo por aquí, señor enmascarado.

—¡Gracias!

—¿Gusta alguna bebida en especial?

—De momento, no deseo nada: me gusta empezar mis juegos con la cabeza sobria —le aclaró con una sonrisa.

—Si es así, guste tomar asiento donde quiera. Nuestros jugadores son muy competentes y, en cuestión de segundos, habrá varios en su compañía. Para lo que necesite, estoy a sus órdenes. Soy Camila y es un gusto atenderlo. —Se despidió con una sonrisa luego de haberla guiado hasta una de las mesas.

Mientras Katherine se dirigía a la mesa, pensó por qué, cada vez

que asistía a esos clubs que eran atendidos por meseras sexis, ellas coqueteaban con ella. ¿Acaso se veía muy apuesto, o la fama que se le había dado les provocaba curiosidad por el dinero? La mayoría de los hombres que acudían a esos sitios les pagaban por obtener sus servicios privados o, simplemente, les brindaban placer sin nada a cambio. Eso dependía del caballero y de si era de su agrado.

Katherine se sentó en una mesa en donde había solo tres jugadores. A uno de ellos, por lo visto, le estaba yendo bastante bien. Se atrevió a retarla aumentando la cantidad del dinero en la partida. Aunque Katherine hizo caso omiso al principio, luego le dijo que, si le ganaba la mitad de lo que tenía, él ahí apostaría todo. Aceptó inmediatamente. Katherine era muy calculadora y le permitió al hombre ganar unas cuantas partidas; justo cuando el hombre decidió apostar todo lo que tenía en la mesa, ella le ganó.

—¡Vaya suerte que tuve! —le dijo, burlándose de él.

El tipo se enfureció; murmuró unas maldiciones y se marchó de la mesa. De momento, nadie se aproximaba a jugar con ella, por lo cual había solicitado una copa de vino. Pensó que ya le había ido bastante bien; ya había ganado bastante y era momento de retirarse. Pero, en ese momento, un hombre muy alto, corpulento y de duro aspecto se acercó con uno chaparro, regordete y de desagradable aspecto. Se sentaron en la mesa junto a ella.

—He escuchado que eres muy bueno, muchacho —le dijo el regordete.

—Eso dicen.

—¿Me lo demuestras?

—Pensaba retirarme ya. —Hizo un intento de levantarse.

—Serán solo unas cuantas partidas. Hagamos una cosa: si me ganas dos veces, te dejaré ir sin protestar.

—¿Y si tú ganas?

—Jugaremos nuevamente, pero tú apostarás la mitad de tus ganancias. —Le propuso señalando las fichas.

Kathy aceptó. Esos hombres le provocaban desagrado y miedo; sabía que eran malos y que, fuera por lo que fuera, le iban a traer

problemas.

—¿Tu amigo no va jugar?

—No, él solo es mi acompañante.

Para sorpresa de Katherine, descubrió que el tipo era un tanto tramposo. Pero ella ya conocía muy bien las trampas al poco tiempo de estar jugando. El hombre salió victorioso en la primera ronda; él dobló la apuesta para la segunda, y Katherine temió ganarle, pero quería salir de ahí rápidamente, así que le ganó nuevamente la partida. Hubiera sido interesante aprender nuevos trucos, pero esos hombres la asustaban.

—Veo que sí es muy bueno —la halagó el regordete.

—Solo cuestión de suerte.

—No soy de palabra, pero lo dejaré ir si me promete hacerle la revancha en otro momento.

—Sí, si volvemos a encontrarnos.

Ambos hombres se retiraron de la mesa mostrándole una sonrisa maliciosa.

Katherine se quedó quieta unos segundos hasta que sintió que sus piernas ya no le temblaban, y a toda prisa salió del lugar luego de haber tomado el dinero ganado. Se sintió aliviada cuando llegó a salvo a la mansión, en donde Clara estaba esperándola en la puerta de servicio. Katherine le contó a Clara lo que le había pasado mientras se quitaba la ropa de hombre. Clara le rogó que dejara de jugar, pero Katherine se rehusó.

—Jugaré en otro lugar; no creo que cambien de club siempre. Además, ese club es de baja calidad.

—Kathy, te lo ruego: deja de jugar.

—¿Y si la próxima vez me acompañas? Así estarás segura de que estaré bien.

—¿Y quedarme junto a Joan? No, gracias.

Katherine se rio. Joan era el cochero del carruaje que llevaba a Katherine a los clubs y que estaba locamente enamorado de Clara. Era un muchacho delgado, pelirrojo y pecoso de unos diecinueve años. No era para nada del agrado de Clara; más de una vez le

había insistido en invitarla a salir, pero Clara siempre buscaba una excusa. Aunque era perfecta para persuadirlo con respecto a la discreción que tenía que tener respeto a Katherine y sus salidas nocturnas.

Kathy se sentó en la bañera y se relajó un poco.

—¿Sabes? Esos tipos me causaron miedo con solo su presencia —manifestó Katherine.

—Deben ser de esos que se aprovechan y aceptan hasta los contratos de propiedades. —Creo que se acercaron a mí para comprobar algo, nada más.

—Temo que te puedan hacer algo, Kathy.

Katherine negó con la cabeza.

—Me mantendré alejada de ellos lo más posible y creo que ellos van a clubes más bajos de la ciudad, así como Blu Chart, por lo que visitaré solo los más sofisticados. Así no me toparé con nada desagradable.

—Kathy, prométeme que no volverás a estos lugares si ves que corres algún riesgo. —Te lo prometo, Clara.

El lunes por la mañana, Sebastián le envió un paquete a Katherine con una nota, la cual le había llamado mucho la atención. Dentro del paquete había una máscara color rojo, decorada con encajes, perlas y otras piedras preciosas, junto a un decorado de plumas del lado izquierdo. Katherine estaba encantada.

—¿Para qué una máscara? —le preguntó Clara.

—Supongo que la nota lo explica.

Katherine abrió la nota y comenzó a leerla.

Mi hermosa:

El siguiente fin de semana se realizará un baile de máscaras en celebración del cumpleaños de mi madre y, al ver esta máscara, pensé en ti. Espero que encuentres el vestido adecuado para acompañarla a tiempo. Y no necesitas persuadirme de que Clara asista: ya lo ha hecho Andrew, así que busca un vestido que combine con el azul cielo.

Tuyo, Sebastián.

—Azul cielo —murmuró Katherine.

—¿Qué dice la nota? —le preguntó Clara mientras observaba detalladamente la máscara.

—Que asistiremos al cumpleaños de mi futura suegra.

—¡Oh no, yo no! —protestó Clara mientras le regresaba la máscara a la caja.

—¡Oh sí, tú sí! Y de eso no soy la responsable.

—¿Qué quieres decir?

—Que iremos a visitar a la señora Clarit, ya que yo necesito un vestido que combine con esta máscara y tú, uno que combine con el azul cielo.

Clara soltó un suspiro.

—No me digas que esta vez ha sido él quien insiste en llevarme.

Kathy se encogió de hombros.

—Sebastián te está invitando, y Andrew quiere que seas su compañera.

—Kathy, sabes que no es correcto.

—Clara, solo es un baile.

Una hora más tarde, ambas se dirigieron a visitar a la señora Clarit.

Aunque Katherine había insistido en llevar un vestido rojo, la señora Clarit le había dicho que con un vestido negro se vería mucho mejor. Después de un rato de discusión, llegaron a la conclusión de que el vestido sería negro con detalles en rojo. En cuanto a Clara, la elección era un poco más difícil. Pero, para su sorpresa, a la asistente de la señora Clarit se le ocurrió que iría bien con blanco y, si este era combinado con un azul más oscuro o plata, se vería muy bien. Luego de que lo analizaron y combinaron colores, llegaron a la conclusión de que sería así. Clara, como siempre, se había negado a que le hicieran el vestido y aún más cuando la señora Clarit le había dicho que necesitaba unas ligas y medias nuevas. Katherine también compró para ella.

—No necesito esos lujos —le había dicho Clara.

Pero ambas habían hecho caso omiso, y Katherine había apoyado la propuesta de la señora Clarit.

—Es usted la mejor cómplice que tengo —le había dicho Katherine.

—Mi cartelera de clientas ha aumentado desde la celebración de su compromiso gracias a usted, milady.

—Debo decir que no necesité informar de mi modista ya que, con informar solo a un par de damas que me preguntaron, ya el rumor había corrido por todo el salón.

Luego de que Katherine y Clara deleitaron la vista de los asistentes con esos tan adorables vestidos, algunas de las damas habían preguntado quién se los había confeccionado. y Katherine les había dejado muy claro que había sido la señora Clarit. Cuando era necesario, tenía los vestidos listos rápidamente y muy bien confeccionados, cosa que les había parecido muy favorable a algunas damas, quienes no demoraron en visitar a la señora Clarit en su tienda. Y vaya que tenía más trabajo: había contratado a otra muchacha para que la ayudara.

—De igual forma, muchas gracias.

—No tiene por qué agradecer: es un honor ayudarla.

La señora Clarit había abierto su tienda hacía dos años. Pero su madre la había conocido de casualidad antes de que decidiera abrir su propia tienda, ya que era la hija del sastre de su abuelo, el padre de su madre. Para una ocasión necesitaba un vestido con urgencia, y todas las modistas se negaban a hacerlo para el tiempo solicitado. El padre de Clarit había escuchado la urgencia y le había dicho si podría ayudarla, y así fue. Aunque Clarit recién había terminado sus estudios como costurera, le elaboró un vestido hermoso y muy detallado. Desde entonces se había convertido en su modista personal; la señora Clarit adquirió fama de boca en boca y asistía a las casas para realizar su trabajo. Pero, cuando las clientas fueron aumentando, decidió abrir su propia tienda. Por el hecho de ser nueva, las mujeres más jóvenes no confiaban en ella, así que Katherine se había encargado de hablar muy bien de ella para que asistieran allí.

Capítulo trece

Aunque la celebración de cumpleaños de la madre de Sebastián no se iba a realizar hasta el siguiente sábado, la madre de Katherine, lady Rosethon, había insistido en irse mucho varios días antes, ya que habían acordado que la celebración de la boda se iba a llevar a cabo en la finca de los Beckham, y Amelia quería ir a examinar muy bien el lugar, aunque ya lo conocía, y detallar algunas otras cosas con Teresa Beckham, la madre de Sebastián, para el matrimonio. Amelia siempre había tenido una adorable amistad con Teresa, aunque no se veían muy seguido debido a la distancia. Ambas tenían el mismo gusto por la jardinería, por lo cual siempre se intercambiaban alguna que otra planta. Cuando estaban juntas, pasaban su tiempo en los jardines o en los invernaderos.

Amelia vio la excusa perfecta para pasar algunos días cerca de su amiga, y así poder comprobar que Teresa también podría manejar el asunto del matrimonio desde allí ya que, según lo planeado por Amelia, ella viajaría al menos cada dos semanas para que ambas afinaran cada detalle. Realmente, Amelia quería una gran celebración y lucirse con la aristocracia con la excusa de «Mi única hija no se casa todos los días» y, aunque Katherine le había dicho que no quería una gran celebración y el conde aseguraba que Katherine podría huir antes e incluso el mismo día de la boda, ella había hecho caso omiso. Estaba completamente segura de que su hija no se fugaría y de que la boda se iba a llevar a cabo.

Katherine entró en la habitación luego de haber llegado a Worcestershire. Ya sus baúles habían sido llevados ahí y, junto a Clara, iba a desempacar. Observó y tomó la caja en donde estaba guardada la máscara. La sacó y se tumbó en su cama; soltó un suspiro y la observó detalladamente.

—Es extraña la forma en la que mi vida ha cambiado desde que lo conocí.

—¿Por qué lo dices? —Clara se encontraba desempacando uno de los baúles.

—La única diversión que tenía hasta hace pocos meses era la de ir a apostar a escondidas y la de mis travesuras con tu ayuda. Nunca me hizo ilusión presentarme en sociedad ni tampoco asistir a esos bailes. Y mírame ahora: en una fiesta de máscaras. —Katherine observó a Clara —. ¡Deja eso, Clara!

—Katherine, estoy trabajando. El hecho de que insistas en que no lo haga no quiere decir que no lo haré.

—Ya vendrá una doncella; tú eres una invitada más: recuérdalo.

—Kathy, sabes que no puedo estar sin hacer nada, y solo soy invitada al baile.

—Yo quiero que descanses, así te verás más hermosa para el baile, y ya sabes que mis padres no se oponen.

—¿Sabes una cosa? Hasta a mí me ha cambiado la vida.

Katherine se echó a reír.

—Créeme, Clara, no era mi intención. Aunque siempre he querido que te limites con tus funciones y labores y que solo te dediques a mi cuidado. Y sí, de cierta forma ha cambiado nuestra vida. Sabes que, cuando me enteré de que tenía que comprometerme, me negué, hasta que me di cuenta de quién era él. Si tan solo no me hubiese seguido y besado a la salida del club aquella noche, lo hubiera rechazado inmediatamente. Pero me di cuenta de que me sentía atraída por Sebastián, y hasta el momento no ha hecho nada para desagradarme. Al contrario: cada vez que estoy junto a él, mi corazón palpita con más fuerza. He comenzado a sentir muchas cosas por él, y lo deseo —susurró.

Clara la observó y se sentó junto a ella en la cama.

—¿Estás enamorada, Kathy?

—Siento que sí, sí lo estoy. Sabes que nunca me ha gustado asistir a eventos o a bailes pero, cuando él me lo pide, no lo pienso ni un minuto y acepto. Solo mírame: a pesar de que los Beckham han sido grandes amigos de mi familia, siempre me he negado a asistir a sus celebraciones y ahora estoy aquí obligándote a ti asistir

conmigo.

Clara se echó a reír.

—De cierta forma, esta vez quien me obligó fue tu prometido o, mejor dicho, Andrew, aunque, sinceramente, yo quiero asistir.

—Lo quieres ver, ¿verdad?

Clara asintió con la cabeza.

—Debo admitir que él es muy apuesto y me agrada mucho su compañía.

—Ay, Clara, solo espero que no te estés enamorando.

Clara negó con la cabeza.

—No, puedes estar tranquila, Kathy. Él jamás se fijaría en una mujer como yo: no soy de su clase. Después del baile, no pienso volver a verlo, así que no me insistas, Katherine, ni planees nada, por favor.

Sebastián había ido a recoger a Katherine para llevarla a su casa unas horas antes de que diera inicio el baile. Al llegar a la casa de Katherine, Eduardo fue quien lo recibió, ya que sus padres ya se habían marchado. Le indicó que pasara a la biblioteca y bebiera un trago mientras esperaba a Katherine; así, aprovechaban para tener una pequeña charla. Usualmente, Katherine no se demoraba, pero ese día le había resultado difícil estar preparada a la hora indicada por Sebastián. Por eso este no perdió la oportunidad de negociar algunas cosas con su cuñado, principalmente sobre la finca ya que, después del matrimonio, la propiedad pasaba a ser de ellos. Sebastián quería saber si seguiría haciéndose cargo de esta como lo había hecho hasta el momento, a lo cual Eduardo le indicó que no tenía ningún inconveniente, ya que le gustaba mucho estar ahí. Sebastián también le informó que había adquirido una propiedad muy cerca de ahí y que deseaba construir para rentar o bien para buscar arrendatarios. Pidió a Eduardo si él podría hacerse cargo, con el fin de sacarles provecho a las tierras.

Sebastián no conocía muy bien a su cuñado, pero sabía que era muy responsable y que iba a realizar un buen trabajo para el beneficio de ambos, especialmente porque era el futuro de su

hermanita y de sus futuros sobrinos.

—¿Aún sigues jugando y asistiendo a los clubes? —le preguntó Eduardo.

—Sí, aunque solo voy de vez en cuando. ¿Cómo lo sabes?

—Espero que no descuides a mi hermana por esas diversiones. De casualidad te vi en un par de ocasiones, aunque no suelo frecuentar esos lugares.

—No tengo la intención de hacerlo; cuidaré muy bien de Katherine. Supongo que últimamente tú no vas a los clubs.

—No, hace un mes que no voy a Londres. Hice un negocio aquí y estaba asegurándome de que todo estuviera bien. Con las recientes visitas de mi familia, juego por diversión con mi hermana y con mi padre.

—¿Katherine sabe jugar? — le preguntó Sebastián muy sorprendido.

—Sí, de hecho, es muy buena. Nuestro padre y yo cometimos el error de enseñarle muy bien, y ahora nos gana siempre.

—No sabía eso de ella.

—Hay muchas cosas que no conoces de Kathy, ya que tienen poco tiempo de haberse conocido; créeme: te va a sorprender. En cuanto al juego, no dudaría de que, cuando quiera obtener algo de ti y se lo niegues, te la enfrentes en una partida. Es muy astuta: primero te deja ganar para saber cómo juegas y ya, luego, mi querido cuñado, te hace trizas. Es muy calculadora y no se inmuta.

Katherine entró en ese momento a la biblioteca sin darle la oportunidad a Sebastián de seguir preguntando sobre ella. Cuando la vio, ya ni se acordó de que estaba hablando con Eduardo, sino que se distrajo con ella. Se veía extremadamente hermosa; usaba un vestido negro bordado con rosas rojas en su falda y decorado únicamente con una rosa en su escote. Las mangas eran cortas; llevaba guantes que le llegaban más arriba de los codos, dejando poca piel a la vista. Ese día había decidido no llevar un molesto moño, por lo cual llevaba su pelo recogido por la mitad, y la otra mitad caía por su espalda con rizos sueltos. Sebastián se levantó de

donde estaba; puso la copa en la mesa más cercana y, con las piernas temblorosas, caminó hacia ella robándole un beso, con el cual le devoró la boca y dejó a Katherine sin aliento. Se había olvidado por completo de que su cuñado estaba presente, hasta que escuchó un carraspeo de garganta y soltó rápidamente los labios de Katherine. Katherine tomó aire y se dirigió hasta su hermano; con una sonrisa, puso uno de sus dedos en su boca haciéndole señas de que callara, y él sonrió.

—No tengo ningún problema al respecto —dijo mientras se encogió de hombros—. Pero no lo hagan en público: van a provocar cotilleos.

Todos rieron, y Sebastián asintió.

—Hermano, ¿tú no irás al baile?

—No, ya sabes que eso me aburre.

—Si te quedas aquí encerrado, nunca te casarás

—Ya me las ingeniaré; no me urge una esposa y menos si es como tú —bromeó.

Kathy le lanzó una mirada fulminante y se acercó nuevamente a Sebastián.

—Clara nos espera en el salón. ¿Ha venido Andrew a por ella?

Sebastián negó con la cabeza.

—Andrew tuvo un pequeño inconveniente y recién llegaba cuando salí, pero se va reunir con ella en mi casa apenas lleguemos allí.

—Espero que así sea.

—Te aseguro que, cuando lleguemos, él ya la estará esperando.

—¿Clara irá? —preguntó Eduardo al escuchar la charla.

—Sí, Sebastián la invitó, y su amigo le regaló una máscara.

Eduardo frunció el ceño.

—No tengo ningún inconveniente en que Clara asista a esos lugares contigo, pero su amigo no me agrada, y menos que se acerque a ella.

—Eduardo, te prometo que la cuidaré. Sé el cariño que le tiene toda la familia y, créeme, Andrew es mi amigo desde hace años.

—Si llega a lastimarla, tendrá muy serios problemas conmigo —le

aseguró Eduardo.

—Y conmigo, Eduardo, y con Sebastián; te prometo que la cuidaré.

Cuando llegaron a la casa de Sebastián, Andrew ya estaba ahí esperando. A pesar de que había tenido que viajar desde Hampshire hasta Worcestershire por motivos familiares, había llegado a tiempo para poder asistir al baile. Había viajado más de dos días enteros y estaba muy agotado, ya que había dormido muy poco en el viaje. Apenas llegó a la mansión de Sebastián, Andrew había sido instalado en el mismo cuarto que había utilizado la última vez y había solicitado que le prepararan un baño para poder estar preparado para cuando llegara Clara. La pequeña demora de Kathy había funcionado a su favor; después de que ya estaba preparado, tomó la caja donde tenía la máscara. La sacó y se dirigió al salón en donde se realizaría el baile, el cual se encontraba junto a la mansión. Al llegar al salón, le preguntó a uno de los lacayos si había visto a Sebastián, y le indicó que el carruaje acababa de llegar. Entonces, Andrew caminó a toda prisa para encontrarlo donde estaban aparcados los carruajes. Al llegar allí, vio a Sebastián ayudando a Katherine bajar y observó muy ansioso.

—Tenías razón: iba a estar aquí cuando llegáramos —le dijo Katherine a Sebastián cuando vio que Andrew se había acercado.

—Confío en mi amigo y su palabra —le respondió Sebastián tomándola de la mano.

Katherine sonrió.

Andrew se acercó a la puerta del carruaje y vio una montaña de tela venir hacia él. Este le tendió la mano a Clara para ayudarla a bajar del carruaje y le ofreció una espléndida sonrisa. Andrew quedó perplejo al verla frente a él con aquel vestido.

Mientras Sebastián ayudaba a Katherine a colocarse la máscara y a atarla con una cinta de seda a su cabeza y él se colocaba una de color negro, Andrew sacó la máscara de Clara y se la dio. Era muy parecida a la de Katherine; la única diferencia era el color y que no

poseía una decoración de plumas. Katherine observó la máscara y le dijo que era muy hermosa. Sebastián le dijo que las máscaras las había comprado en Hampshire. Luego de que Clara se puso la máscara, Katherine le sonrió.

—¿A qué se debe el color? —quiso saber Katherine.

—Es perfecto para el color de sus ojos.

Clara tenía los ojos color gris y, por extraño que fuera, el tono azul cielo realzaba el tono de sus ojos y sus cabellos rubios. Andrew creía haber visto un ángel en cuanto la vio. El vestido que llevaba Clara era blanco con un muy discreto encaje en el escote en tono azul rey, al igual que los guantes y la parte baja de la falda. Como Katherine, llevaba el cabello suelto a la mitad, por lo que sus rizos rubios claros caían por su espalda.

—¿Así que el rojo combina con mis ojos? —le preguntó Katherine a Sebastián.

—Sí, de cierta forma. —Sebastián miró a Katherine a los ojos y percibió ese brillo único que tenía su mirada, y de cierta forma le recordó a la enmascarada. Al verle fijamente sus ojos, sus labios, sus pequeñas facciones, vio el rostro de aquella misteriosa chica. Sacudió su cabeza para borrar la imagen de ella—. Si me sigues mirando así, no me contendré y te besaré.

Katherine se sonrojó.

—No me importa que lo hagas.

—Recuerda lo que dijo tu hermano.

Katherine sonrió y se alejó unos cuantos pasos de él, y le tomó el brazo.

—¡Entremos!

Sebastián nunca había sentido tantos celos en su vida como ese día. Katherine era ligeramente arrancada de sus manos en cada cambio de baile. Un sinnúmero de hombres de todas las edades peleaban por bailar con ella, y no era para menos: era una de las damas más hermosas del salón. Ver esas caderas contornearse mientras bailaba con otro le hacía hervir la sangre, pero sintió una gran satisfacción al ver a Andrew junto a él tomando a toda prisa un

vaso de whisky mientras no le perdía la mirada a Clara. Aunque Andrew no le había confesado aún que le interesaba Clara, cada gesto que hacía por ella hablaba por sí solo. Lo conocía desde hace mucho tiempo y nunca lo había visto comportarse de esa forma. Usualmente era muy frío y distante; fue una suerte que tuviera apego por él y se hicieran amigos, aunque de cierta forma sentía un poco de pena por él. Aún no sabía quién era realmente Clara, y no era que ella le hubiera mentado, sino que Clara no notaba su interés por ella. Él tenía las intenciones de decirle, pero Andrew tampoco era claro respecto de sus sentimientos. Pero, si algo daba por seguro, es que a Andrew no le iba a importar quién fuera ella, y la aceptaría.

Sebastián se acercó a Andrew con una sonrisa lánguida.

—No creo que la estés pasando tan mal como yo.

Andrew sonrió.

—Es una excelente compañía y dispone de un buen sentido de humor que cautiva a quien se le acerca, y ese caballero la ha reclamado al menos unas tres veces ya.

—Reclámala tú, mi amigo.

—Deberías de hacer lo mismo, ¿no?

Sebastián se echó a reír.

—Aunque muero de celos, sé muy bien que Katherine me pertenece y, mientras ninguno de ellos se propase con ella, no tengo inconveniente que envidien lo que es mío.

Se encogió de hombros.

—¿Aún no es tuya?

—Lo es, mi amigo, sé que aún no estamos casados, pero estoy haciendo lo posible para que me ame —le aseguró.

—Considérate afortunado, entonces.

Katherine se acercó a ellos haciendo un puchero.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó Sebastián.

—Ese patán se cree un dios o un ser superior y cree que puede comprar cualquier cosa en el mundo a su antojo.

Ambos la observaron con sorpresa.

—¿Por qué lo dices, cariño?

—¡Me dijo que fuera su mujer! Y, como le dije que ya estaba comprometida, se atrevió a pedirme ¡que rompiera el compromiso! Y, como me negué, dijo que pagaría muy bien a mi padre por mí, y él no negaría en darme su mano y romper el compromiso con quien sea que fuera mi prometido.

Sebastián rio, y ella enmarcó una ceja.

—¿Te gustaría que hiciera eso? ¡Cree que me puede comprar!

Sebastián negó con la cabeza.

—¿Quién es?, puedo ir a hablar con él.

—Realmente no lo sé pero, por lo que me dijo, es pariente del rey y dispone de mucha influencia.

—No le hagas caso; solo lo dice para impresionar.

Sebastián subió la mirada hacia donde estaba el caballero y lo miró directamente a los ojos de forma amenazante.

—Ah, Andrew, si te interesa al menos un poco Clara, libérala de ese patán, ya que viene en compañía del dios de los patanes y no tengo duda de que son iguales —le aseguró Katherine.

Sin decir palabra, Andrew empezó a caminar hacia Clara.

—¿De verdad vienen juntos? —quiso saber Sebastián.

Katherine se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Ni idea, pero tu amigo necesitaba algo de motivación para ir por ella; no la pierde con la mirada y ¡Dios!, a él le interesa Clara. No sé qué hice; solo espero que no termine mal.

A medianoche, un destello de luz y un estruendo se percibieron en el salón; el conde de Whistport le tenía una sorpresa a su esposa Teresa: un espectáculo de pólvora, por lo cual la mayoría de los asistentes del baile salieron a los jardines alrededor del salón. Katherine y Sebastián no fueron la excepción. Hacía años que Katherine no veía un espectáculo de pólvora y se emocionó de gran forma, así que Sebastián la sacó de entre la gente y la llevó a uno de los jardines separados, donde tendrían mejor vista. Mientras Katherine mantenía la mirada hacia el cielo, Sebastián se quitó la máscara y se acercó a ella por detrás, abrazándola por la cintura.

Rozó con su nariz el cabello de Katherine, absorbiendo su aroma, y sintió su cuerpo reaccionar. Bajó el roce de su nariz hasta su oreja; se inclinó un poco y apoyó su barbilla en el cuello de Katherine. Susurró algunas frases románticas en su oreja.

Katherine se estremeció, y se le erizó la piel al escuchar los susurros de Sebastián; buscó la mirada de Sebastián; lo miró a los ojos de una forma que nunca había visto. Él le respondió: ella lo amaba. No había dudas de eso; Sebastián sintió su corazón estremecer, realmente feliz. En ese momento quería gritarle que la amaba, pero se contuvo.

Katherine se dio vuelta para quedar frente a él y se sintió impulsada por la respuesta de su mirada. Le rodeó el cuello con sus brazos, se puso de puntillas y acercó los labios a los de Sebastián y lo besó. Sebastián se sorprendió: era la primera vez que Katherine se había atrevido a hacer tal cosa, pero vaya que le había gustado. Lo besó con amor, pasión y deseo, y Sebastián le respondió a cada uno de los sentimientos. Katherine se dejó caer en sus brazos; se dejó cubrir con su calidez. Eran el uno para el otro; ambos se pertenecían, mientras sus bocas se devoraban.

Sebastián la separó lentamente; la miró nuevamente a sus ojos; sonrió y la besó nuevamente. Él tomó control de este beso, poseyendo cada rincón de su boca. La atrajo fuertemente a él con un brazo en su espalda y con otro en sus caderas. Bajó sus manos hasta su trasero, se lo apretó con fuerza y la levanto dejándola casi en el aire. Katherine sintió su erección pegada a su vientre y se sonrojó. Sentía su mejilla caliente, pero no podía distinguir si se debía al sonrojo o al calor de todo su cuerpo. Bajo las manos de Sebastián, sintió que sus piernas le temblaban; se apoyó en Sebastián: sentía un gran deseo que inundaba todo su cuerpo.

—Te deseo —le susurró Katherine entre sus labios. Sebastián deslizó su boca a través de su barbilla hasta su cuello con suaves besos, hasta llegar a su escote.

—Kathy, detenme —le suplicó.

Katherine no respondió; su respiración se volvió más agitada y se

arqueó para darle espacio a Sebastián a seguir su recorrido con su boca. Sebastián abrió su corpiño; lo exploró con una de sus manos hasta dar con sus pechos, y librarlos. Jugó con uno de sus pezones hasta endurecerlo y después lo metió en su boca; lo lamió, lo besó y lo succionó mientras su mano endurecía su otro pezón. Katherine emitía suaves gemidos mientras entrelazaba sus dedos en el cabello de Sebastián.

Katherine jadeó y soltó un gemido; apretó con fuerza el cabello de Sebastián y se mordió el labio inferior. Sebastián metió una de sus manos bajo su vestido y la subió acariciando su pierna hasta llegar a su trasero, y ahí nuevamente se detuvo y la observó a los ojos.

—Detenme, Katherine, te lo suplico, hazlo ahora, detenme.

—¿Por qué debería hacerlo? —le preguntó ella.

Él subió sus manos a su mejilla y la miró a los ojos.

—Porque, si no lo haces, te haré mía aquí en el suelo en este jardín.

Ella sonrió.

—No quiero que te detengas; te deseo, Sebastián, y quiero ser tuya.

—No está bien que te tome aquí; te mereces un lugar mejor, una cama y...

—No lo hagas —lo calló—, pero ten algo muy claro: yo no te detendré si deseas seguir.

Sebastián experimentó dolor al sentir que su miembro quería salir por sí solo, y sonrió.

—Mi hermosa, no está bien que lo haga aquí, por lo cual no lo voy hacer. Pero la próxima no me voy a contener; te tomaré y serás mía.

—Sebastián, te quiero —le susurró.

Sebastián la abrazó y la besó nuevamente; luego la llenó de besos por todo su rostro. Se sintió muy feliz al escuchar aquellas palabras. Sebastián la ayudó a acomodar su corpiño; la besó por unos minutos y luego regresaron nuevamente al salón.

Capítulo catorce

Un mes había pasado rápidamente, y Sebastián se empeñaba a salir con Katherine al menos una vez a la semana y pasar mucho más tiempo con ella, aunque Katherine sentía fastidio, ya que había días en los que tenía que cambiar sus planes para ir en busca de dinero. Pero de alguna forma se las ingeniaba para poder ir otro día; trataba de evitar ciertos clubs, ya que no deseaba encontrar los mismos sujetos de la otra vez, por lo cual solo asistía a los mejores. Sebastián se había empeñado en hacerla ir al teatro, asistir a distintos bailes con la excusa de sus negocios e incluso la persuadía de hacer caminatas en el parque o cabalgar por la tarde o por la mañana. Katherine nunca había disfrutado tanto de esas actividades como lo había hecho hasta ahora. Lo único que lamentaba un poco era no pasar tanto tiempo con su amiga, ya que Sebastián ocupaba la mayoría de su tiempo y su pensamiento. Por su bien, Clara había decidido no ver nuevamente a Andrew.

Después del baile de máscaras, Clara había estado callada y distante, hasta que un día Katherine la enfrentó y la hizo hablar. Clara estaba sintiendo cosas por Andrew, aunque Clara sabía que una relación entre ellos nunca podría ser, ya que no era bien visto que una doncella pretendiera a un aristócrata que en un futuro heredaría el título de su familia. Lo único que podía llegar a ser era su amante.

—Andrew no es así, y hará lo que sea para que puedan tener una relación —la ilusionó Katherine.

—Andrew no siente amor por mí, Kathy, lo sé muy bien.

—¿Él te lo dijo?

—No, pero muchas veces me ha dicho que él no puede amar, que está maldito.

—Clara, él sí siente algo por ti; se le nota, y Sebastián sabe algo.

Katherine quería darle una esperanza a su amiga, ya que se

sentía culpable. Si no hubiera sido por ella y por su empeño en que disfrutara de la misma vida de ella, jamás hubiera conocido a Andrew en esas condiciones ni tampoco hubiera llegado a tener los sentimientos que tenía. Lo que le daba más pesar a Katherine es que, en ese momento, era completamente feliz. Tenía, junto a ella, al hombre con el que siempre había soñado y su amiga, de cierta forma, tenía el corazón roto por un amor prohibido, aunque ella no lo aceptaba. Pero Clara se había negado a ver a Andrew o a salir con él, y Katherine no tuvo más remedio que aceptar su decisión. Le había dicho a Andrew que Clara había salido de Londres y le había entregado una nota que hasta el momento ni ella sabía qué decía, debido a que Clara no quiso informarle. Por más que Sebastián lo había persuadido para saber, Andrew se negó a decirle qué tenía escrito. Solo le quedaba la esperanza de que se encontrarían nuevamente en la boda.

Katherine acababa de recibir una cesta llena de bocadillos que Clara le había llevado al bajar por las escaleras. Vestía un vestido rosa y un pequeño sombrero con un decorado de plumas. Sebastián recién había llegado a recoger a Katherine, y ella salió a recibirlo al carruaje sin darle tiempo de salir siquiera de este ya que, apenas el lacayo abrió la puerta, ella entró. Katherine llevaba al menos dos días evitando a su madre, ya que se empeñaba en que la acompañara a todos lados con los preparativos de la boda. Katherine estaba cansada de sus extravagancias, así que la tarde anterior le había enviado una nota a Sebastián para que realizaran un picnic, al cual él estaría encantado de asistir, ya que cada minuto con Katherine era lo mejor para él.

El carruaje se detuvo frente a Hyde Park. Sebastián bajó primero y le tendió la mano a Katherine para que bajara del carruaje. Luego tomó la cesta, y ella le tomó del brazo mientras caminaba hasta el lago. Dieron un pequeño recorrido y se detuvieron bajo la sombra de un enorme roble.

—Hermosa, este me parece un lugar perfecto.

—Pienso lo mismo, Sebastián.

Sebastián le dio la cesta a Katherine y sacó una sábana que tendió en el césped. Luego tomó nuevamente la cesta; la colocó en la sábana y le brindó la mano a Katherine para que se sentara. Luego hizo lo mismo.

—No pensé que quisieras verme tan pronto.

—Querido, sabes que no tengo problema alguno en vernos todos los días; simplemente, no es adecuado.

—Lo sé, pero eres mi prometida, y en un mes serás mi esposa.

—Si no escapo antes —se burló.

—Si no te secuestro antes. —Sebastián se acercó a ella y la besó.

—Estamos en público, Sebastián.

—Sabes que no me importa, pero ya que lo dices... —Sacó unos bocadillos de la cesta y le dio uno a Katherine.

—Clara los ha preparado —le comentó Kathy, señalando el bocadillo.

—Está delicioso —aprobó Sebastián—. Por cierto, ¿cómo está ella?

—Igual. —Suspiró—. Sigue triste, aunque no lo reconoce, y ahora se ha empeñado en aprender a cocinar. Con todo esto de la boda y con que mi madre me arrastra a todos lados con ella, apenas la veo.

—Andrew ha estado muy extraño también, ¿crees que debería decirle?

Katherine negó con la cabeza.

—Pienso que de momento no pero, si el día de la boda no solucionan nada, ambos hablaremos con ellos.

—Está bien. —Sebastián se acostó y puso su cabeza sobre el regazo de Katherine—. ¿Y cómo va todo eso de la boda?

Katherine bufó.

—¡Mi madre me volverá loca! ¿Puedes creer que la lista de invitados era de quinientas personas?

Sebastián soltó una carcajada.

—No lo dudo: es una extensa lista.

—Y ni siquiera conozco a cien de ellos. —Katherine acariciaba el cabello de Sebastián.

—Tengo entendido que la lista de mi madre ronda unas cincuenta personas, incluyendo mis amigos, que no son muchos, ya que la mayoría está en el extranjero, y algunos de mis socios.

—Yo ni amigas tengo; no asistí a un colegio, ya que tomé mi educación en casa y no me gusta reunirme con la sociedad, así que mi única amiga es Clara.

—Y la mejor amiga. Cuando nos casemos, si quieres, puedes relacionarte con más damas.

Katherine negó con la cabeza mientras recorría la nariz de Sebastián con su dedo índice.

—Por suerte, pude extorsionar a mi madre y de momento la lista llega a los cien. Espero que no crezca; le solicite que únicamente quería familiares y amigos muy cercanos a la familia.

Sebastián sonrió.

—Recuerda que no todos los días se le casa su única hija.

—Eso no es para tanto.

—Tengo una licencia especial; nos casamos, nos vamos de luna de miel al extranjero y, cuando regresemos, ya todo lo ha olvidado.

—La idea es muy tentadora, pero no quiero quitarle el privilegio de organizar mi boda; solo quiero que no sea tan extravagante.

Luego de pasar horas discutiendo sobre la cantidad de personas que asistirían a la boda, la lista quedó reducida a ciento cincuenta y con la condición de que la familia de Clara asistiera, aunque sabía que ellos iban a estar ahí de todas formas, pero no como invitados, ya que tendrían muchas responsabilidades. Pero al fin había llegado a un acuerdo con su madre, y asistirían a la ceremonia religiosa.

Katherine también sabía que muchas de las personas que querían asistir a la boda solo querían cotillear, y no desearle felicidad, así que Katherine se iba a negar a darles el gusto de disfrutar del evento. Ya había tachado varios nombres de la lista.

Otro tema a discutir había sido el banquete, ya que la boda se realizaría por la mañana, así que lo más indicado era que se celebrara con un almuerzo. Pero, además del desayuno que ya se había planeado (para lo que se hospedarían en la finca de la familia

de Katherine), Amelia se había empeñado en realizar una cena, aunque a Katherine eso la tenía sin cuidado, ya que a esas horas estaría de luna de miel. No le vio la gracia a que siguieran celebrando si ellos ya no estaban presentes, y la mayoría de los invitados ya se habrían marchado para esas horas.

Amelia nunca había sido muy extravagante pero, tratándose de la boda de su hija, había sacado todo su esplendor y, cuando se juntaba con Teresa, ¡Dios! Katherine sentía que se volvía el doble de loca y no podía con las dos, aunque le agradaba su suegra. Un fin de semana en que se reunieron para planear cómo decorar el salón y la capilla, ambas mujeres habían sacado todas sus extravagancias a flote con una gran abundancia de flores y de decoraciones.

—Les advierto que ni se les ocurra hacer todo lo que piensan con tantas flores, porque les aseguro que no me presentaré ni amarrada. Eso parecerá un invernadero, no una boda. Ya les dije muy bien: ¡quiero algo sencillo!

Había sido complicado negociar con ellas y, sobre todo, que aceptaran los términos de Katherine, pero ambas mujeres accedieron a su requerimiento.

—Debo admitir que, cuando nuestras madres se juntan, tienden a ser muy exageradas —concluyó con una sonrisa.

—No tengo dudas de eso, hermosa y, bueno, mi madre también está muy entusiasmada con lo de la boda.

—Ambas lo están; mi madre insiste en irse pronto para finalizar los detalles.

Ambos se habían quedado a esperar el atardecer. Katherine disfrutaba mucho de la compañía de Sebastián, y un picnic era la mejor excusa no solo para alejarse de su madre, sino para estar en compañía de su futuro esposo. Desde el día del baile de máscaras, se había dado cuenta de que estaba enamorada de Sebastián y de que, aunque él aún no se lo había dicho, en su mirada podía notar los mismos sentimientos.

Aunque faltaban menos de dos meses para la boda, ya todo estaba listo en lo que respectaba a los detalles: las invitaciones, el

salón, la capilla y el menú. Incluso hasta los músicos que iban a tocar para en la celebración. A pesar del poco tiempo que había tenido para planear todo, la influencia de Amelia era muy buena, y nadie le había puesto impedimentos en sus solicitudes. Lo único que no se había concretado era el vestido de novia —lo más importante, según Amelia—, pero Katherine se había rehusado a ir junto a su madre a la modista. La conocía muy bien, y estaba muy segura de que no se iba a limitar con sus extravagancias en el diseño del vestido, y Katherine no quería un vestido muy extravagante. También Katherine se negaba a ver otra modista que no fuera la señora Clarit; en cambio, su madre quería que su vestido lo hiciera una modista francesa muy cara y muy reconocida, pero Katherine le era fiel a la señora Clarit.

Katherine soltó un suspiro reprimido mientras se encontraba tomando el té con Sebastián en la cafetería San Matisse. Había pasado ya una semana desde la última vez que Katherine y Sebastián se habían visto, ya que este había estado muy ocupado con su nuevo proyecto del ferrocarril.

—¿Sigues fastidiada por los preparativos de la boda, mi amor?

—Un poco, a pesar de que ya todo está concretado; aún no tengo mi vestido.

Sebastián sonrió.

—No creo que sea tan difícil la elección de un bonito vestido.

—No es eso, Sebastián; mi madre se empeña en que visite una modista que no quiero —suspiró—. ¿Y si, simplemente, firmamos ese condenado papel y nos olvidamos de todo esto de la boda?

—No sabes cómo deseo hacer eso, pero ya las invitaciones fueron entregadas y se ha invertido mucho en los preparativos.

Kathy maldijo entre dientes para que no la escucharan.

—Sebastián, aún no hemos hablado de dónde vamos a vivir.

—Ya te lo había dicho, hermosa: aquí en Londres.

—Sí, ¿pero en qué parte? Quiero hacerme cargo de la decoración, ¿o vamos a vivir en la mansión de tu familia?

—Cariño, no te preocupes. Cuando nos casemos, te encargarás

de todo eso. Katherine bebió su té y devoró su segundo pastelito glaseado.

—¿Has hablado con Andrew sobre Clara?

Sebastián negó mientras daba un sorbo de su café.

—Se niega a hablar de Clara o a admitir que siente algo y, de cierta forma, se siente culpable por su alejamiento.

—¿Sigue creyendo que Clara está fuera de Londres?

—Sí, y por eso espera con ansias la boda para volver a verla.

Kathy se sintió feliz por el comentario y se planteó hablar con Clara para que se sincerara con Andrew y que le dijera el verdadero motivo por el cual ella se había alejado de él, aunque Clara aún no había admitido sentir algo por Andrew.

Clara había estado toda la semana negándose a acompañar a Katherine a visitar la modista, la señora Clarit, no solo por el simple hecho de estar escondiéndose de Andrew, ya que era imposible encontrarlo precisamente ahí donde iban las mujeres, y no los hombres, a menos que acompañaran a su pareja, aunque podía ser que, mientras se bajara del carruaje, pasara por ahí. Tenía que ser demasiada casualidad, y Katherine sabía que no iban a encontrarlo ahí, ya que andaba demasiado ocupado con unos negocios de los cuales le había comentado Sebastián. A Clara ir ahí también le resultaba una completa tortura, ya que ella también debía hacerse un vestido para el día de matrimonio y, cada vez que iba con Katherine, esta aprovechaba para comprarle ropa interior, medias, corsé, y otras cosas más con la excusa de que eran necesarias para el vestido. Al parecer, la señora Clarit, la asistente y ahora la nueva muchacha se ponían de acuerdo con Katherine para opinar de la misma forma y, para Clara, todo eso era innecesario. Diariamente vestía el uniforme, y un corsé era muy molesto para sus labores diarias. Esos vestidos solo los usaba una vez. Ella prefería los vestidos sencillos, y no todos esos lujosos, pero Katherine sabía que la iba a convencer. Dios la libraría de ir con su madre y someterse a esa tortura; además, tarde o temprano, Clara tendría que ir a por el vestido. También estaba el hecho de que podía culparla de que su

vestido de novia no estaría listo si ella no la acompañaba a tiempo. Katherine sabía que de alguna u otra forma la obligaría a ir.

Katherine llevaba dos días seguidos pidiéndole a Clara que la acompañara a lo de la señora Clarit, pero Clara siempre le daba una excusa diferente. Las labores de Clara eran únicamente servir a Katherine en todo lo que necesitaba por petición de esta, ya que, como era su amiga, la quería tener siempre a su lado. Pero, desde que Katherine pasaba un poco más de tiempo ocupada con los preparativos del matrimonio y con Sebastián, Clara se había empeñado en aprender nuevas cosas como cocinar y la ayudaba a su madre en las distintas labores que le asignaba.

—Clara, ¿y si hoy vamos a lo de la modista? —le preguntó cuando Clara entraba en su habitación con unos vestidos.

—No, no quiero ir, y ya te dije que estoy ocupada.

Katherine hizo un mohín.

—¡Hay que hacer tu vestido también!

—No, ahí tengo dos vestidos que son perfectos.

—¡No irás con esos vestidos, Clara Williams!

—No iré a lo de la modista, Katherine. —Salió de la habitación.

Otro día más, y Katherine estaba perdiendo la paciencia. No quería obligarla, ni buscar la ayuda de su madre, ya que terminaría siendo un total desastre: la obligaría a ir con ella a lo de esa tal francesa y no quería, así que estaba pensando una mejor forma de extorsionar a Clara.

Luego de uno de los habituales paseos a caballo con Sebastián por Hyde Park, Sebastián le propuso a Katherine un pequeño picnic a la luz de la luna para aprovechar la hermosa luna llena, la cual iluminaba todo el lago. Caminaron hasta el roble, donde habían hecho el picnic anteriormente y extendieron una manta, y se sentaron a degustar de la variedad de bocadillos que Clara había preparado. Katherine se acostó y usó de almohada el regazo de Sebastián. Al observarlo, quedó fascinada con la vista. Sebastián era realmente apuesto, por no decir el más apuesto de todos los

hombres y a la luz de la luna, ¡Dios, era un Ángel!, y era suyo. Bueno, aún no, pero sabía que Sebastián solo le pertenecía a ella. Bajo un impulso involuntario, Katherine llevó una de sus manos hacia el pecho de Sebastián y empezó a acariciarlo suavemente. Sebastián gruñó. Ella aún no entendía qué pasaba con él ya que, desde la celebración del cumpleaños de su suegra, Sebastián no la había tocado y se limitaba a darle besos suaves, a pesar de que habían tenido varias oportunidades. Estando solos, no había intentado nada. ¿Acaso no la deseaba? O algo mucho peor, ¿estaría frecuentando a otra dama?, aunque eso no era posible: Sebastián la amaba. Katherine estaba segura de que Sebastián la deseaba, pero Sebastián la estaba evitando pero, de ser así, ¿por qué lo hacía? Él le había confirmado que quería hacerle el amor, pero no lo había hecho, aunque ella le había dicho que no lo detendría. Pero él le dijo que no lo haría ahí. Sebastián era más cariñoso con ella pero, cada vez que estaba junto a él, sentía cómo su cuerpo reaccionaba y se llenaba de deseo por él. Recordaba lo que había sentido en la biblioteca la noche de su compromiso y quería sentir más de eso, así que soltó un suspiro reprimido y desvió su mirada a la luna.

Sebastián tomó su muñeca y detuvo las caricias. Katherine pensó que él no quería que lo acariciara pero, al contrario de esto, Sebastián se tumbó junto a ella ronroneando mientras le daba un cálido abrazo a la luz de la luna y la besaba con pasión. Sus manos exploraron cada centímetro de su cuerpo; Katherine rodeó el cuello de Sebastián, y él metió una de sus piernas entre las piernas de Katherine.

Sebastián disfrutaba de cada beso, cada caricia y la forma en que Katherine lo provocaba y, aunque aún no podía hacer el amor con ella, contaba los días para poder casarse. Moría de ganas por perderse en su cuerpo. Cada minuto junto a ella era una tortura; trataba de contenerse todo lo posible, pero lo que realmente quería era llevarla a su cuarto, tumbarla en su cama y no dejarla salir de ahí por meses.

Katherine llevaba una semana insistiéndole a Clara que fuera con

ella a lo de la señora Clarit y esa vez iba a ser la última vez y la definitiva: para ello pensó en un buen plan.

—Clara, en media hora salimos para lo de la modista.

—No iré —le aseguró Clara.

—¡No te estoy pidiendo opinión! ¡Vas a ir, te guste o no!

—No tengo la obligación de ir y, si es así, que me lo pida tu madre.

—Tienes la obligación de ir y acompañarme: eres mi doncella.

—Lamento informarte que no es así.

—Clara Williams, te lo diré una vez más: vamos a ir a lo de la modista para que confeccione nuestros vestidos, y especialmente el mío, que es el vestido de novia, y tú te harás uno elegante; además, compraremos otra cosa más que necesito.

Clara le sonrió.

—No insistas, Katherine, no...

Antes de que Clara pudiera decir más, Katherine la interrumpió.

—Si no vas, Andrew se enterará de que le has mentido y estas aquí encerrada en mi casa porque evitas verlo.

—No harías eso. —Le clavó una mirada fulminante.

—Oh, sí, claro que lo haré y lo traeré aquí para que se entere de todo —le advirtió en tono amenazante.

Y vaya que el plan, más bien el chantaje, había resultado de maravilla, ya que Clara no se había negado, y en media hora habían salido de la casa rumbo a la casa de la modista.

—¿Por qué te pondrás eso? —le preguntó Katherine a Clara cuando la vio ponerse una capa y cubrir su cabeza.

—Ya sabes por qué lo hago.

Katherine se rio a carcajadas.

—Clara, no lo vas a ver aquí; además, son solo unos pequeños pasos los que vamos a caminar. Estamos en la entrada: no seas dramática.

—Es prevención, diría yo. —Clara bajó primero y entró en la tienda, ya que Katherine suponía que, si ella bajaba antes, Clara podría resistirse a bajar.

Al entrar a la tienda de la señora Clarit, ambas chicas fueron recibidas con una gran sonrisa por la asistente que, después de haberlas saludado cortésmente, corrió en busca de su jefa a la parte trasera de la tienda, donde usualmente se encontraba realizando sus costuras. Katherine era bien conocida por las empleadas y siempre la recibían de la mejor forma. Sabían que, desde su baile de compromiso, las clientas de la señora Clarit habían aumentado.

—Lady Katherine, ya estaba perdiendo la esperanza de que viniese por mi ayuda.

—Nada de eso, señora Clarit, usted es y será siempre mi modista personal.

—Me enorgullecen sus palabras, Lady Katherine, pero los rumores decían que su vestido iba a ser confeccionado por la francesita esa nueva.

—Es lo que desea mi madre, pero le aseguro que la francesita no es mejor que usted. Además, nadie me complace tanto con mis caprichos. —Desvió la mirada a Clara rápidamente y le guiñó el ojo.

—Supongo que tu amiga también necesita un vestido.

—Supone bien; sin su ayuda, no creo poder lograr que Clara se haga un vestido nuevo.

—Entonces no perdamos más el tiempo, ipasad!, ipasad! Tengo unas telas nuevas traídas de la India: son una delicadeza muy hermosa.

Ambas pasaron a la parte trasera. Luego de que la señora Clarit le mostró las telas a Katherine (¡y qué hermosas telas!), encontró la perfecta para su vestido. Aunque no le gustaba mucho usar blanco, le hacía mucha emoción usar un majestuoso vestido blanco, y vaya que iba a ser majestuoso, ya que estuvo al menos una hora describiendo sus ideas y la señora Clarit, dibujando sus bocetos, hasta que habían dado con la idea final.

—¡Este va ser su mejor trabajo! —le aseguró Katherine a la señora Clarit al ver el boceto terminado en sus manos.

—Trabajar en ese vestido va ser el mejor de mis honores —expresó con gran orgullo.

Tal como era de esperarse, la señora Clarit le había aconsejado a Katherine que debía comprar un corsé diferente y especial, así como su ropa interior, ya que en su noche de bodas debía verse especial para su marido. Le dio algunos consejos que hicieron colorear el rostro de Clara; tal vez antes eso habría hecho ruborizar a Katherine, pero ya había tenido un poco de intimidad con Sebastián. Igualmente, eran recibidos los consejos de la señora Clarit, ya que tenía mucha experiencia. Ambas habían establecido una acogedora amistad con su modista, por lo cual tenían el atrevimiento para hablar de esas cosas con ellas.

La señora Clarit no pasaba los 30 años y, en su momento, nunca se había casado. Al poco tiempo de haber empezado a trabajar en su pasión, había conocido a un vizconde, el cual la había convertido en su amante, llenándola de lujos, y algunas otras cosas más. Ella era muy bella, y se rumoreaba que no solo había sido la amante de este hombre, sino que también había tenido otros, ya que era muy complaciente en la cama. Así que todo consejo proveniente de ella era bien recibido. Incluso Katherine se tomó el atrevimiento de preguntar alguna otra cosa más, que acaloró a Clara por su inocencia y timidez.

Como era de esperar, Clara se negaba a que su traje fuera extravagante, pero todas hicieron caso omiso de sus protestas ya que, si fuera de otra forma, el vestido de Clara iba a ser sencillo, igual a los que utilizaba siempre. Katherine había escogido una de las telas nuevas que le había sugerido la señora Clarit (en tono durazno) y, como era de esperarse, a juego con el vestido, iban algunas cintas para el cabello, medias, ropa interior y un corsé, aunque por esta vez omitieron el corsé por insistencia de Clara, y Katherine no quiso discutir con ella.

Luego de unas horas más entre consejos, conversaciones y una taza de té, Katherine se despidió de la señora Clarit. Se dirigió nuevamente hacia su casa junto con Clara y, como era de esperarse, la señora Clarit le dijo que los vestidos estarían listos en unos quince días, principalmente el de novia, ya que toda su experiencia y

dedicación iban a estar en este, no solo por el honor de realizarlo, sino porque sería el primero creado por ella. Esto necesitaría de toda su paciencia; para Katherine no era urgente: aún faltaba al menos mes y medio para la boda.

Capítulo quince

Sebastián no había vuelto a salir jugar en un mes y medio debido a que se encontraba un poco ocupado en algunas cosas, como la reestructuración de su nueva casa en Londres, la compra de las propiedades en Hampshire y en Worcestershire y, principalmente, en su prometida Katherine, a la que ahora le estaba dedicando mucho tiempo: salidas al teatro, bailes, salidas nocturnas, picnics, conciertos, paseos por los parques londinenses. A pesar de que Sebastián disfrutaba en gran manera la compañía de su futura esposa, cada segundo con ella era una tortura, ya que sus deseos habían aumentado en gran intensidad y, con solo mirarla, él la deseaba, por lo cual se había limitado a solo darle cálidos y pequeños besos. Aunque de cierta forma esto a Katherine la desmotivaba, ella se las ingeniaba para sacar a la vista su carácter rebelde, lo que era todo un reto para él.

Andrew había pasado toda la tarde insistiéndole a Sebastián para que salieran a jugar; se podría decir que esta era la única diversión que se habían permitido juntos desde hacía unos meses, ya que ambos, por voluntad propia, habían decidido dejar de visitar los burdeles en busca de alguna distracción. De hecho, Sebastián le había sido fiel a Katherine desde que la había conocido. Recientemente Sebastián había escuchado rumores de que Andrew había sido visto con una amante; no era en lo que Sebastián se metiera, aunque Andrew no era de ese tipo de hombres. La reciente desaparición de Clara lo tenía atormentado; sin saber por qué, ellos ya no mantenían ninguna relación. Nunca había admitido tener sentimientos hacia Clara, aunque muy disimuladamente le había preguntado en distintas ocasiones a Katherine si había tenido noticias de ella. Por su parte, Sebastián no quería entrometerse mucho en su vida personal (en este caso, sentimental) y, respecto de su amante, no era algo duradero, ya que Andrew no mantenía

este tipo de relaciones por más de un mes. De hecho, no tenía amantes: solo mujeres con las que disfrutaba del placer.

Sebastián no sentía la necesidad de salir a jugar o apostar ya que no estaba necesitando dinero extra para sus negocios y no tenía pensado hacer algún nuevo negocio, ya que en el negocio del ferrocarril le estaba yendo muy bien, al igual que con la adquisición de las nuevas propiedades. Sebastián era muy bueno en estos temas, pero debía admitir que su cuñado también lo era: en menos de una semana había hecho negocios con los arrendatarios de su nueva propiedad en Worcestershire, e incluso le había informado que la propiedad tenía una cabaña muy hermosa para disfrutar de una velada íntima. También había adquirido unos caballos pura sangre en Hampshire, donde se iba a disponer a criarlos. Era amante de los caballos, y la propiedad de Hampshire era perfecta para el criado de caballos.

—Vamos, Sebas, es un club nuevo y de los más finos y recatados; te puedo jurar que no encontrarás a ninguna mujer ahí.

—No es que me importe; simplemente, no tengo ánimos de ir. Ya sabes cuál es uno de los motivos por los cuales asisto y es para buscar un poco de dinero para invertir. Pero de momento no tengo ningún negocio en mente. Ve tú y diviértete.

—Déjame decirte, mi querido amigo, que ese es el motivo por el cual quiero ir. Necesito un poco de dinero extra, y esa es la forma más fácil de conseguirlo. Además, te tengo un negocio al cual no te vas a negar.

Andrew había decidido formar su propio capital y adquirir algunas propiedades recientemente. Había comprado una en Londres y otra en Hampshire, y pensaba comprar otra en Worcestershire, ya que le había gustado el lugar. También, con la ayuda de Sebastián, había hecho algunos negocios que le estaban generando un poco de dinero extra.

Sebastián enmarcó una ceja.

—A ver, Andrew, abre la boca y dime qué tienes planeado.

—¿Recuerdas al señor Scott?

—Creo que sí; si no me equivoco, es el dueño de una de las empresas navieras más grandes de Estados Unidos.

—¡Ese mismo! —Andrew notó el interés de Sebastián—. La última vez que hablé con él, le di a entender que estaba muy interesado en adquirir inversiones en las navieras, y recientemente me ha escrito.

Sebastián había tenido un gran interés en ese tipo de negocio, pero no había tenido la oportunidad de buscar con quién hacerlos, aunque él poseía un par de barcos que había comprado mientras estaba en Estado Unidos.

—Cuéntame de qué se trata.

—El señor Scott está pensando en retirarse del negocio, ya que quiere disfrutar de su vejez tranquilamente y, debido a que no tuvo hijos, no tiene a quién heredarle su negocio, por lo que me escribió para saber si yo estaba interesado.

—¿Estás interesado en adquirirlo, por lo que veo, o me equivoco?

—No te equivocas, mi estimado amigo. —Hizo una pausa—. Sería un buen negocio, ya que tendremos, además de nuestros barcos, al menos unos diez más y, por lo que sé, viajan a todo el mundo en sus rutas de distribución de mercancías y dan muy buenas ganancias, así como también las dan la venta de nuevos barcos.

—¿Y qué tengo que ver yo con esos?

—A ese punto voy; como sabes, recientemente he decidido crear mi propio capital, y no tengo mucha experiencia en eso. Por lo que el señor Scott me dijo, él solo posee el 80%; el otro 20% es de su cuñado, y este planea mantenerlo, así que sería nuestro socio.

—¿Quieres que yo negocie con él para obtener su 20%?

—¡Si! pero no de momento; más luego. Ahora te quería proponer que compres el 40% y yo el otro 40%, ya que no dispongo de tanto dinero y que, más adelante, lo compremos en su totalidad.

—No está tan mal tu idea, y tenerte a ti como socio no ha resultado tan mal y, por otra parte, poder adquirir más barcos, así como también unir los míos ahí.

—De eso te estaba hablando; entonces, Sebastián, ¿qué dices?, ¿hacemos negocios?

—¿De cuánto estamos hablando? —le preguntó Sebastián con una enorme sonrisa, mientras Andrew le servía un trago y se sentaba junto a él.

Katherine se encontraba sacando su disfraz de uno de los baúles cuando Clara entró en la habitación llevando una bandeja con la cena.

—¿Acaso piensas salir a jugar? —le preguntó Clara mientras ponía la bandeja en una mesa.

—Es obvio que iré; llevo una semana sin salir, y hoy Sebastián no ha planeado nada para vernos.

—¿Por eso fingiste sentirte mal? Katherine, sabes que es muy peligroso.

—Sí, por eso. Sabía que hoy Sebastián no vendría, y mi madre estaba empeñada en que asistiera a esa reunión para hacer amistades de la alta sociedad para cuando me case; principalmente por eso inventé una enfermedad.

Clara puso los ojos en blanco.

—Ya presentía que todo eran mentiras: tú nunca te enfermas.

Katherine rio a carcajadas.

—Me conoces muy bien; ahora ayúdame a vestirme. Hay un club nuevo al que quiero asistir.

—Te ayudaré cuando termines de cenar.

—Está bien, ya voy a cenar.

Katherine bajó del carruaje y caminó hacia la entrada del nuevo famoso club llamado *The New City*; al entrar allí, notó los finos acabados de las paredes, la arañas en el techo que iluminaban el lugar, junto con la decoración de las columnas al estilo colonial, que eran parte del vestíbulo. Como había leído, este club era únicamente para caballeros de la alta sociedad, y no se encontraba ninguna mujer atendiendo, ya que era muy recatado. Al entrar en la sala de juego, Katherine observó la gran cantidad de mesas de juego y también una muy surtida barra de tragos. El lugar no poseía una gran iluminación: solo la suficiente para ver las cartas. Suponía que era una forma de discreción o, simplemente, formaba parte de la

decoración del lugar. Katherine se tomó su tiempo para dar un perspicaz recorrido con la vista, ya que ese club no era igual a todos los demás a los que había asistido anteriormente. Tenía la impresión de que debía escoger mejor a sus contrincantes. Caminó hacia una de las mesas que se encontraban al fondo del salón y, para su sorpresa, vio a Sebastián junto con Andrew. Por lo que pudo notar, no tenían mucho tiempo de haber llegado ahí. Pensó en ir y ganarle un par de veces a su prometido; eso hubiera sido muy divertido, especialmente verle su cara de frustración. Pero lo pensó bien y no era buena idea: la última vez que habían jugado, Sebastián se había mostrado testarudo y la había abordado afuera del club. Casi la había descubierto. Sabía que esa vez no iba a tener la misma suerte de escapar y, aunque pensó en salir del lugar inmediatamente, prefirió permanecer desapercibida, ya que no tenía por qué demostrarle a Sebastián o a Andrew que les temía. Además de eso, no le había molestado el hecho de que Sebastián estuviera ahí: sabía que el lugar era adecuado. Lo que le generaba un poco de duda sobre su prometido era cómo iba a reaccionar al ver nuevamente a la enmascarada. Caminó hasta la mesa que había escogido, de la cual sabía que le iría muy bien. Empezó su juego con naturalidad.

No había pasado más de una hora cuando Katherine ya había hecho de las suyas en aquella mesa; debía admitir que la mayoría de los caballeros que asistían ahí no eran muy inteligentes. Muy al contrario: se había encontrado con algunos hombrecitos mimados que, con tal de demostrar su habilidad en el juego, habían perdido una gran cantidad de dinero.

—¡Maldito mocoso! Con esa suerte me ha despojado de todo lo que traía —masculló uno de los hombres que salían de una de las mesas del fondo del salón.

Sebastián y Andrew escucharon las maldiciones que venían del hombre cuando el caballero pasó junto a ellos mientras caminaba resignado hacia la salida.

Aunque Sebastián y Andrew estaban sentados en mesas separadas, se encontraban muy cerca el uno del otro (para ser más

exactos, a la mesa de la par) y, cuando escucharon este comentario, ambos fijaron su mirada en el lugar de donde provenía el desdichado hombre que habían salido maldiciendo. Vaya sorpresa se llevaron al observar que ahí estaba el famoso enmascarado haciendo de las suyas y quitándole el dinero a cuanto jugador se acercara. Al parecer, ella había descubierto lo mismo que ellos, y estos caballeros le iban a ser una muy buena fuente de dinero. Era de esperar: a ese enmascarado le gustaba abusar de los pobres tontos.

Sebastián se levantó de la mesa y se dirigió a la barra de tragos; Andrew lo siguió; ambos ya habían terminado sus jugadas y ya habían ganado una buena cantidad de dinero. Debían admitir que eran muy buenos en cuestión de cartas y sabían sacarle provecho. Sebastián ordenó un par de whiskys, y le tendió uno a su amigo mientras ambos observaban con cautela la mesa en donde estaba aquel famoso enmascarado.

—¿Piensas volver a jugar contra ella? —Andrew sentía gran curiosidad.

—Me tienta demasiado la idea. —Hizo una pausa—. Pero no quiero perder lo ganado esta noche, y ambos sabemos que perderé.

Andrew se rio.

—¿Piensas que te ganará nuevamente?

—No precisamente, aunque ella es muy buena y ya sabes que suelo mostrarme testarudo, así que puede ser que me empeñe por ganar y resulte mal. —Bebió un sorbo de whisky—. ¿Qué te parece si hacemos algo más interesante y observamos su forma de jugar y, cuando la conozca bien, me atrevo a desafiarla?

—Muy bien pensado, Sebas —lo felicitó a su amigo.

Ambos caballeros bebieron su trago y luego se dirigieron a las mesas que se encontraban al final del salón. No tenían intenciones de que la enmascarada los notara, aunque Sebastián se preguntaba si esa muchacha aún lo recordaba o lo reconocería al verlo. Habían pasado al menos dos meses, y no la habían encontrado nuevamente, aunque Sebastián debía admitir que estaba tan enamorado de Katherine que no podía pensar en otra mujer. No

obstante, cada semana tenía el mismo sueño con esa mujer, y no podía evitar despertar excitado por aquel sueño, más cuando Katherine también tomaba participación en este.

Katherine estaba tan concentrada en una partida que no se había dado cuenta de que Sebastián y Andrew se habían sentado en una de las mesas cercanas a ella. Katherine no había disfrutado desde hacía mucho ganar como lo estaba haciendo en ese momento. Resultó que el club había sido una muy buena elección y, a pesar de que había algunos caballeros que le daban una buena competencia (cosa que le gustaba), había unos bastante tontos, por lo cual estaba muy concentrada en el juego y sacando su buena partida, ya que resultó que a los caballeros ahí presentes no les gustaba perder y, hasta no quedar sin un solo chelín, no se movían de la mesa. Eso le había parecido muy favorable; por su parte, ya Katherine tenía una muy buena parte de dinero.

Katherine subió la mirada en busca de algún mesero, pero no pudo evitar desviarla al sentir que la observaban desde muy cerca. Sebastián y Andrew la miraban con atención, y ella no pudo evitar concentrarse en su prometido. Sebastián era realmente muy guapo, lo viera donde lo viera. Tan solo hacía un par de días había quedado perdida en su rostro al verlo a la luz de la luna y en ese momento, ahí, con la escasa pero favorable iluminación, se veía realmente apuesto. Katherine suspiró. Le sostuvo la mirada un instante y luego la desvió a Andrew, quien se veía como siempre encantador, aunque en su mirada se notaba un poco de melancolía.

Katherine se preparó para la siguiente jugada y pensó que ya era momento de retirarse. Tenía una muy buena cantidad de dinero ganado, y ya se hacía un poco tarde. Además de eso, tenía la mirada vigilante de Sebastián. Frunció el ceño al pensar que quizás Sebastián la volvería a abordar al salir del lugar y, si eso era así, vaya sorpresa se iba a llevar. Katherine le indicó al encargado de mesa que se retiraría pero, al momento de hacerlo, un hombre de aproximadamente treinta y cinco años se aproximó a la mesa. El hombre medía aproximadamente un metro ochenta; tenía un amplio

pecho, y se notaba que estaba bien formado. Sus brazos eran gruesos; era poco apuesto, aunque eso se debía a una extraña cicatriz en su mejilla, la mezcla de una cortada y de una quemadura. Era extraña. Katherine no pudo evitar observarlo detalladamente; el hombre se sentó frente a ella. Observó la mesa estudiando a todos los ahí presentes, que en ese momento eran dos o más, y ella. Clavó la mirada en Katherine y, con una fugaz sonrisa, la retó a jugar contra él al notar que ella ya se disponía a marcharse.

Sebastián y Andrew estudiaron muy detalladamente su forma de juego y vaya que era muy calculadora con cada una de sus partidas y sus contrincantes. Mientras ella estudiaba cómo jugaban sus contrincantes, perdía o les dejaba tomar confianza para que apostaran un poco más a veces por sugerencias de ella. Al aumentar las apuestas, fingía que iba perdiendo, pero al final los sorprendía ganándoles. Ella realmente tenía una muy buena táctica, cosa que reconoció Sebastián, ya que incluso él mismo la había hecho en algún momento. Hacer que sus contrincantes tuvieran la confianza necesaria para que ellos se animaran a apostar todo y después, ¡isaz!, presentaba su golpe de gloria. Aunque, observándola más detalladamente, debían admitir que, desde la vez que habían jugado contra ella, había mejorado mucho. Sebastián tenía intenciones de retarla.

Sebastián notó cómo ella se había percatado de su presencia, ya que ella había clavado su mirada en ellos, especialmente en él, al levantar la mirada de la mesa. La muchacha lo miró muy detalladamente por unos segundos; tenía la impresión de que lo observaba diferente. En ese momento pensó en su prometida; no sabía por qué, pero esa mujer junto a su sueño le recordaba enormemente a Katherine: sus ojos, sus labios. Notó que la muchacha desvió la mirada a su amigo; lo miró por unos instantes y se volvió a concentrar en el juego. Sebastián había retomado nuevamente la idea de jugar contra ella, pero al final no quiso hacerlo. Presentía que no iba a ser buena idea, así que pensó que ya era momento de retirarse. Justo cuando se lo iba a decir a su amigo,

vio acercarse a la mesa a un hombre alto con una cicatriz en la mejilla. Aquel hombre era Manríquez Durrol, muy conocido por mantener negocios ilícitos en el lugar. Era el dueño de la mayoría de los burdeles de Londres, así como de los clubs de más baja categoría, en los que se podían encontrar todas las clases sociales. Manríquez rara vez daba la cara, a menos que anduviera en busca de algo para su beneficio, que sus hombres no habían podido conseguir con facilidad. Usualmente dejaba elegir a sus víctimas libremente con exuberantes propuestas pero, cuando su presa se negaba, negociaba de la forma sucia, hasta que la hacía ceder. Sebastián y Andrew lo conocían muy bien, ya que Mathias, el hermano de Sebastián, había tenido un pequeño problema con él en el pasado. Aunque Sebastián no era de meterse con los asuntos de su hermano, se enfureció al ver cómo el sujeto, junto a un par de matones, le daba una paliza a Mathias en la parte trasera de uno de sus burdeles. Era muy común que, cuando la actitud de algunos de sus clientes no le gustaba, lo daba a entender de esa forma.

Suponían que la enmascarada había llamado su atención y quería que trabajara para él, ya que era realmente muy buena. Con esa fama que se había creado de jugador enmascarado, había disparado muchos rumores en los distintos clubs; también podía haber asistido a uno de los clubs de Manríquez, pero una cosa era segura: Manríquez estaba ahí por ella, y sus intenciones no eran buenas ya que, conociéndolo, sabían que la pobre muchacha no iba a poder deshacerse de él: si no la obtenía por las buenas, lo iba a hacer por las malas.

—Presiento que la señorita pronto tendrá problemas —le dijo Andrew mientras bebía su trago y observaban al hombre sentarse frente a la Enmascarada.

—Eso presiento; ella no debe saber quién es y, por lo que veo, va tener problemas.

—Pobre muchacha, si Manríquez ha puesto la vista en ella y, si los rumores son ciertos, él no la va dejar en paz hasta que no cumpla con su objetivo.

Sebastián sintió una opresión en su corazón al escuchar esas palabras y no entendía el porqué, así que bebió rápidamente el contenido de su copa y pensó en Katherine. No podía comprender por qué esa mujer le recordaba tanto a ella, así como también sentía una extraña atracción por ella.

Capítulo dieciséis

Katherine se sorprendió al ver a aquel caballero sentarse frente a ella; su mirada era fría, y la cicatriz de su cara lo convertía en un hombre inolvidable. Katherine sintió un escalofrío en todo su cuerpo; aquel hombre no le daba buena espina. Al contrario: le inspiraba temor; tenía el presentimiento de que era muy peligroso y de que debía de alejarse de él lo más pronto posible. Katherine se levantó de la mesa indicándole al encargado que era momento de retirarse, pero aquel hombre le clavó una mirada amenazante.

—Joven, ¿sería tan amable de jugar un par de partidas conmigo?
—le pregunto el hombre cuando la vio levantarse.

—Disculpe, señor, ya me disponía a retirarme: tengo algunos asuntos pendientes.

—No tomará mucho tiempo y, por lo que he escuchado, es muy bueno, y quisiera comprobarlo con mis propios ojos.

—Tal vez en otro momento; si me disculpa... —Katherine se levantó de la mesa para disponerse a salir de ahí pero, cuando pasó junto a él, la tomó de la muñeca y la detuvo.

—¿No cree que es muy descortés? —le preguntó en un tono amenazante.

Katherine frunció el ceño.

—Descortés está siendo usted, señor, así que, por favor, ¿podría soltarme?

El hombre la detuvo por unos instantes, clavándole la mirada en los ojos. Katherine sintió mucho temor, pero trató de ocultarlo. Respiró profundo y sintió cómo la soltó. Pero antes le tomó la mano, donde le puso una tarjeta.

—Espero verlo pronto; quiero hacer algunos negocios con usted, joven, pero antes me gustaría tener el honor de enfrentarlo.

Katherine tomó la tarjeta, la guardó en el bolsillo de su chaqueta y le dedicó una pequeña sonrisa.

—En otro momento tendrá el honor de jugar conmigo.

Katherine se despidió con un cortés gesto y caminó hacia la salida del salón. Cuando pasó junto a la mesa donde se encontraban Sebastián y Andrew, se detuvo un instante y le brindó una mirada y una sonrisa seductora a Sebastián, y observó a Andrew con una leve sonrisa.

—¡Buenas noches, caballeros! —los saludó mientras emprendía nuevamente su rumbo para salir del lugar.

Katherine volvió a ver hacia atrás después de haber salido del club; quería estar segura de que no la siguieran, ya que había lanzado una pequeña coquetería a Sebastián y había rechazado una partida con un hombre peligroso. Cuando por fin confirmó que estaba sola, subió a su carruaje y se quitó el sombrero con una sonrisa. Había disfrutado de la forma en la que había confundido a Sebastián con su coquetería. Pero él no reaccionó de ninguna otra forma; solo mostró confusión. Era claro que Sebastián estaba enamorado de ella y que, aunque la enmascarada le coqueteara, él no iba a caer en sus encantos.

—¿Qué diablos fue eso, Sebastián?

Andrew lo miraba sorprendido; había visto el gesto que le había hecho la muchacha a Sebastián.

—No lo sé, Andrew, pero, sea lo que sea, no tengo la intención de saberlo.

—Lo sé, amigo, creo que en otro momento la hubieses seguido, pero ahora te quedaste ahí clavado. Sebastián se encogió de hombros.

—Será mejor que nos vayamos ya.

Andrew asintió.

Sebastián se había despertado nuevamente a mitad de la noche; estaba empapado de sudor, y su corazón estaba acelerado. Nuevamente había tenido ese maldito sueño, aunque esta vez era uno muy diferente. Desde la noche en que había encontrado a la enmascarada en The New City, Andrew y él habían acudido a diversos clubs con el fin de aumentar su capital para invertir en su

nuevo negocio, y se habían encontrado nuevamente a la enmascarada en distintas ocasiones, aunque ella se había demostrado totalmente indiferente hacia él. Pero, cada vez que la veía, tenía el mismo sueño: seducía a la enmascarada hasta llevarla a la cama y ahí, desnuda, cuando la miraba a los ojos y le quitaba la máscara, quien estaba en sus brazos era Katherine. No sabía si su conciencia o el parecido de sus ojos y de su boca era lo que lo hacía soñar con eso. Él ya no deseaba a esa misteriosa chica; solo deseaba a Katherine, su prometida, así que no comprendía su sueño. Tenía varios días sin ver a Katherine, ya que había salido casi a diario con Andrew y porque también ya no podía soportar el hecho de que ya no podía estar más tiempo cerca de su prometida sin poder tocarla. Verla desnuda en sus sueños, respondiendo a su seducción, lo estaba torturando aún más.

Sebastián se levantó y se dirigió a una mesa que se encontraba cerca de su cama; se sirvió un vaso de coñac y lo bebió rápidamente, se sentó en el sofá y tiró la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. Pensó en Katherine y en lo mucho que deseaba tenerla ahí en ese momento. También pensó que debía ponerse en contacto con su cuñado, ya que quería saber cómo iba la remodelación de la cabaña y, en ese instante, recordó las palabras de este sobre Katherine y el juego: «Sí, de hecho, es muy buena. Padre y yo cometimos el error de enseñarle y ahora nos gana siempre». Katherine sabía jugar. Abrió de golpe los ojos cuando recordó otra de las palabras de Eduardo: «Astuta y calculadora. Primero te deja ganar para saber cómo juegas y ya luego, mi querido cuñado, te hace trizas». «¡Maldición!, esa es la forma en la que juega la enmascarada», pensó Sebastián y se levantó del sofá. Empezó a caminar por la habitación. ¿Podría ser posible que Katherine fuera la enmascarada? Entonces recordó el beso: la suavidad de sus labios era la misma respuesta que había tenido la primera vez que la había besado, la misma sensación.

Sebastián se preguntó con qué intenciones lo hacía ya que no necesitaba dinero: ella era rica, su familia lo era, ¿acaso era para

Clara? ¡No! Inmediatamente borró esa idea de su mente y soltó un suspiro. Necesitaba ver a Katherine y hablar con ella; saber la verdad de lo que estaba sucediendo y por qué lo hacía, ya que no entendía para qué podría necesitar dinero. Sebastián siguió dando vueltas por su habitación y logró comprender el porqué de sus sueños: era la misma mujer. Lo veía en sus ojos, pero nunca lo había descubierto hasta ese momento. Sebastián seguía pensando en la forma de enfrentar a Katherine sin que le mintiera y de que le diera el motivo que tenía para salir a jugar y ponerse en riesgo de esa forma. Su familia tenía dinero y él también, si lo necesitaba. Aunque, por lo que sabía, a Katherine no se la privaba de nada, ni siquiera a su amiga, ya que le cumplían sus caprichos. Pero lo que realmente le preocupaba era que Manríquez Durrol tenía interés en ella.

A la mañana siguiente Sebastián salió temprano a visitar a Katherine; apenas había dormido la noche anterior. No dejaba de pensar en el hecho de que Katherine era la enmascarada y necesitaba confirmarlo, así que, apenas amaneció, fue a cabalgar a Hyde Park y, luego de un desayuno ligero, se dirigió a la casa de su prometida. Pero, al llegar, el conde le informó que Katherine se había marchado aproximadamente hacía una hora con su madre a Worcestershire a finalizar algunos detalles sobre la boda, por lo cual no regresarían hasta dentro de algunos días, y le dio la nota que le había dejado Katherine. Sebastián la leyó; hacía dos días que no veía a Katherine, a excepción de la noche anterior, y la mujer que había visto había sido la enmascarada. Había sido un idiota y la había descuidado durante toda la semana. Sebastián le pidió al conde ver a Clara para hablar con ella y, para su sorpresa, esta no se había marchado con Katherine; era de suponer que estuvieran juntas. Clara se veía triste, y Sebastián creyó saber cuál era el motivo ya que, aunque a su amigo se lo ocultaba, se le podía notar en la mirada. Sebastián le dejó una nota a Katherine con Clara. En esta le decía que tenía algo muy importante que hablar con ella, y también le pidió a Clara que, apenas llegara ella, le informara.

—Clara, es realmente muy importante hablar con ella, así que, si

ella no me busca, por favor ve a mi casa o envíame una nota para saber que ella está aquí.

Clara asintió con la cabeza.

Sebastián escribió la dirección de su casa a Clara y le dio la nota.

—¿Sucedé algo grave? —quiso saber Clara, ya que no entendía la razón de su urgencia.

—Tengo un asunto importante que hablar con ella.

Clara asintió, pero no pudo dejar de sentirse preocupada e intranquila: tenía el presentimiento de que algo no estaba bien. Tomó ambas notas y las guardó en el bolsillo de su falda.

Habían pasado tres días desde que Katherine se había marchado a Worcestershire, y aún no había regresado. Sebastián había acudido el día anterior al mismo club en donde Katherine le había coqueteado; no pensaba encontrarla ahí pero, ya que ella no había regresado, decidió aprovechar esos días para reunir una muy buena cantidad de dinero para invertir en su nuevo negocio, y hasta más. Como de costumbre en los últimos días, Andrew llegó a la casa de Sebastián para almorzar juntos y luego terminar de hacer los nuevos planes sobre su nueva adquisición. Aunque la naviera no iba a ser totalmente de su propiedad, ambos tenían nuevos planes y debían informarlos al otro propietario, ya que Andrew viajaría la siguiente semana para finalizar el contrato. Sebastián moría de ganas de ir a con Andrew a Estados Unidos, pero temía no llegar a tiempo para su boda. Aunque Andrew moría de ganas de ver a Clara, nunca lo mencionó, aunque ambos sabían que volvería a tiempo.

Katherine regresó con su madre por la tarde y decidió descansar por unas horas, ya que tenía pensado salir por la noche. El viaje con su madre le había resultado exasperante, ya que no pudo ponerse de acuerdo con aquella ni con su suegra en ciertos detalles relacionados con la boda. Necesitaba distraerse. Clara entró en la habitación de Katherine; no era la primera vez que lo hacía esa tarde, ya que esta había estado dormida y no quería despertarla. En

ese momento se encontraba despierta, pero aún en la cama.

—Katherine, Sebastián vino a visitarte.

—Mi padre me comunicó que vino a visitarme y que tenía urgencia de hablar conmigo.

—Te ha dejado una nota conmigo. —Clara tomó la nota y se la dio.

Katherine se sentó apoyando la espalda en el respaldo de la cama y unas almohadas para leer la nota.

—¿Irás a visitarlos? ¿Le mando una nota para que te haga una visita? —quiso saber Clara.

Katherine negó con la cabeza.

—Nada de eso: mañana nos reuniremos para el almuerzo, y allí podremos hablar.

—Parecía urgente Kathy; sería mej...

Katherine la interrumpió.

—Tranquila, Clara. Mañana hablaré con él; además, hoy planeo salir.

—No quiero que vayas hoy, por favor, Kathy. Tengo un mal presentimiento.

—Nada me sucederá; además, he visto a Sebastián y a Andrew todas las noches que asistí a los clubs, y ninguno de los dos me ha abordado.

—¡Katherine, por favor, no vayas!

—No me lo vas a impedir —le aseguró—. Y te prometo que iré hoy, y no volveré a salir hasta la siguiente semana.

—Iré contigo en ese caso: tengo un mal presentimiento.

Luego de la cena y de que todos estuvieron en sus aposentos, Clara esperaba como de costumbre a Katherine en la puerta de servicio. Clara vestía uno de sus vestidos sencillos; tomó una capa negra antes de salir de su habitación. Fijó su mirada en un papel que tenía en una mesa junto a la cama y lo tomó: era la nota que le había dejado Sebastián con la dirección de su casa y la echó en el bolsillo. No entendía por qué, pero tenía un mal presentimiento, y no quería dejar a su amiga sola. Aunque no pudiera entrar al club, al

menos la vigilaría más de cerca si la acompañaba, si bien Katherine le aseguraba que era innecesario.

Katherine había decidido volver nuevamente al club The New City, ya que, de todos los clubs a los que había asistido, en este había sacado una mayor cantidad de dinero, y suponía que se debía a que ahí solo asistían los caballeros con un buen estatus social, especialmente esos que poseían algún título o lo heredarían. Katherine entró al lugar; dio un recorrido por el salón con la vista y tomó asiento en una de las mesas del fondo. Al llegar allí, no le sorprendió ver cómo algunos llegaban y la desafiaban. Para su desgracia, ella siempre les ganaba, y los pobres se iban enfadados mascullando maldiciones. De momento, todo resultaba muy bien. A pesar de que habían sido pocos a los que se había enfrentado, tenía una buena ganancia, ya que los pocos caballeros con los que había jugado le habían resultado provechosos. Subió su mirada al nuevo caballero que se acercó a la mesa y, para su sorpresa, encontró un rostro conocido frente a ella. El hombre era el regordete desagradable con el que se había encontrado un mes atrás y la había desafiado. Este no era para nada un caballero de la aristocracia o de la alta sociedad.

—Nos volvemos a encontrar nuevamente, jovencito —le dijo mientras sus labios se curvaban dibujando una sonrisa.

—Es inevitable, ya que compartimos el mismo gusto por el juego y por las apuestas. —Katherine no lograba entender qué hacía ese hombre ahí, ya que suponía que solo los aristócratas asistían al club, y este ni siquiera vestía ropas finas.

El hombre puso unas fichas en la mesa y tomó su baraja, estudiándola rápidamente.

—Le tengo un negocio, joven.

—No estoy interesado, ¡gracias!

—Déjeme al menos explicarle —insistió.

—No es necesario: ya le he dicho que no estoy interesado.

El hombre sonrió.

—Hagamos un trato: si yo gano esta partida, usted aceptará hablar y jugar con mi jefe.

—¿Y si yo gano?

—Lo dejaré marchar.

Katherine aceptó. Estaba confiada en que podía ganar, y lo que tenía que hacer era simple: le ganaba y se libraba de él. Pero, para su sorpresa, el hombre resultó ser muy tramposo. Ella ya lo había comprobado anteriormente. Cuando Katherine creyó que ya tenía la partida ganada, él hizo un último movimiento y le ganó. Katherine sintió un hueco en su estómago, y una sensación de temor le caló los huesos al ver la sonrisa de aquel hombre, que mostraba unos desagradables dientes amarillos.

—Es momento de que cumpla el trato, jovencito.

El regordete se levantó y dirigió su vista hacia la entrada del salón en donde estaba el otro hombre que lo había acompañado la última vez. Le hizo un gesto con la mano, y este se acercó con otro a su espalda. Ambos se hicieron a un lado y visualizó al tercero. Katherine no podía contener el miedo al ver la cara de aquel hombre, ya que era difícil de olvidar, especialmente por aquella cicatriz en la mejilla. Al verlo, sintió náuseas; su mirada era muy amenazante y dura. El hombre se acercó a la mesa, y el regordete les hizo señas a los demás para que se fueran; en un instante, solo quedaban ellos y el encargado de la mesa.

—Nos volvemos a encontrar, joven —le dijo Manríquez con una sonrisa.

—Eso veo, caballero...

—Manríquez, por favor: ese es mi nombre, y ellos son August y Filliet. —Señaló a los hombres —¿Y su nombre es...?

—¿Acaso eso importa? ¿Qué desea de mí?

—Hacer un par de negocios, jovencito, pero primero jugaremos de forma amistosa sin dinero ni apuesta; solo deseo verificar que los rumores son reales.

—¿Con qué fin?

—Negocios, como ya le comenté.

—Debo irme pronto, así que démonos prisa.

—Bien, empecemos entonces.

Katherine asintió.

Luego de haber dicho eso, el tipo regordete le pidió al encargado que se retirara de allí, y este obedeció luego de unos minutos. Katherine y Manríquez jugaron unas cuantas partidas. Katherine comprobó que no era un tipo fácil, pero ella sabía cómo ganarle aunque, con sus trampas, le era muy difícil. No se esperaba menos de él, siendo el jefe de esos dos hombres, aunque poco a poco iba descubriendo sus trampas. Katherine pensó que ya era momento de que Manríquez le dijera de qué se trataba todo eso, y en ese momento se decidió a hablar.

—¿Qué clase de negocios quisiera hacer conmigo?

—Por lo que veo, usted no me conoce; soy el dueño de la mayoría de los burdeles y clubs de por aquí, bueno, de aquellos en que puedes encontrar un poco más de diversión que en este —se explicó. Katherine sabía de cuáles hablaba—. Y, siempre que un nuevo caballero que no pertenece a la aristocracia ni tiene un estatus social empieza ganar de la forma en que lo hace usted, me interesa saber quién es y sus intereses, ya que solo juega para ganar dinero y no adquiere ninguna diversión.

—¿Quién le asegura que no pertenezco a la aristocracia o a la alta sociedad y por qué su interés por mí? —preguntó Katherine.

—Pues, verá, me gustaría contratarlo para que trabaje en uno de mis clubs. Usualmente todos presumen de lo excelentes jugadores que son.

—Recuerde que me oculto; puede estar hablando con el príncipe. ¿Y trabajar de qué forma? —Aunque a Katherine no le interesaba, quería saber qué planeaba aquel desagradable hombre. Manríquez se inclinó hacia ella.

—Usted jugará para mí en mis clubs; yo le daré una cierta cantidad de dinero, y usted apostará con esta suma. Conociéndolo, sacará una buena cantidad de dinero, y así me hará ganar dinero a mí.

—¿Y qué gano yo?

—La mitad de las ganancias.

—No me interesa, muchas gracias. Si ya no tiene más que decir, me retiro. Con su permiso. Kathy se levantó de la silla, pero en ese momento vio llegar al regordete y su acompañante para detenerla.

—Me temo, caballero, que no es tan sencillo retirarse sin consecuencias, ya que resulta que ha venido ganándoles a mis hombres y me ha hecho perder mucho dinero. Así que le sugiero que acepte mi propuesta.

—¡Le he dicho que no me interesa!

Katherine se abrió paso entre los dos hombres, cambió las fichas, tomó el dinero y caminó rápidamente para salir del salón, sintiendo a sus espaldas a los dos hombres de Manríquez que la seguían. Dio una ligera mirada sobre su hombro y se detuvo en el vestíbulo para recoger su capa, y salió rápidamente de ahí. Pensó que los dos sujetos habían dejado de seguirla al menos por el momento; recordó que Clara la esperaba en la entrada de club en el carruaje y que, al llegar con ella, ya no correría más peligro. Cruzó la puerta de entrada y visualizó el vehículo, que se encontraba a una corta distancia. Allí observó a Clara, que la esperaba fuera, con la capa, que tapaba su rostro, observando la entrada del lugar junto a Joan, el cochero.

Katherine caminó rápidamente sin perder de vista el carruaje pero, antes de que pudiera percatarse, sintió cómo fue atraída hacia un cuerpo duro y fuerte, y una mano grande tapó su boca. Katherine fue llevada a la rastra a un carruaje que se encontraba en dirección opuesta a donde estaba Clara. Observó a Clara aterrada esperando que ella la hubiera visto salir de aquel lugar y que había sido secuestrada.

Clara observó a Katherine salir de club; sintió alivio al verla, pero le duró poco al ver cómo había sido abordada y estaba siendo llevada por tres hombres hacia otro carruaje: estaba siendo secuestrada. Observó muy bien a los hombres y, justo cuando iba a alertar a Joan, él habló: —Es Manríquez Durrol y sus hombres —le

dijo angustiado frunciendo el ceño.

—¿Quién? ¿Lo conoces?

Joan asintió con la cabeza.

—En realidad no, pero sí sé quién es: él es uno de los tipos más peligrosos de por aquí y, si la quiere, es porque ella se ha negado a negociar con él. El hombre tiene fama de peligroso.

Pe-li-gro-so fueron las palabras que se clavaron en la mente de Clara; sintió su cuerpo estremecer de temor.

—¡Qué cosas dices, Joan! ¿Y ahora qué hago?, ¿cómo la rescato?

—Temo que eso es algo que usted no puede hacer; él es un hombre peligroso. Debéis buscar ayuda. —Se detuvo a pensar—. Conozco a ciertos hombres que saben adónde la pueden llevar, pero es muy peligroso: no lo puedes enfrentar sola.

Clara se puso tan blanca como un papel; estaba aterrada. No sabía a quién pedirle ayuda. Pensó en el conde pero, si lo hacía, ambas estarían en grandes problemas, y por no decir que ella e incluso toda su familia sería despedida por haber ocultado el hecho de que Katherine saliera por las noches a esos lugares y por ponerse en peligro. Pero su amiga corría peligro, y no sabía qué hacer. Si la seguía, hasta ella podrían estar ambas en peligro. Caminó de un lado para otro junto al carruaje; metió la mano a su bolsillo y sintió el papel. Al sacarlo, recordó la nota que Sebastián le había dado: tenía escrita la dirección de su casa; enseguida pensó que él era el único que podría ayudarla.

Rápidamente caminó hacia Joan y le dio la nota.

—Llévame rápidamente aquí: iré por ayuda. —Y se subió al carruaje.

Al llegar a la casa de Sebastián, Clara se lanzó del carruaje; caminó hacia la puerta y tocó con fuerza la puerta. Al ver que no obtenía respuesta rápido, se estremeció y sentía que sus lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos. No podía perder más tiempo: su amiga estaba en peligro y no sabía a quién más acudir por ayuda. Siguió tocando la puerta con fuerza y, luego de un par de minutos, un mayordomo adormecido y malhumorado abrió la puerta.

—¿Qué se le ofrece, señorita? —le preguntó en un tono brusco.

—Necesito hablar con Sebastián. —Clara olvidó todas las normas de etiqueta.

—Espere aquí, señorita, y deme un momento: milord esta con una visita en este momento.

Al ver que el mayordomo la iba hacer esperar, Clara se escabulló por entre la puerta, ya que su pequeño y delgado cuerpo la ayudaban, y entró a la casa.

—Me urge verlo: es una emergencia sobre su prometida.

Capítulo diecisiete

Sebastián había pasado toda la tarde con Andrew después de haber almorzado. Andrew había recibido una carta del señor Scott, en donde le indicaba que su cuñado viajaría junto con sus abogados dentro de unos días para firmar los papeles de la venta de su parte de la naviera, por lo cual ambos habían estado redactando distintos documentos sobre la nueva administración, los beneficios y cambios que podrían realizar. Ambos tomaban una copa de brandy cuando escucharon que tocaban la puerta con insistencia.

—Demonios, Sebas, ¿acaso esperas visitas? —le preguntó Andrew al escuchar la puerta.

—No, solo espero noticias de Katherine, pero es un poco tarde y no creo que sea ella. —Sebastián se levantó y caminó en dirección a la puerta, y Andrew salió tras él. Al llegar al pasillo que daba con el vestíbulo, escucharon la voz de Clara decir que era una emergencia. Sebastián sintió una opresión en su pecho y se dirigió rápidamente hasta ellos.

—Señorita, le he dicho que el joven tiene visitas —le insistió.

—Me importan un carajo sus visitas. ¿Dónde está? Necesito hablar con él.

Antes de que el mayordomo pudiera hablar, Sebastián interfirió.

—¡Clara! ¿Qué sucede, qué haces aquí?

Clara desvió la mirada hacia la voz y vio a Sebastián junto a Andrew. Se dirigió hacia ellos.

—Ka... ka... Katherine ha sido secuestrada y, por lo que me ha dicho Joan, fue un tal Manríquez Durrol, un hombre peligroso.

—¿Qué dices, Clara? ¡Durrol! ¡Maldición! Lo había olvidado.

—¿Qué sucede, Sebastián?, ¿Katherine conoce a Durrol? —quiso saber Andrew.

—No, no lo conoce, bueno, algo así; ya luego te explicaré. Ayúdame a salvarla —le pidió rápidamente Clara.

—Clara, cuéntame qué sucedió.

Clara le explico rápidamente a Sebastián lo sucedido, sobre que había salido a jugar y sobre lo que había visto. Sebastián sintió nuevamente la opresión y un dolor en el pecho; su angustia aumentó al escuchar que ese tipo tenía a Katherine. Sabía que era muy peligroso, y Clara le había confirmado que Katherine era la enmascarada. Recordó el encuentro que había tenido Katherine en uno de los clubs con Manríquez Durrol, y su estómago dio un vuelco. Katherine estaba en peligro, y tenían que actuar rápidamente.

—¿Sabes dónde está o dónde la han llevado?

—No, no lo sé, pero Joan conoce quién puede saber dónde la llevaron.

Sebastián le ordenó al mayordomo que le alistarán su carruaje y entró nuevamente a la biblioteca. Se dirigió hacia el escritorio; abrió uno de los cajones, de donde sacó un par de armas. Las revisó y le dio una a Andrew. Luego salió en busca de información para encontrar a Katherine.

Después de que Katherine había sido llevada a la fuerza al carruaje de Manríquez, la amarraron y la amordazaron. Su sombrero cayó al ser arrojada al suelo. Ese día había decidido trenzar su cabello, así que su larga trenza cayó sobre su hombro. August la levantó y la sentó en uno de los asientos.

—¡Vaya!, ivaya!, con que tenemos a una damita. —Manríquez se sentó frente a ella y la miró con malicia—. Esto va ser muy provechoso.

August se sentó junto a ella luego de que la amordazó, y le dedicó una sonrisa con sus dientes amarillos. Katherine sintió náuseas al verlo.

—Jefe, si se sigue oponiendo a trabajar para nosotros, puedes ponerla a trabajar en uno de los burdeles. No tardará mucho en dejar de resistirse.

—Buena idea, August, pero primero le daré la oportunidad para que elija.

—Bueno, si decide mandarla al burdel, me gustaría usarla.

—No seas tan ansioso.

El hombre alto llamado *Fillit* subió y se sentó junto a August, y el carruaje comenzó a moverse.

Katherine observó todo a su alrededor, especialmente a sus secuestradores. Escuchaba a medias lo que los hombres iban hablando, ya que sus latidos eran tan fuertes que retumbaban en su cabeza y la soga le lastimaba las manos. Los observó uno a uno e intentó tranquilizarse, ya que temblaba de miedo; pensó en Clara y en que ella iría por ayuda. Estaba segura de que su amiga la había visto; respiró profundo para mantener la calma. Katherine sabía muy bien que ese hombre era peligroso y que le haría daño si ella no aceptaba sus condiciones.

Katherine sintió el carruaje detenerse; vio a Manríquez bajarse y seguidamente la bajó Fillit. Se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas. La habían llevado a unas bodegas que se encontraban en el muelle, ya que Katherine podía ver el piso de madera. August abrió una de las puertas de las bodegas y metieron a Katherine ahí. El lugar era desagradable; su olor también lo era. Se mezclaba el olor del Támesis junto con el de los desperdicios y el de otras inmundicias. Dentro de la bodega había un par de sacos llenos, una mesa con dos sillas y un montón de paja, que simulaba una cama. La habitación apenas estaba iluminada por una lámpara de aceite. Fillit dejó caer a Katherine en la montaña de paja y luego se colocó en la puerta. Manríquez se sentó en la silla que estaba frente a ella y la observó con una sonrisa. August se sentó en la silla libre. Todo indicaba que Fillit era el que se encargaba de los trabajos sucios junto con August; parecía que aquel no tenía fuerza ni para matar una mosca. Katherine sintió náuseas al ser tirada al montón de paja y observó a Manríquez hacerle señas al regordete. Este se levantó y le quitó la bolsa con el dinero con una enorme sonrisa.

—Un magnífico botinazo el que hemos encontrado —dijo dándole la bolsa a Manríquez.

Manríquez tiró la bolsa en la mesa, se levantó y se acercó a

Katherine para observarla bien. Katherine le lanzó una mirada desafiante. Él sonrió y la tomó de la barbilla.

—Por lo que veo, esta señorita es un mejor botín, ya que es una damita fina de la aristocracia, o eso parece. ¿Será que su familia pagará una buena fortuna por ella o, algo mejor, le podría sacar un buen provecho en uno de mis burdeles como me lo recomendaste, August?

—Estoy seguro de que le sacaré un mejor provecho en uno de sus burdeles, jefe, y, si es virgen, mucho mejor: pagarán muy bien por ella.

—La idea es muy tentadora, pero de momento veremos qué puedo hacer con ella. Primero quiero ver quién se oculta tras esa máscara. Si acepta trabajar conmigo, a lo mejor si acepta ganar dinero en las apuestas y compartir mi cama, le vaya muy bien y puede ser que la devuelva a su casa.

Katherine se estremeció al escuchar la conversación de los dos hombres; debió haber obedecido a su amiga y su mal presentimiento. Pensó en Sebastián: debió haberlo visitado esa noche o al menos comunicarle que ya estaba en Londres. No lo había visto en el club, ni a él ni a Andrew; al menos, si alguno de ellos hubiera estado ahí, les hubiera pedido ayuda. Fuera cual fuera la decisión que tomara, iba a tener que renunciar a Sebastián si no era rescatada.

Luego de que Joan los llevó a lo del caballero que tenía información sobre Manríquez, se dirigieron hacia los muelles. Al llegar allí, detuvieron los carruajes lejos de las bodegas. El cliente de Joan le había indicado que Manríquez tenía unas bodegas, donde hacía el trabajo sucio. Esto lo sabía porque, para su desgracia, él había sido sometido allí con anterioridad por un mal negocio con Manríquez. Sebastián tuvo que darle una gran cantidad de dinero para que hablara, ya que el caballero temía que, si Manríquez se enteraba de que él había hablado, le iría muy mal nuevamente. El hombre aún presentaba moretones en su cara.

—Lo más probable es que no esté solo; para él trabajan dos

hombres y casi nunca se le despegan. El regordete es un inútil, pero tengan cuidado con el grande: ese golpea demasiado duro —les advirtió, sosteniendo una costilla que, al parecer, aún no estaba del todo curada.

Luego de haber obtenido toda la información que necesitaban, Sebastián estaba analizando la situación para poder trazar un plan para sacar a Katherine de ahí, si realmente había sido llevada a las bodegas. Al saber que solo eran dos hombres y Manríquez, pensó que él y Andrew podían contra ellos. Ya conocían a los hombres y no se veían muy peligrosos. Sebastián una vez se había enfrentado a Manríquez cuando había rescatado a su hermano, aunque esta vez era diferente, ya que en esa ocasión Manríquez estaba acompañado y podían estar armados. Andrew y Sebastián eran muy buenos con los puños debido a que, de vez en cuando, asistían al club de boxeo. Practicaban este deporte por diversión y, mientras habían estado en Estados Unidos, era uno de sus ejercicios de rutina. Aun así, no podían enfrentarlos; sí ser precavidos, ya que podían poner en peligro a Katherine. Sebastián observó a Clara, y se le vino a la idea a la cabeza: pensó en usarla como señuelo, y así atraer a los hombres. No duraron ni un segundo en aparecer las quejas por parte de Andrew, ya que era muy peligroso para ella y, por su parte, Joan también protestó. En cuanto a Sebastián, les informó de su idea; si hubiera sido en otras circunstancias, se hubiera reído y disfrutado de ver la cara de su amigo y verlo protegiendo a Clara. Ambos la querían cuidar pero, en ese momento, para Sebastián, lo más importante era Katherine, ya que sabía que ese hombre era capaz de cualquier cosa. Clara no dudó en brindarle su ayuda.

Según la información que les habían brindado sobre Manríquez y sus hombres, a la mayoría de las víctimas las atacaban por sorpresa, las amordazaban para que no pudieran defenderse mientras hacían el trabajo sucio. Usualmente era Manríquez el que golpeaba cobardemente a sus víctimas mientras estaban atadas pero, cuando las cosas se le salían de control, quien se hacía cargo era el hombre más grande. Difícilmente el regordete golpeaba, ya que era el inútil

que solo los atraía.

Antes de bajar del carruaje, donde habían estado planeando la forma de rescatar a Katherine, Sebastián había sacado de una bolsa unos antifaces negros y les había entregado uno cada uno. De casualidad habían quedado unos en el carruaje del baile de cumpleaños de su madre, y Sebastián pensó que, al no saber quién rescataba a Katherine, no se darían cuenta de quién era ella, suponiendo que aún no le hubieran quitado la máscara. Sebastián le dio a Clara una pequeña arma, que llevaba en la bota. Usualmente la llevaba cuando iba a apostar, ya que nunca se fiaba de muchos de los lugares adonde iba y le dijo que solo la usara si fuera necesaria. Clara, que en un principio se había negado a aceptarla, al ver que Andrew la obligaría a quedársela como prevención, no tuvo más remedio que aceptar, aunque era inútil, ya que no sabía usarla.

Sebastián, Andrew, Joan y Clara caminaron hacia las bodegas a lo largo del muelle y, luego de haber inspeccionado algunas bodegas, Andrew se acercó a una apenas iluminada; escuchó voces provenientes de allí. Con una seña le indicó a Sebastián que estaban en esa bodega, luego de haber observado, por una de las rendijas que se formaban entre dos tablones de madera, la silueta de Manríquez de cuclillas frente a Katherine. Este le estaba tocando el rostro; le tenía una mano en la barbilla, haciendo que lo mirara, lo cual hizo hervir la sangre de Sebastián. Aunque Andrew le pidió que se tranquilizara, Sebastián no encontraba la forma de hacerlo. Deseaba tumbar la puerta y golpear a Manríquez, pero no podía entrar impulsivamente, ya que esto podría ser muy peligroso para Katherine. Tenían un plan un tanto arriesgado, principalmente porque aún Andrew y el cochero se oponían, y no era para menos. Pero Clara estaba muy segura de querer rescatar a su amiga. Sebastián pudo notar que a Katherine aún no le habían quitado la máscara, y eso le dio un poco de tranquilidad. Aunque Manríquez ya se había enterado de que era una mujer.

Manríquez sostenía la barbilla de Katherine, quien mantenía la mirada fija en la de él. Podía notar que Katherine temblaba como

una liebre, pero aun así era desafiante.

—Es momento de ver qué bello rostro esconde esa máscara —le dijo con una sonrisa.

—Debe ser muy hermosa y, además, se ve refinada —agregó August.

—No tengo dudas de que es hija de un aristócrata, y se nota que tiene un hermoso cuerpo. —Le dio un vistazo de arriba abajo—. Tiene unos hermosos ojos.

—Jefe, ¿va a convertirla en su amante?

—Puede ser que le saque un buen provecho; hace mucho que no tengo una palomita fina. —Manrique subía la mano por la mejilla lentamente para quitarle la máscara, y Katherine empezó a mover la cabeza.

—Es una gatita salvaje por lo que veo.

—Sí, August, aunque ya sabes que se me da muy bien domar este tipo de fierecillas, principalmente en la cama y con un par de azotes.

Katherine no solo sentía náuseas por el lugar donde estaba o por el olor que penetraba en el aire, sino también por sentir las manos de ese hombre tocarla, especialmente por todo lo que decía de ella. No quería ser tocada por otro hombre que no fuera Sebastián, y mucho menos golpeada. Lamentó el hecho de que Sebastián aún no le hubiera hecho el amor aún ya que, si ese hombre la violaba, al menos hubiera sido Sebastián quien se hubiera llevado su virginidad y ella se la hubiera entregado por amor.

Clara tocó la puerta de la bodega; llevaba la capucha puesta y el antifaz y, con la ayuda de la oscuridad del lugar, era imposible verle el rostro, algo favorable para el plan. Luego de haber tocado la puerta un par de veces, el tipo alto salió y miró a Clara detalladamente.

—¿Qué se le ofrece, mujer? —Su tono era malhumorado.

—Disculpe, ando buscando a mi hermano. Se llama Marcus. Me dijeron que tenía una bodega aquí y lo han visto hace un par de horas.

—No, mujer, no está aquí ni lo conozco.

—¿Está seguro? Mire, mi hermano es igual de alto que usted y más delgado; su pelo es negro, muy negro.

—No, mujer, le repito que no está aquí.

—¿Seguro que no lo ha visto? Mi madre está muy enferma y desea verlo.

—Maldición, Fillit, ¿por qué te demoras tanto? —escucharon decir a Manríquez.

—Es una mujer que busca a su hermano, pero ya se va.

—Espero que sea así; si no, le irá muy mal.

—Yo me puedo encargar de ella, jefe —se ofreció August.

—Tú quédate aquí; que Fillit se encargue. Fillit, si quieres hacer algo con ella, solo avísame —le ordenó Manríquez.

El hombre volvió a concentrarse en Clara.

—Vea, mujer, le recomiendo que se vaya: este no es lugar para una mujer.

—¿Podría acompañarme a mi carruaje? El cochero me trajo hasta aquí, pero se volvió rápido, ya que pensó que mi hermano estaba aquí y temía dejar el carruaje solo.

El hombre suspiró; la tomó del brazo y caminó con ella a una cierta distancia para alejarla de la puerta.

—Mujer, no quiero hacerle daño así qu...

Sebastián se acercó sigilosamente y le dio un golpe con la culata de la pistola en la nuca, que lo dejó inconsciente. Al parecer, el tipo no era tan bueno como se decía.

—¡Uno menos! —exclamo Sebastián—. No fue tan difícil.

—¡Con esa distracción atrapan a cualquiera! —protestaron Andrew y Joan.

Realmente Andrew tenía un buen rival, según pensó Sebastián.

Joan amarró a Fillit y, con ayuda de Sebastián, lo metieron detrás de unas cajas mientras Andrew se mantenía vigilando la entrada y Clara estaba muy cerca de él, pero no lo suficiente para salir lastimada.

—¡Hey, Fillit!, ¿dónde andas? —Andrew observó al regordete salir

de la bodega en busca de su amigo—. Si te fuiste a revolver con esa mujer, no te perdonaré no haberla compartido.

Andrew sintió que le hervía la sangre por sus palabras y, sin pensarlo, le lanzó un derechazo que lo dejó inconsciente y lo hizo caer frente a la puerta.

El ruido provocado hizo que Manríquez se olvidara de su presa; se levantó y caminó hacia la puerta. Enfrentar a Manríquez hubiera sido una tarea difícil, pero no imposible, ya que sabían muy bien quién era y Sebastián no le tenía miedo. Además, por Katherine era capaz de enfrentar hasta al mismísimo demonio si fuera necesario.

Mientras Joan y Andrew amarraban a los otros hombres, Manríquez salió a observar qué sucedía. Sebastián aprovechó la oscuridad, y se paró a la par de Manríquez, al cual le puso el arma en la sien.

Manríquez soltó una carcajada.

—Estaba seguro de que era importante la damita.

—No solo importante: ella es mi vida —le aseguró Sebastián.

—A tu vida le gusta el peligro y jugar con este.

—Eso es lo que la hace especial y me gusta de ella.

Manríquez metió la mano en su chaqueta para sacar un arma. Andrew, que lo observó, se colocó al frente y le apuntó.

—Si yo fuera usted, no me arriesgaría, así que tire eso al suelo. —Le señaló el arma con la cabeza.

Manríquez sonrió.

—Está muy bien cuidada su vida, aunque debió vigilarla mejor, ya que se le escapó y yo la capturé.

—Mejor de lo que pensaba, y le aseguro que no volverá a escapar, ya que me aseguraré de eso.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar por ella? —le preguntó Manríquez tirando el arma al suelo.

Sebastián arqueó una ceja.

—No tiene precio. —Se lanzó contra Manríquez y le dio una buena golpiza, en la que no tardó ni cinco minutos en dejarlo inconsciente.

Mientras Sebastián abatía toda su furia contra Manríquez, Clara

entró. Localizó a Katherine con la mirada y corrió hacia ella. Se agachó para desatarle la mordaza de su boca.

Katherine trató de respirar profundo para liberarse de las náuseas y soltó un suspiro de satisfacción.

—¡Clara!, ¿cómo me habéis encontrado?

Clara le desataba las manos.

—No he sido yo —le aclaró Clara entre sollozos.

Katherine sintió ganas de llorar al ver a su amiga. Sus lágrimas se aproximaban a sus ojos, derramando algunas. Clara la desató y la ayudó a levantarse. Juntas caminaron hacia la puerta. Por la cabeza de Katherine rondaban muchas preguntas, pero de momento no preguntó nada. Al llegar a la puerta, escuchó la voz de Andrew, que le pedía a Sebastián que se detuviera. Se estremeció al darse cuenta de que Sebastián estaba ahí, aunque su primer impulso fue correr y abrazarlo. Ya no le importaba que se diera cuenta de que ella era la enmascarada. Solo quería sentir la protección de sus brazos pero, al salir, vio a Andrew quitándolo de encima de Manríquez, que ya estaba inconsciente.

—Maldición, Sebastián, déjalo: ya el muy cobarde está inconsciente.

—¡Se... Sebastián! —Katherine caminó hacia él, y Sebastián se volteó y se dirigió hacia ella. La tomó en sus brazos con fuerza y le dio un beso, que la devoró con pasión. Estaba muy aliviado de que estuviera sana y salva, pero también muy enfadado con ella por haberse puesto en riesgo y por no haberlo buscado cuando él se lo había pedido. Sintió el impulso de castigarla y de hacerla suya en ese mismo instante.

Todos los miraron sorprendidos.

—No vamos antes de que despierten —dispuso Andrew. Sebastián reaccionó y soltó a Katherine.

Amarraron a Manríquez junto con los demás hombres y los dejaron en la bodega. Estaban seguros de que pasarían la noche sin ser encontrados. Al llegar a los carruajes, Sebastián subió a Katherine a su carruaje sin decirle palabra alguna.

—Andrew, lleva a Clara a casa de Katherine.

—No es necesario: yo puedo llevarla —protestó Joan.

—Él también va —le dijo Sebastián y se dirigió a Clara-: Necesito hablar con Katherine de un asunto muy importante, así que la llevaré yo personalmente a mi casa.

—¿No puedes esperar a mañana, Sebastián? Ya es tarde y...

—No, Clara. —Negó con la cabeza—. Mira lo que sucedió por esperar; te prometo que estará ahí al amanecer.

—Está bien, Sebastián, estaré esperando por ella para que no tenga problemas.

—Descansa, Clara: también ha sido una larga noche para ti.

—Lo intentaré. Gracias por todo, Sebastián, y principalmente por haberla rescatado.

—No tienes que agradecer. Sabes que la cuidaré más que a mi vida. Ahora ve con Andrew: él te llevará a casa de Katherine.

Clara asintió.

—Dije que yo puedo llevarla; no es necesario que él venga —protestó nuevamente Joan.

—Mira, muchacho, creo que mi amigo ya te dejó claro que yo iré con ella, ya que él necesita intimidad con su prometida y, si te opones a llevarme, te aseguro que buscaré otro coche y llevaré a Clara conmigo.

Andrew quería, y necesitaba, esos minutos que iba a tener a solas con Clara en el carruaje, y no iba a permitir que un desconocido se lo impidiera, y menos aun cuando todavía la adrenalina corría por su sangre. Hacía mucho que no se sentía así, y ver a aquel hombre que se creía tener derecho sobre Clara lo hacía sentir enfadado y ¿celoso?

Sebastián observó a su amigo con atención; sabía que luego se reiría de él. ¿Acaso estaba celoso? Cómo iba a disfrutar de eso... pero de momento tenía asuntos pendientes con su prometida y no iba a perder el tiempo burlándose de Andrew. Sebastián vio alejarse el carruaje donde iban Andrew y Clara; dio un vistazo perspicaz alrededor de muelle y se subió su carruaje, donde Katherine lo

esperaba. Se sentó frente a ella en silencio y la observó dibujando una pequeña sonrisa en sus labios. Katherine lo observó tratando de descifrar lo que decía su mirada, pero le fue imposible.

—Sebastián —dijo tratando de hacer romper el silencio. —Yo... yo...

—Shhh, No digas nada, descansa un poco.

Ella asintió con la cabeza y se llevó las manos al rostro para quitarse la máscara. Sebastián se inclinó hacia el frente y le detuvo la mano.

—Déjala ahí, por favor.

El silencio se hizo incómodo; Katherine no podía dejar de mirar a Sebastián. Su mirada era inexpresiva, pero tenía dibujada esa sonrisa en sus labios, y no era cualquier sonrisa: era su sonrisa burlona. Katherine podía notar que él planeaba algo, y eso a Katherine no le agradaba, aunque se sentía segura de estar a su lado. Por un momento pensó que Sebastián la llevaría con su padre pero, si hubiera sido así, ¿por qué no habría llevado a Clara? Aunque, si llevaba a Clara, sabía que tendría consecuencias por haber sido su cómplice y haberla ayudado a salir. Katherine se sintió muy nerviosa al no saber qué iba a ser su destino, ya que Sebastián podría cancelar el compromiso.

—¿Me llevarás con mi padre? —quiso saber, pero solo obtuvo silencio.

Ya no eran nervios ni temor: era rabia lo que estaba empezando a sentir. ¿Qué diablos pasaba con Sebastián? ¿Qué estaba planeando hacer con ella? Y esa maldita sonrisa que cada vez se agrandaba más, ¿y por qué aún no se había quitado ese maldito antifaz?

Katherine estaba a punto de lanzarse contra Sebastián y darle de golpes cuando el carruaje se detuvo. Sebastián abrió la puerta, salió y le indicó que bajara. Ella se movió y se detuvo en la entrada del vehículo. Observó el lugar: estaban en South Audley, y allí no estaba la casa familiar de Sebastián. Pero, antes de que pudiera decir algo, Sebastián la alzó en sus hombros y la llevó hacia la casa. Realmente, Katherine no sabía dónde se encontraba; no conocía el lugar.

Visualizó unos escombros en la entrada de la casa; cuando Sebastián tocó la puerta, se detuvo unos minutos y luego entró sin esperar respuesta.

Luego de haber llegado al pie de las escaleras, un hombre de mediana edad se acercó a él.

—Lord Beckham, ¡qué sorpresa!, no lo esperaba hoy —le dijo mirando al pequeño bulto que llevaba Sebastián en su hombro.

—Descuida, Nicolás, no pensaba hacer una visita, pero sucedió algo. ¿La habitación principal está lista?

—Esta mañana he puesto sábanas limpias y la he limpiado, pero aún faltan...

Sebastián le hizo un gesto para que callara; bajó a Katherine y se acercó a él para susurrarle: —Por cierto, Nicolás, ella es la futura lady Beckham. Luego los presentaré mejor.

El hombre sonrió y se retiró. Luego de que el mayordomo se retiró, Sebastián levantó nuevamente a Katherine al hombro y la llevó escalera arriba. Katherine observó que en la casa estaban haciendo pequeñas remodelaciones. Prácticamente, la casa estaba desierta si no fuera por el tal Nicolás que, al parecer, era el mayordomo.

—Sebastián, bájame, yo puedo caminar: no es necesario que me subas.

—Hermosa, yo te llevaré.

—Sebastián, bájame: tengo náuseas.

Sebastián cambió de lugar a Katherine y siguió escalera arriba con Katherine en brazos.

Capítulo dieciocho

Sebastián permaneció en silencio mientras subía las escaleras; no hubo ni una sola palabra, ni una sola respuesta. Caminó por el pasillo hasta llegar al fondo y se detuvo en la puerta de la que parecía una de las habitaciones principales. Abrió la puerta y entró en la habitación. Se giró para cerrarla con llave, lo que asustó a Katherine, que aún estaba en sus brazos; caminó hacia la gran cama y la colocó ahí suavemente. Se dirigió a una de las mesas y se quitó el antifaz. Katherine había pensado que aún lo llevaba para que el mayordomo, al verlos a los dos disfrazados, no sospechara algo. Pero aún no tenía respuestas de Sebastián, que permanecía en silencio. Sebastián se quitó la chaqueta y el chaleco, y los dejó en una silla cercana.

Katherine se incorporó en la cama para observarlo.

—Sebastián, ¿me puedes decir dónde estamos?

Sebastián la miró con una sonrisa mientras se sacaba el arma del pantalón. Luego se fue al lavabo y se limpió los nudillos, que estaban manchados de sangre. Katherine lo observó y pensó que tal vez le dolían, pero él no hizo ninguna mueca de dolor al lavarse.

—Sebastián, no sé qué te tramas, pero déjame decirte que esto me está asustando.

Sebastián se acercó a ella y empezó a soltarle la trenza del cabello y darle suaves masajes en su cuero cabelludo. Katherine no entendía qué estaba haciendo Sebastián pero, al sentirlo cerca, soltando su cabello y masajeándolo, hizo que su cuerpo se relajara y empezara a reaccionar. Su aroma era muy varonil; mezclado con sudor, provocó que sus fosas nasales se dilataran sintiendo pequeños cosquilleos en su espalda.

Sebastián bajó sus manos para quitarle la chaqueta y el chaleco, dejándolos caer al suelo; acercó su rostro al de Katherine y rozó sus labios con los de ella. Sacó la punta de la lengua y la pasó por los

labios de Katherine lentamente. Sintió cómo su cuerpo se estremecía por la suave caricia. Se alejó y la tomó de las manos para que se levantara de la cama. Tomó la camisa y la sacó del pantalón hasta quitársela. Dibujó una sonrisa al encontrar los pequeños pechos de Katherine vendados bajo esa ropa masculina; puso sus manos en los hombros de Katherine y los bajó lentamente por sus brazos hasta llegar a su pequeña cintura. Ahí tomó los broches de su pantalón y los soltó uno a uno hasta dejarlo caer. Se encontró con unos calzones blancos de fina seda y suspiró; tomó el vendaje de su pecho y comenzó a quitárselo haciéndola girar alrededor de su torso, hasta que los dos pequeños pechos de Katherine saltaron y sus pezones se contrajeron por la sensación de desnudez y frío. Sebastián sentó nuevamente a Katherine en la cama y le quitó los zapatos y las medias. Luego se puso de pie frente a ella, y Katherine lo miraba detalladamente en silencio mientras sus mejillas se tornaron escarlata cuando fue consciente de su desnudez. Sebastián soltó su corbata y la tiró al suelo para luego desabotonar su camisa, pero no se la quitó. Se quitó los zapatos y tumbó a Katherine en la cama solamente con el antifaz, mientras él se colocaba sobre ella. Empezó a besarla; primero le dio besos suaves y lánguidos. Katherine no sabía cómo reaccionar; su corazón palpitaba frenéticamente, y una gran ola de deseo penetró su cuerpo; poco a poco, Sebastián empezó a besarla con más pasión y deseo, devorando sus labios y explorando cada rincón de su boca. Katherine empezó a responderle de la misma forma.

Sebastián sintió la respuesta de la boca y el deseo de Katherine; bajó sus manos y acarició uno de sus pechos mientras sus dedos jugaban formando círculos en su pezón. Lo pellizcó con suavidad haciéndolo endurecer; Katherine soltó un par de gemidos que se ahogaban con cada beso. Katherine llevó una de sus manos a la nuca de Sebastián y hundió sus dedos en su cabello, y la otra la metió entre la camisa acariciando la piel de su pecho; Sebastián gruñó y soltó de golpe la boca de Katherine. Levantó la cabeza y miró a Katherine. Su rostro estaba sonrojado; su pecho subía y

bajaba con rapidez, y su respiración se mezclaba con pequeños jadeos.

—¡Hermosa, mírame! Kathy, abre tus ojos y mírame.

Katherine abrió los ojos y lo miró fijamente los ojos, notando que ardían de deseo.

—Dime que me deseas mi amor; dímelo, hermosa.

Katherine sintió cómo los dedos de Sebastián jugaban con fuerza en su pezón y se arqueó. Su vientre estaba muy caliente y sentía un cosquilleo. Katherine quería que Sebastián siguiera tocándola, que se pegara más a ella y quería volver a sentir lo que había sentido cuando Sebastián la había tocado en el baile de compromiso.

—Te... te deseo —expresó mientras soltaba un gemido-; te deseo, Sebastián.

Sebastián bajó su boca y la llevó hasta su oreja derecha; le mordió el lóbulo y le susurró toda clase de hermosas y lascivas palabras, haciendo que Katherine se estremeciera debajo de él, mientras con sus manos exploraba cada rincón de su cuerpo. Sebastián le dio cálidos y apasionados besos, acompañados de mordiscos, haciendo un recorrido por su barbilla y cuello y llegando hasta sus pechos. Besó, lamió y succionó suavemente su pecho izquierdo; bajó su mano suavemente por su abdomen.

Katherine le tomó la mano; Sebastián le susurró que no tuviera miedo. La mano de Katherine se movió buscando la forma de quitarle la camisa, hasta que la lanzó al suelo. Sebastián siguió bajando su mano hasta llegar a sus muslos, a los que les brindó suaves caricias hasta llegar a su trasero. Las subió buscando su parte más íntima. Katherine mantenía las piernas cerradas, y Sebastián se las abrió suavemente con su rodilla. Se metió entre estas sin que ella se negara; Sebastián movió suavemente su mano hasta encontrar su abertura de su intimidad, donde encontró un pequeño capullo, que le iba a brindar placer. Sebastián comenzó a acariciarlo haciéndole pequeños círculos mientras llevaba a su boca uno de los pechos de Katherine. Los dedos de Sebastián seguían dando suaves caricias a su capullo; Katherine se arqueaba cada vez

más a él, levantando sus caderas. Quería sentirlo cada vez más cerca de él; lo deseaba. Katherine gemía y mordía sus labios mientras sus manos se movían torpemente tocando cada rincón del cuerpo de Sebastián. Sebastián deslizó sus dedos encontrando su humedad y suavemente la penetró con uno de estos. Katherine levantó sus caderas; él siguió los movimientos de sus dedos mientras con su boca bajaba por su abdomen hasta llegar al medio de sus muslos.

—¡Sebastián, no! —escuchó decir a Katherine, pero no le respondió; hundió su cabeza en medio de sus muslos y con su lengua le dio suaves y placenteros masajes en el suave botón, hasta que la escuchó gemir con más fuerza. Sebastián lamió y succionó el capullo de Katherine; luego bajó su lengua a la entrada de su humedad, brindándole placenteros masajes, hasta que sintió que empezaba a contraerse en su interior, así que la penetró nuevamente con sus dedos, y una ola de placer se desbordó de Katherine haciéndola estremecer entre sus brazos, gimiendo con fuerza. Katherine se relajó; soltó un suspiro y respiró profundo. Sebastián se apoyó sobre Katherine, acercó su boca a su oreja y le susurró: —Aún no termino, hermosa: apenas estoy comenzando.

Katherine abrió los ojos, y Sebastián le mordió el lóbulo de la oreja. Luego se apoyó en sus rodillas para desabrochar su pantalón. Pero Katherine bajó sus manos para hacerlo ella. Katherine sentía que necesitaba más de él, aunque no estaba segura de qué era lo que deseaba tanto. Cuando la besó nuevamente, sintió su sabor salado, que poco a poco se fue desvaneciendo con el sabor de sus bocas. Katherine soltó todos los broches del pantalón y forcejeó para bajárselos, y Sebastián la ayudó. Se levantó de la cama y los dejó caer al suelo, junto a los calzoncillos. Quedó completamente desnudo; Katherine no tuvo tiempo de mirarlo, ya que Sebastián se volvió a subir inmediatamente sobre ella. Ella sintió la opresión de su miembro en su abdomen mientras Sebastián la besaba y sus manos acariciaban sus pechos. Katherine llevó su mano hacia la espalda de Sebastián; las bajó haciendo un recorrido hasta su trasero, y ahí las

bajó hasta la aterciopelada excitación de Sebastián. Empezó a acariciarlo torpemente. Sebastián puso su mano sobre la de ella y empezó a guiarla dando algunos gruñidos y gemidos sin parar de besarla hasta que la miró a los ojos. Katherine lo miró fijamente, y él le quitó el antifaz, dibujando una sonrisa burlona mientras se quedó observándola por unos instantes, deteniendo la mano de Katherine.

—Hermosa, me estás matando.

—¿Te estoy lastimando?

—No, es solo que...

Sebastián trató de enderezarse, y Katherine llevó sus brazos a su cuello.

—¡No pares! ¡Sebastián, sigue, por favor!

Sebastián la besó nuevamente y se colocó entre sus piernas presionando su erección en su intimidad. —¿Quieres que siga? —le susurró.

—¡Sí! —le suplicó.

—¿Estás seguro, mi amor?

—Sí, quiero ser tuya, Sebastián, solo tuya.

—¿Estás preparada para mí?

—Sí, lo estoy, por favor, Sebastián, no te detengas ahora.

—Ábrete un poco más para mí.

Katherine abrió más las piernas, y él metió suavemente su miembro, hasta que sintió una barrera, y Katherine se contrajo. Sebastián la observó a los ojos y vio pequeños destellos de lágrimas en sus ojos.

—¿Te encuentras bien?

—Duele.

—Lo sé, pero ya pronto dejará de doler: no te haré daño. Confía en mí, hermosa.

Katherine asintió con la cabeza.

Sebastián la besó nuevamente y la llenó de toda clase de besos mientras sus manos jugueteaban con sus pechos; cuando la sintió relajarse, la embistió con fuerza, rompiendo la pared interior que lo detenía. Katherine soltó un suspiro, y él empezó a susurrarle frases

románticas entre besos. Ella volvió a relajarse entre sus brazos. Sebastián empezó a moverse suavemente dentro y fuera de ella con embestidas suaves y después con más fuerza, hasta que ella levantó sus caderas, queriendo sentirlo más dentro. Clavó sus uñas en la espalda de Sebastián y gimió. Sebastián llevó su boca hasta su cuello y empezó a sentir cómo el interior de Katherine se contraía y lo apretaba con fuerza.

—¡Oh, Dios, Sebastián!

Sebastián aceleró un poco más sus movimientos al escucharla y sintió cómo ella llegaba a su clímax. Siguió moviéndose unos segundos más y, con un fuerte gruñido, inundó todo el interior de Katherine con su orgasmo.

Se quedó unos instantes apoyado sobre ella mientras su respiración volvía a la normalidad, llenándole el rostro de suaves besos. Luego se dejó caer a la par de ella; la giró y la acurrucó entre sus brazos. Le besó la frente, y Katherine acomodó su cabeza en su pecho; guardaron silencio. Sebastián acariciaba el cabello de Katherine pensando que se había dormido, pero ella levantó el rostro y lo miró a los ojos. Él dibujó una sonrisa llena de ternura.

—Sebastián, ¿dónde estamos?

—En nuestra casa, hermosa. —Sebastián le acarició la mejilla.

—No entiendo.

—Es la casa que compré y en la cual vamos a vivir cuando nos casemos; esta es nuestra habitación.

—¿Vamos a dormir juntos? —Katherine tenía entendido que, cuando se casaban, usualmente dormían en habitaciones separadas, aunque sus padres raras veces lo hacían: siempre dormían en la misma habitación. Y ella quería dormir con Sebastián en la misma habitación.

—Por supuesto, hermosa, ni sueñes que te voy a dejar dormir en otra habitación: eres mía y te deseo. Te deseo cada vez más; nunca me cansaré de ti.

Katherine se ruborizó por sus palabras. Sebastián se levantó y se dirigió a una puerta que estaba a un costado de la habitación.

Katherine se deleitó con la vista del cuerpo desnudo de Sebastián, Tenía un cuerpo espectacular y un redondo y muy bien formado trasero; mordió uno de sus labios y suspiró.

Sebastián confirmó que el baño estaba listo tal y como se lo había pedido a Nicolás, por lo cual se dirigió hacia la cama, alzo a Katherine entre sus brazos y pudo notar las manchas de sangre entre los muslos de Katherine y las sábanas. La llevó al otro cuarto y la puso en una tina amplia con agua tibia.

—¿Cuándo lo preparaste? —quiso saber Katherine al sentir la calidez del agua.

—Se lo pedí a Nicolás cuando entramos. —Sebastián entró en la tina y se sentó detrás de ella.

—Eso quiere decir...

Sebastián le señaló la otra puerta.

—Entró y salió por ahí; no te preocupes, hermosa.

Le besó el cuello; luego tomó la barra de jabón y la frotó hasta sacarle espuma y comenzó a enjabonar a Katherine. Le dio un suave masaje en sus hombros; bajó sus manos y las deslizó hacia sus muslos. Limpió los restos de sangre y, además, lavó su cabello y cada parte de su cuerpo. Katherine intentó hacer lo mismo con él. Sebastián se levantó, tomó una toalla y se secó. Tomó otra, con la cual envolvió a Katherine. La llevó a la cama, la acostó ahí, y se acostó junto a ella abrazándola.

—Pensé que me llevarías con mi padre —le dijo Katherine después de acurrucarse en sus brazos.

—Lo pensé, pero no sabía qué castigo tendrías, y por no decir el de Clara. Además, dentro de un mes, vas a ser mi esposa y mi responsabilidad.

—Me olvidaba de Clara, ¿ella te vino a buscar?

—La pobre estaba muy preocupada; no sabía qué hacer y, aunque no quería que me diera cuenta de lo que hacías, aun así vino por mi ayuda.

—Pero era eso, o pedir ayuda a mi padre. ¿Estás molesto, Sebastián? —le preguntó en un susurro.

—No, bueno, sí, te pusiste en peligro, pero ya todo pasó.

—Andrew vio a Clara; pensará que le mintió.

—No te preocupes por ellos; Andrew iba decidido a hablar con ella y aclarar todo; preocúpate por ti, cariño.

—¿Por qué, Sebastián?

—Porque aún debo castigarte. Katherine, me estabas volviendo loco; no sabes cuánto te deseo desde que te besé la primera vez con ese maldito antifaz, y te empecé a desear mucho más cuando nos conocimos. Cada día que estaba contigo sin poder hacerte mía me estaba matando. No sabes la tortura que pasaba cada vez que estaba junto a ti; no quería tocarte después del baile de máscaras. Cuando estuviste decidida a que te tomara ahí mismo, no podía contenerme. Me estaba volviendo loco; cada noche soñaba con tomarte de la forma en que lo acabo de hacer y déjame decirte, cariño: esta noche vas a ser mía hasta que me llenes totalmente de satisfacción, aunque creo que será difícil.

—Sebastián, hace mucho soñaba con esto, con ser tuya. Desde ese día me sentí frustrada y después no me tocabas ni nada. Pensé que ya no me deseabas o que tenías a alguien más.

—Hermosa, ¿cómo pudiste pensar eso? Te volviste tan importante para mí que quise protegerte de mí mismo.

—Ya no necesitas hacerlo.

—Lo sé, mi amor.

—¿Sabes, Sebastián? Cuando escuché que ese sujeto me tomaría como su querida, lo único que pensé es que quería que tú ya me hubieras hecho el amor.

—Descuida, él no volverá a acercarse a ti, y tú no volverás a salir a jugar.

Katherine se incorporó.

—No te atrevas a prohibirme salir a jugar: necesito el dinero, Sebastián.

—Katherine, si ese hombre te vuelve a encontrar, va a ser muy peligroso. —La atrajo hacia él—. ¿Para qué necesitas el dinero? Tu familia es rica; no creo que no te den lo que necesites y, en todo

caso, ahora me tienes a mí.

—El dinero no es para mí.

—¿Para Clara? Igual, yo la puedo ayudar.

Ella negó con la cabeza.

—No, el dinero lo necesito porque ayudo a un orfanato, y mis padres no me quisieron dar el dinero para eso.

Katherine le contó todo a Sebastián sobre el orfanato, de su idea de ayudar y el motivo por el cual solía apostar y de cómo había aprendido a jugar.

—Es curioso: ambos buscamos dinero de la misma forma, pero con diferente beneficio, pero ya no te preocupes: yo te seguiré dando el dinero que necesitas.

—¿De verdad, Sebastián, lo harás?

—Se me hace fácil ganar dinero; de hecho, has sido la única que ha podido ganarme aquí en Londres, y dejar a esos presumidos sin dinero para una buena causa no está de más.

—Eso quiere decir que soy mejor que tú —le dijo con una pícara sonrisa.

—Mi amor, ¿quieres ser castigada?

—¿Y de qué forma se supone que me castigarás?

Sebastián dibujó su típica sonrisa burlona, pero pícara.

—Te lo voy a demostrar, hermosa.

—Si es lo que estoy pensando, quiero ese mismo castigo una y otra vez.

—Lo tomaré en cuenta, hermosa, pero todo depende de ti.

— Recuerda que he sido una niña mala, y ahora debo ser castigada, amor mío.

—Prepárate, mi amor.

Sebastián se acostó sobre ella y empezó a besarla suavemente. El beso se fue llenando de pasión explorando sus bocas con deseo y ternura. Sebastián acarició cada rincón del cuerpo de Katherine, y ella exploró cada rincón del suyo. Sebastián la llenó de palabras románticas, besos y caricias, hasta que ella estuvo dispuesta a recibirlo nuevamente.

Esa noche, Sebastián y Katherine hicieron el amor como si no hubiera un mañana; se entregaron en cuerpo y alma hasta volverse uno solo, hasta que su cansancio los ganó y se durmieron muy abrazados al amanecer.

Capítulo diecinueve

Unas horas después de que los primeros rayos de sol aparecieron, Sebastián llevó a Katherine a su casa; al llegar allí, Clara ya los estaba esperando en la puerta de servicio. Se podía notar que estaba desvelada; la pobre no había descansado lo suficiente. Tenía los ojos enrojecidos y unas sombras oscuras. Clara estaba segura de que Katherine estaba bien al cuidado de Sebastián, pero le preocupaba que su padre se enterara de que no había pasado la noche en la casa, además de que el hecho de ver a Andrew no la había dejado dormir.

Luego de que Sebastián se despidió de ella y le dio un suave beso en los labios, Katherine subió a su habitación para dormir, y le pidió a Clara que hiciera lo mismo.

Sebastián regresó a la casa familiar luego de haber ido nuevamente a su nueva casa después de haber dejado a Katherine. Sebastián había ido a arreglar ahí algunas cosas con Nicolás, ya que tenía planeado llevar nuevamente a Katherine a su casa, por lo cual le ordenó que buscara un cocinero o cocinera y a alguien más que lo ayudara con las labores. Aunque la casa aún no estaba completamente lista, su habitación sí lo estaba, y era lo único que necesitaba. También le había pedido ayuda a Clara esa misma mañana y le había pedido que lo ayudara a sacar a Katherine algunas noches a escondidas. Cuando Sebastián llegó a la casa de su familia, se encontró a Andrew esperándolo en la biblioteca. El pobre hombre se veía cansado: tenía el peor aspecto nunca antes visto por Sebastián, como si hubiera pasado varias noches de juegos, tragos y mujeres.

—No esperaba encontrarte aquí tan temprano. ¿Ya desayunaste?

Andrew le brindó una sonrisa sin expresión.

—No he dormido y necesitaba hablar con alguien y no, pero no tengo apetito como para comer algo.

—Vamos, hombre, come algo, y así hablamos, y me cuentas qué sucede.

Andrew lo siguió hasta el comedor, en donde ambos se sentaron. Uno de los lacayos les sirvió café y colocó distintos platos en la mesa.

—¿Qué tal te ha ido con Katherine?

Sebastián agrandó más la sonrisa que traía en sus labios desde que había despertado.

—De maravilla; no encuentro las palabras para describirlo.

—No las necesitas: se nota en tu sonrisa. Me alegro por ti, amigo.

Sebastián comenzó a devorar un plato de jamón con huevos revueltos que tenía frente a él.

—Me llevé una gran sorpresa al ver que Katherine era tu enmascarada. ¿Lo sabías?

—No, aunque hace un par de días que lo presentía, pero no había podido hablar con ella, ya que andaba con los preparativos de la boda. Y luego la muy testaruda se va a jugar sin pensar en el peligro que podía representar ese bastardo. —Sebastián recordó a Manríquez con odio y bebió un sorbo de café; seguidamente, dibujó una pícara sonrisa al recordar a Katherine.

—Eres un maldito con suerte. —Andrew dibujó una pequeña sonrisa en sus labios recordando el gusto que le había tenido Sebastián a la muchacha desde la primera vez que la había visto, y en ese momento era su prometida.

—¿Sobreviviste al cochero ese? —quiso saber Sebastián.

Andrew soltó un suspiro.

—Sí, bueno. —Tomó un sorbo de café—. Maldición, Sebastián, le confesé a Clara que tenía sentimientos por ella.

En ese momento, Sebastián comenzó a toser: se había atragantado con un poco de café.

—¿iSentimientos por ella!? —exclamo Sebastián muy sorprendido—. Espera, ya lo sabía, pero ¿por qué nunca me lo dijiste y qué dijo ella?

—Me di cuenta de que los tenía en la celebración de tu madre;

ese día la besé, y ella me respondió de la misma forma. Pero, desde ese día, me ha evitado. Yo pensé que era porque ella creía que yo no la tomaría en serio, pero ahora no sé qué demonios pasa.

—¿Qué te ha dicho ella? ¿Cómo reaccionó? ¿Le dijiste que querías cortejarla?

—Guardó silencio; estaba pensativa y, cuando realmente se decidió a hablar, el idiota ese abrió la puerta. —Frunció el ceño—. Volví a cerrarla, pero Clara me dijo que en ese momento no podía darme una respuesta, pero que tenía algo importante que hablar conmigo. Y le insinué que quería formalizar una relación.

—¿Y?, ¿te dijo algo? —quiso saber Sebastián.

—Me besó; bajo del carruaje y me dijo que, cuando nos volviéramos a ver, me diría toda la verdad sobre ella, y que pensara muy bien si estaba dispuesto a aceptarla. No comprendo qué quiso decirme.

—Ya comprendo por qué tampoco habías dormido.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —Andrew enmarcó una ceja.

—Lo que yo sé no te lo puedo decir: ella es la única que puede hacerlo.

—¡Maldición, Sebastián! Siento que ella es la mujer de mi vida y créeme: no creo que nada de lo que ella me diga me hará renunciar.

La mañana había pasado muy rápido, y Katherine había dormido la mayor parte de ese tiempo. Clara la había despertado poco después del mediodía, ya que sus padres habían preguntado si estaba enferma. No había bajado ni a desayunar ni almorzar.

—Ya es hora de que despiertes. —Clara abrió las cortinas—. Si no les das la cara a tus padres, van a cancelar la cena con Sebastián, porque piensan que estás enferma.

—Déjame dormir un poco más, Clara —le pidió Katherine, tapándose la cara con la sábana.

—No, me debes una disculpa y una explicación.

—Lo sé, ¿pero puede ser más tarde?

—Kathy, ¿dónde pasaste la noche?, ¿acaso no has dormido? —le preguntó Clara mientras le quitaba la sábana.

Katherine bostezó y se estiró.

—Pasé la noche en mi casa y solo dormí un par de horas.

—No me mientas: esta es tu casa.

—Bueno, me refiero a mi futura casa, en donde viviremos cuando me case con Sebastián. Por cierto, es hermosa, aunque no tuve tiempo de observarla bien, solo el cuarto principal.

—Creo que mejor no pregunto qué estuviste haciendo ahí.

Katherine sonrió de oreja a oreja y le indicó a su amiga que se sentara junto a ella en la cama. Katherine no quiso entrar en mucho detalle de lo que había hecho la noche anterior. Solo le dijo que había hecho el amor con Sebastián y que había sido maravilloso. Katherine se escuchaba y se veía más enamorada de Sebastián; el brillo de sus ojos y la sonrisa lo decían por sí solos, y Clara se sintió feliz por ella. Katherine le contó todo lo que habían hablado sobre salir a apostar y para qué necesitaba el dinero y que le había confesado toda la verdad.

—Sebastián me dijo que me ayudará con la cuota que le doy al orfanato mensualmente.

—Veo que se mostró muy complaciente con eso, ¿y no le dirá nada a tu padre?

Katherine negó con la cabeza.

—Me dijo que ahora soy su problema, así que él verá la forma de ayudarme; por el momento, no puedo salir a apostar por lo sucedido, ya que corro peligro.

—Espero que haya sido la última vez que sales a jugar.

—De momento lo será; ya luego veré cómo hago para salir con Sebastián. Sería muy aburrido no volver a jugar.

—Tú no cambias, Kathy, pero al menos Sebastián no estaba tan enfadado. Me asustó cuando vi que solo se iría contigo.

—Hablando de eso, ¿qué te ha dicho Andrew?

Clara suspiró y se levantó de cama, pero Katherine la tomó por la muñeca y la hizo volver a sentarse junto a ella.

—Estaba un poco sorprendido de verme; él pensó que estaba fuera de Londres y, sinceramente, no le hablé nada sobre eso. Creo

ya que estaba más concentrado en que Joan me dejara en paz.

—¿Acaso sintió celos de Joan?

Clara asintió con la cabeza.

—No solo eso: Andrew me ha confesado que tenía sentimientos por mí.

—¿Y qué le dijiste? —quiso saber Katherine algo sorprendida.

—Nada, en ese momento Joan abrió la puerta, aunque Andrew volvió a cerrarla. Lo único que hice fue darle un beso y decirle que pronto hablaría con él. Creo que ese no era el lugar indicado para hablar con él.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé, Katherine; supongo que cuando vuelva a verlo.

—Clara, deberías de hablar lo más pronto posible con él. ¿Tú sientes algo por Andrew?

—No lo sé; solo quiero tiempo para pensar, así que no me presiones.

Clara se levantó y salió de la habitación con lágrimas en los ojos. Katherine no pudo evitar sentir tristeza por su amiga, ya que estaba enamorada de un hombre que creía no merecer.

Clara entraba en la habitación de Katherine y se dirigió al closet en busca de un vestido en silencio y con los ojos enrojecidos.

—Deja eso, Clara; el vestido está en la silla junto al cuarto de baño. Ya prepararé lo que me pondré, y Maritza ya me preparó el baño. Deberías ir a descansar.

—Soy tu doncella, por lo tanto, yo debo ayudarte en esas cosas, así que te ayudaré a vestir. Sebastián no demora en llegar, y lo sabes.

Katherine soltó un suspiro.

—Si vas a estar con ese estado de ánimo, prefiero que no me ayudes: mírate.

—Cambiaré mi humor con una condición: no quiero escuchar ni una sola mención de Andrew en lo que se refiere a mí.

—No entiendo qué te sucede; pero así será —le dijo con un hilo de voz.

—Katherine, mírame, yo no soy el tipo de mujer que puede estar con un hombre como él.

—Clara, ¿quién te lo asegura?

—Soy una sirvienta y él, un caballero de la aristocracia, y ahora ve, que ya debes cambiarte.

Katherine suspiró sin contradecirla; sabía que su amiga estaba sufriendo y, por más que le dijera, no iba a hacerla cambiar de opinión.

Luego de la cena, Sebastián se reunió con Katherine en el jardín.

—Hermosa, ya te extrañaba —le susurró mientras le daba suaves besos.

—Sebastián, nos vimos apenas hace un par de horas.

—Admito que ya quiero hacerte nuevamente el amor; eres como una droga y soy adicto a ti.

Katherine se sonrojó; Sebastián la atrajo a él y le dio un largo y apasionado beso, que la dejó sin aliento.

—Sebastián, a mí también me gustaría.

—Oh, mi hermosa, ¿quieres pasar la noche nuevamente conmigo?

—Me encantaría pero, Sebastián, si mis padres se enteran...

—No te preocupes: nos vamos a casar.

Sebastián la besó nuevamente; luego llevó su boca a su oreja y le susurró palabras que la hicieron sonrojar y sentir el cuerpo caliente.

—Hablaré con Clara para que te ayude a salir; si lo hacías para jugar, ¿por qué no hacerlo para estar conmigo?

—Katherine, pienso que no es buena idea.

—Lo que no es buena idea es que no dejes de llorar, imírate!

—Katherine, no deberías....

—Clara, no lo haré; solo un par de noches, igual que cuando salía a jugar.

—Si tus padres se enteran o quedas embarazada...

—Dentro de poco me casaré: descuida.

—Sigo pensando que es mala idea pero, si no lo hago, igual saldrás.

—Sebastián, ¿cuándo podremos empezar a decorar la casa? — Katherine daba un recorrido por la que sería la biblioteca.

—Hermosa, luego hablamos de eso.

—Milord, la habitación está lista; lamento que no lo estuviera a tiempo. —Antes de marcharse esa mañana, a Sebastián se le había olvidado decirle a Nicolás que debía cambiar las sábanas que tenían la muestra de la pérdida de la inocencia de Katherine.

—Descuida, Nicolás, igualmente, no pensaba venir hoy. — Sebastián tomó a Katherine de la mano—. Ella es mi prometida, así que la verás seguido y, hermosa, él es Nicolás, mi mayordomo y quien se hace cargo de todo.

Nicolás intentó hacer una reverencia, y Katherine lo detuvo.

—No te preocupes por el protocolo conmigo, no a menos que estemos en compañía. Un gusto, Nicolás, y lamento lo de anoche. — Se sonrojó.

—Descuide, milady, y como usted diga, y ahora con permiso.

—¿Preparada, mi hermosa? —le preguntó con una sonrisa y con un brillo pícaro en su mirada.

—Respecto de eso, Sebastián...

Sebastián la besó.

—No hagas eso, que me olvido de lo que iba a decir.

—Esa es la idea, hermosa.

Sebastián la tomó en brazos y la llevó a la habitación. Le dio suaves besos en sus labios y bajó a su cuello. Katherine respiró profundo y suspiró, dejándose llevar por la caricia de sus labios, Sebastián desabrochó su vestido y lo dejó caer al suelo.

Nuevamente Sebastián la besó en la boca y, mientras lo hacía, se desnudaba de la cintura para arriba. Katherine exploró el duro torso de Sebastián con sus manos mientras él la besaba. Luego le dio la vuelta y le desató el corsé. Segundos más tarde, Katherine estaba desnuda frente a él; la llevó a la cama y la acostó ahí mientras se

terminaba de desnudar. Sebastián se subió sobre ella en la cama y la besó con pasión; introdujo su lengua en la boca de ella y la exploró hasta que Katherine entrelazó la suya con la de él. Katherine llevó sus brazos al cuello de Sebastián mientras este recorría con sus manos su cuerpo con suaves pero tentadoras caricias. Llevó una de sus manos a su pecho y lo acarició. Luego bajó su boca, lo lamió y lo succionó hasta que su pezón se endureció en su boca. Pasó a su otro pecho, e hizo lo mismo. Katherine se estremeció y arqueó su pecho. Sebastián recorrió su abdomen con su boca hasta llegar a su intimidad; allí succionó y lamió su capullo hasta hacerla gemir de placer. Bajó su lengua y la saboreó. Con la ayuda de sus dedos la hizo gemir y llegar al orgasmo. Katherine apretaba con fuerza las sábanas al sentir tanto placer.

Sebastián se incorporó e introdujo uno de sus pechos en su boca; subió nuevamente a su boca y la besó mientras que su erección rozaba la húmeda intimidad de Katherine.

—Sebastián, hazlo ya.

—Paciencia, mi hermosa.

Katherine se estremeció cuando sintió a Sebastián presionar su miembro en ella.

—Por favor, Sebastián —le suplicó.

Sebastián se acomodó en medio de las piernas de Katherine y la penetró suavemente. Katherine lo atrajo a su cuerpo; subió las piernas para enrollar sus caderas y lo besó. Sebastián se movió más rápido y Katherine le clavó las uñas en la espalda. Su interior empezó a contraerse con fuerza. Soltó la boca de Sebastián y gimió de placer al sentir el éxtasis de su orgasmo; segundos más tarde, Sebastián la abrazó con fuerza, llegando a su orgasmo, y ambos quedaron agotados y satisfechos.

—Sebastián, Clara no para ha parado de llorar. —Katherine estaba acurrucada entre los brazos de Sebastián.

—Andrew está muy desconcertado —le besó la frente—. ¿Estaría mal si se lo digo?

—Clara me aseguró que hablará con él.

—Lo mismo le dijo a él.

—¿La aceptará?

—No tengo dudas de ello: está enamorado y nunca lo había visto como hoy.

Katherine suspiró, y Sebastián la besó.

Capítulo veinte

Tan solo faltaban quince días para la boda; las escapadas de Katherine con Sebastián se habían hecho más frecuentes, y todos los preparativos ya estaban listos. Clara no había sido la misma desde la noche del rescate de Katherine y, por lo que Katherine sabía, Andrew tampoco. Pero, para no causar molestias, ambos habían decidido no hablar de ello a sus amigos.

—Clara, hoy vamos a ir a recoger mi traje si estás de acuerdo.

—Claro que sí, Katherine, ¿cómo olvidarlo si me has hablado de eso durante una semana?

—No puedo evitarlo: estoy tan ansiosa por casarme ya...

—¿Quién lo diría? Cuando te comprometiste, no querías para nada ese compromiso. En tan solo dos meses, estás más que ansiosa por casarte.

—Me di cuenta de que estoy enamorada de Sebastián, y pasar cada minuto con él es lo más magnífico que me pueda pasar.

—Últimamente se ven casi todos los días, por no hablar de las salidas nocturnas.

Katherine dibujó una enorme sonrisa en sus labios.

—Lo sé, así como también paso la noche con él, cosa que me encanta, pero el hecho de volver cada mañana antes del amanecer me molesta. Quiero quedarme a su lado hasta el mediodía, abrazados entre las sábanas.

—En pocos días, Kathy.

—Lo sé, y eso es lo que me pone más ansiosa. Pronto seré Lady Beckman.

—Espero que no haya un bebé pronto.

Katherine la miró horrorizada.

—¿Qué cosas dices, Clara? Espero que no sea así: aún no estoy preparada para eso.

Clara puso los ojos en blanco.

—Kathy, lo que haces es la forma en la que se hacen los bebés.

—Lo sé muy bien; mi madre se empeñó en darme la charla hace unos días también, pero de momento no va haber un bebé; ya lo verás.

Clara soltó una carcajada; le dio risa la seguridad de su amiga.

—¿A qué hora iremos a lo de la modista?

—Después del almuerzo.

—Trataré de estar lista.

—Clara, me sorprendes: es la primera vez que no te niegas a ir a lo de la modista.

—Esta vez solo iremos a ver los últimos detalles de tu vestido; sé que no habrá nada nuevo.

—No me tienes, Clara.

Ambas sonrieron.

Al llegar a lo de la señora Clarit, ambas fueron recibidas con una enorme sonrisa. Ya las estaba esperando muy ansiosa: había diseñado el vestido de Katherine con toda su dedicación, y no era para menos: era el primer vestido de novia que realizaba. Realmente se había lucido: el vestido era hermoso, al igual que el vestido que le había confeccionado a Clara. La señora Clarit realmente se iba a ganar una muy buena fama con esos vestidos.

—Mi niña, le tengo un regalo. —La señora Clarit le dio una caja envuelta por una cinta.

Katherine abrió la caja y sacó un hermoso camisón hecho de encaje y fina tela de tono rojo, con pequeños tirantes elaborados de cinta, que se amarraban en un delicado lazo, de un largo que llegaba a la rodilla y con una abertura desde las caderas. Katherine se sonrojó al verlo.

—Es hermoso, señora Clarit, ¿pero cuándo se supone que me lo pondré?

—En tu noche de bodas; es para que castigues un poco a tu esposo.

Katherine sonrió con picardía.

—Lo tomaré en cuenta. ¡Muchas gracias! —Abrazó a la señora Clarit.

—Puede hacer uno para Clara —le susurró mientras la abrazaba, y ambas soltaron una carcajada.

La boda se celebró, tal como estaba planeado, el 27 de agosto en la finca de los Beckham, en Worcestershire. La ceremonia se realizó en la capilla del lugar, seguido de un almuerzo y de una pequeña celebración. El vestido de Katherine era el más hermoso nunca antes visto por todas las damas presentes, de color perla y con detalles en encaje que hacían realzar muy bien sus curvas y el tono de sus ojos. Realmente, se lució la señora Clarit que, con orgullo, recibió grandes elogios y más clientas. Todas las invitadas de todas las edades no dejaban de elogiarla por su magnífico trabajo.

Luego del caluroso almuerzo, Katherine se había reunido con su amiga Clara, que lucía hermosa. Entre tantos elogios y felicitaciones, no habían podido estar a solas desde que la había ayudado a vestirse por la mañana. Ambas estaban muy felices; se dieron un cálido abrazo entre sollozos.

Andrew las observaba a la distancia y enmarcó una ceja al verlas.

—¿Por qué lloran? —le pregunto a Sebastián, el cual solo se encogió de hombros y se llevó a Andrew de ahí diciéndole que era cosa de mujeres y que había que dejarlas solas, ya que quería aprovechar para hablar con él sobre Clara.

La madre de Katherine y Teresa habían sido muy elogiadas por el buen trabajo que habían hecho con la decoración y con cada detalle de la boda. Hicieron que Katherine pusiera los ojos en blanco.

—Si no fuera por mí, esto hubiera sido un desastre —le dijo a Sebastián luego de haber escuchado algunos comentarios de las señoras.

Pero quien la dejó más sorprendida a Katherine fue su padre: no paró de llorar durante la ceremonia. Decía que su bebita se le estaba casando. Muy en el fondo, aún no lo aceptaba, ya que siempre había tenido la impresión de que Katherine iba a escapar y Amelia no sabía

de qué forma tranquilizarlo, mientras su hermano no paraba de reír al ver tal escena.

—Mi familia es tan especial... —le comentó Katherine a su nuevo esposo.

Pero lo más divertido para Katherine había sido su noche de bodas; luego del caluroso almuerzo, Katherine y Sebastián se habían despedido de casi todos los invitados y se habían dirigido hacia una pequeña cabaña que Sebastián había adaptado para que pasaran un par de días ahí como luna de miel. Luego de haber llegado, la había subido en brazos desde que había bajado del carruaje, por las escaleras hasta el cuarto principal y le había hecho el amor, perdiendo la paciencia con el vestido, y todo lo demás. Aunque no era la primera vez, era la primera vez que lo hacían como marido y mujer, y Sebastián estaba muy ansioso como adolescente en su primera vez. Tanto es así que se mostró totalmente torpe, lo que Katherine había disfrutado. Después de haber dormido un par de horas, Katherine se había despertado al ver que Sebastián aún estaba dormido. Salió de la cama con cuidado de no despertarlo y se preparó colocándose el camisón que le había regalado la señora Clarit. Katherine se había metido en un pequeño cuarto de baño; se miró al espejo y se sonrojó al verse vestida de rojo con tan poca tela.

—¿Dónde te has metido?

—Espérame ahí, Sebastián, ya salgo.

—Está bien, hermosa, pero no te demores, o iré por ti.

La habitación estaba apenas iluminada por el fuego de la chimenea, que daba un hermoso contraste con el cuerpo de Katherine. Sebastián estaba tumbado de espaldas con los brazos cruzados bajo su cabeza con una sonrisa. Cuando Katherine se acercó a él anunciándole que ya estaba ahí, Sebastián volteó la cabeza y se quedó embelesado al verla. Se levantó de golpe para verla de arriba abajo y, lo más rápido que pudo, intentó salir de cama para ir hacia ella, por lo cual se enredó con las sabanas y se cayó. Katherine no pudo contener reír a carcajadas. Sebastián

estaba hipnotizado con tal vista que se levantó rápidamente y la tomó en brazos; la llevó a la cama en donde la inspeccionó detalladamente y le hizo el amor primero sin quitarle el camisón y, minutos más tarde, la desnudó y le volvió a hacer el amor hasta quedarse dormidos nuevamente con el calor de sus cuerpos.

Luego de haber pasado unos días en la cabaña, volvieron a Londres. Se alojaron en la casa nueva, la cual ya estaba habitable, y con toda la servidumbre incluida. Aunque a Clara se le había asignado ser el ama de llaves, se había negado a tomar el puesto, pero de igual forma Katherine no había contratado a ninguna. Sabía que Clara aceptaría en algún momento, ya que de momento había decidido esconderse de Andrew desde la boda.

Luego de que Katherine había sido secuestrada y Sebastián la había hecho confesarle por qué se ponía en peligro al asistir a esos lugares vestida de hombre si no necesitaba dinero, Katherine quería seguir jugando. De cierta forma, le apasionaba, y era una forma de divertirse, así que, después de casados y de que ella lo había retado y le había ganado, no le quedó otra posibilidad que salir con ella a jugar. Sebastián tenía planeado que Katherine la pasara mal y se arrepintiera, por lo cual la llevó a uno de esos clubs donde las mujeres brindaban servicios personales. Al estar en la mesa jugando, una de estas mujeres se acercó a él, le coqueteó y Sebastián le siguió el juego. Lo que no esperaba era que uno de los que estaban ahí era conocido de su familia y había asistido a la boda.

—Debes ser un completo estúpido por estar perdiendo el tiempo aquí con la belleza de esposa que tienes, hombre. Hace apenas unas semanas que estás casado. Te doy un consejo: si no la cuidas como debes, ya hay más de uno que está dispuesto a cuidarla y créeme: yo soy uno de ellos.

Agarró a Katherine de la mano, la sacó de ahí, la llevó a la casa y le hizo el amor durante toda la noche. Le prohibió salir nuevamente a jugar.

Respecto de Clara y Andrew, no se sabía mucho ya que, después de que Clara se había presentado en la casa de Sebastián por el secuestro de Katherine, ella se había negado a verlo hasta el día de la boda, con la promesa de que debían hablar, y Andrew no había perdido oportunidad de estar junto a ella por más que ella no quisiera. Andrew le había confesado a Clara su amor, pero Clara no tenía el valor de confesarle quién era realmente y, por más que lo había intentado, no pudo hacerlo ya que también estaba enamorada y temía el rechazo. Una semana después de que Sebastián y Katherine se instalaron en la nueva casa, Sebastián se reunió con Andrew, y este le informó que se iría al extranjero. Tenía el corazón roto y quería huir nuevamente de su familia, por lo cual solo le dejó una carta a Clara con la esperanza de que ella lo buscara y le confesara ese secreto que tanto la atormentaba.

Epílogo

Dos años después

—Katherine, ¿cuándo piensas decírselo?

Katherine estaba junto a Clara en el jardín. Aunque a Katherine nunca le habían gustado mucho las flores, después de haber perdido a su bebé hacía unos meses, había decidido aprender un poco de jardinería, y así no caer en depresión.

A Katherine y a Sebastián les había costado mucho concebir y, después de un año, al fin Katherine había podido quedar embarazada. Se encontraba muy feliz ya que, después de descubrir que amaba a Sebastián y de empezar a vivir como esposos, se le hizo mucha ilusión tener su propia familia y, principalmente, tener un bebé. Por otra parte, Sebastián estaba muy feliz; quería un heredero, aunque principalmente le gustaría tener una pequeña de ojos color esmeralda y cabello color miel.

Ambos se habían hecho mucha ilusión sobre el bebé y se encontraban muy felices, pero una mañana Katherine se despertó y encontró las sábanas manchadas de sangre. Al llamar al médico, este le dijo que acababa de perderlo. Katherine pasó dos semanas en cama sin querer ver a nadie, como muerta en vida, hasta que Sebastián, junto a Clara, la llevaron a la rastra a Hampshire, a la propiedad que tenía Sebastián, para que Katherine saliera de su depresión. Para Sebastián, no había sido fácil pero, con su amor, paciencia y cariño, Katherine volvió a ser la de siempre.

Hacía unos meses Katherine tenía la sospecha de que estaba nuevamente embarazada, pero no quería decirle aún a Sebastián. Primero porque no estaba segura y, segundo porque, si también perdía a este bebé, no quería que Sebastián se llevara una desilusión. Sabía que a Sebastián también le había dolido la primera pérdida y, aunque no lo había demostrado para brindarle apoyo, no quería volverlo hacer pasar por eso.

-Clara aún no estoy del todo segura y no quiero que Sebastián se lleve una desilusión.

-Kathy, llevas cuatro meses sin tu periodo, ya casi cinco; te puedo asegurar que ya no va a pasar nada. Te estás cuidando demasiado bien, y Sebastián debería saberlo también, ya que no podrás ocultarlo más. —La observó de arriba abajo—. Mira tu cuerpo: ha tenido cambios, y él lo nota.

Katherine soltó un suspiro.

-Lo sé, y me ha costado mentirle que he engordado, que mi vientre ha crecido y mis caderas debido a eso. —Se las tocó—. Son más anchas y, además, dejé de usar el corsé.

-Deberías hablar, y así hasta te puede ver un médico.

-Está bien, Clara, hablaré con él esta noche. —Katherine recortó un par de rosas para llenar algunos floreros para decorar la casa.

Katherine se había dado un baño, colocado un camisón color durazno con encaje en el escote, se hizo una trenza en su cabello mientras esperaba a que Sebastián se reuniera con ella. Sebastián entró en la habitación soltándose la corbata y desabrochándose el chaleco; se acercó a Katherine y le dio un suave beso en los labios.

-Quería ayudarte con el baño, pero debía terminar esos documentos para enviárselos mañana temprano a Andrew.

-Descuida, Sebastián. —Katherine se retorció las manos.

Sebastián la observó luego de quitarse el chaleco; se acercó a ella, le tomó las manos y la puso de pie frente a él, mirándola a los ojos.

—¿Suced algo, hermosa?

-Es que ... bueno... debo decir... pero no sé.

-Amor mío —le besó la frente y la llevó hasta la cama; ahí la sentó en su regazo mientras le acariciaba el brazo para tranquilizarla.

Katherine respiró profundo y soltó el aire. Sebastián la observó cuidadosamente.

-Debo decirte algo.

-Dime, hermosa.

-Bueno, es que no sé cómo decírtelo.

Sebastián comenzó a darle suaves besos en su cuello, y la piel de la espalda de Katherine empezó a erizarse.

-Para, Sebastián.

Se acercó a su oreja y le mordió el lóbulo suavemente.

-Amor mío, si no hablas, no me detendré. —Su voz era sensual.

Katherine arqueó el cuello y suspiró.

-Estoy embarazada.

Sebastián se detuvo; tomó el rostro de Katherine entre sus manos y la observó con una enorme sonrisa. Katherine pudo notar el brillo en sus ojos.

-Pensé que nunca me lo dirías, amor mío.

-¿Ya lo sabías? —Katherine estaba muy sorprendida.

-Hermosa, tu cuerpo ha cambiado, además de que hace unos meses estuviste vomitando por la mañana. Créeme, si no me diera cuenta, sería un idiota. Tu vientre... —llevó su mano y acarició el pequeño bulto—... está un poquito grande y tus caderas, más anchas, y eso sin dejar de lado que dejaste de usar el corsé y tu cintura está más ancha y, bueno, tus pechos... —rozó su nariz en ellos y lamió el pezón que se mostraba a través de la tela—... están más grandes.

-Pensé que podría ocultarlo.

-Pues no, hermosa, recuerda que yo soy quien te ayuda a vestir, y lo que más me gusta es desvestir y explorar tu cuerpo. Y fueron los mismos cambios de la otra vez; conozco muy bien tu cuerpo, hermosa. —Le mostró una sonrisa seductora.

-Oh, Sebastián, tengo mucho miedo.

-Y lo entiendo, amor mío, yo también tengo miedo.

—¿Por qué no me lo habías preguntado?

—Porque estaba esperando a que decidieras decírmelo tú.

Sebastián volvió a dar suaves besos en su cuello, dejando un camino de fuego, mientras Katherine se estremecía en su regazo.

—No quería que sufriera otra desilusión.

—Hermosa, de igual forma me la hubiera llevado; verte a ti triste

me parte el corazón.

—Ay, Sebastián, ¿tú crees que esta vez sí?

—No podremos estar seguros, pero tú te has cuidado bastante bien y, si mis cálculos no me fallan, ya superamos el mes de tu anterior pérdida. De igual forma, le pediré al médico que te revise.

—Sí, desde que tuve mis sospechas, no he hecho más que cuidarme.

Sebastián la besó en la boca; primero fue suave con pequeños roces y poco a poco sus besos se fueron llenando de pasión y deseo, hasta que soltó los labios de Katherine para que ella recobrara la respiración.

—Hermosa, vas a ver que todo va a estar bien y que pronto tendremos al fruto de nuestro amor en brazos. —Katherine comenzó a desabrochar la camisa de Sebastián hasta dejar su pecho descubierto y dar suaves besos en este—. Amor mío —susurró Sebastián. La tomó en brazos y la tumbó en la cama; le quitó el camisón entre besos, y Katherine le quitó la camisa y el pantalón, hasta que ambos quedaron desnudos. Sebastián la excitó con suaves caricias y palabras dulces, hasta que su cuerpo se estremeció pidiéndole que la llenara. Sebastián la penetró suavemente y luego aumentó el ritmo llevándola al éxtasis del clímax y, minutos más tarde, él se desplomó sobre ella temblando, la tomó en brazos, y ambos se durmieron con la esperanza de que el fruto de su amor pronto estaría entre sus brazos.

Nota de la autora

Mi hermosa apostadora es la primera novela que escribo completa. Debo admitir que me es difícil llegar a los finales. Aun así, amo los finales felices, y siempre quedo con ganas de más.

El personaje de Katherine nació de la idea de crear una heroína enmascarada que ayudara a los pobres con el dinero de los ricos, algo al estilo de Robin Hood. Y qué mejor forma que obtener el dinero en las mesas de juego, ya que tengo entendido que en esa época estas consistían en una de las formas de diversión de la mayoría de los aristócratas.

Honestamente, investigué poco para esta novela, ya que todo fue producto de mi imaginación y del poco conocimiento que tengo respecto a esa época. Pero, en realidad, quería crear algo diferente, como la amistad de Katherine con Clara, la hija de una ama de llaves y de un cocinero, y la insistencia de Katherine por convertir a una simple doncella en una dama de sociedad y, si fuera posible del mismo estatus social de ella. También es diferente la imagen del hombre que heredará un título, pero (como en el caso de Sebastián) que se las ingenia para ganar dinero extra e invertir en sus propios negocios, para así no depender del fidecomiso de sus padres, ya que era lo común.

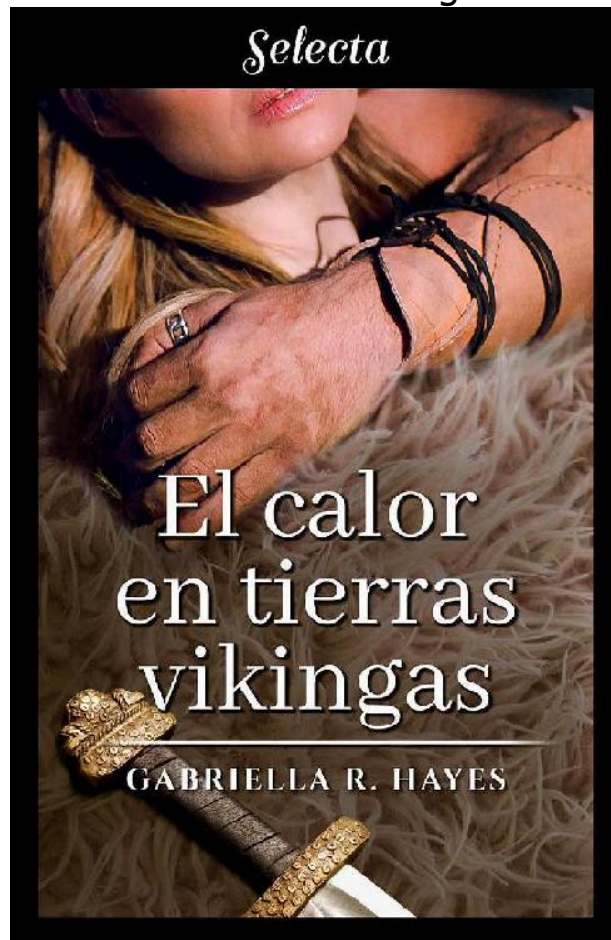
Espero que les haya gustado mi historia y que no me abandonen: Aún queda un poquito más de Katherine y Sebastián por ahí...

Agradecimientos

A mis amigos, los cuales me han motivado y aportado un granito de arena para que persiga mi sueño.

A Selecta, que me ha brindado esta gran oportunidad.

Si te ha gustado Mi hermosa apostadora te recomendamos comenzar a leer El calor en tierras vikingas de *Gabriella R. Hayes*



Capítulo 1

Año 841 d.C., Dyflin (Dublín)

En una rebotante taberna en Dyflin, un grupo de vikingos se relajaba después de un largo viaje comercial por tierras de Eire (Irlanda).

—Es una hermosura... —dijo Daven mientras arrancaba un bocado del muslo de pollo—, y además sabe leer.

—¿Leer? Pero es una campesina... —preguntó extrañado Sorem.

—¡No es una campesina! —replicó Daven volviendo a arrancar

otro trozo de carne a su muslo.

—Claro que lo es. Tú mismo la viste cargando las ropas desde el castillo hasta el río —insistió Sorem mientras agitaba su mano cargando una jarra de cerveza.

—Entonces es una doncella —añadió Thorberg.

—¡Y qué más da si es una doncella! Me gusta.

—Pues entonces no puede saber leer... ni escribir.

—Cállate ya, Sorem. Te digo que sabe leer, y es inteligente y realmente hermosa. Ayer vi cómo Jarol, el herrero, le pedía leerle una carta que recibió.

—Y yo te digo que no puede ser. Dices que es muy hermosa, inteligente y sabe leer... ¿pero trabaja en el castillo? Si es hermosa ha de ser tonta, y si sabe leer ha de ser fea... pero todo junto no es posible porque si no sería de la nobleza... O peor aún, una hechicera. —El extraño razonamiento del veterano Sorem fue apoyado por los demás guerreros con pequeños gruñidos.

—Me da igual que no me creáis —dijo Daven mientras seguía engullendo todo lo que alcanzaba su mano—. Me la llevaré a Bagder y la haré mi esposa, y cuando veáis los hermosos y listos hijos que tengamos, os quemarán las tripas de envidia.

Daven era la más reciente incorporación al grupo de guerreros, y era también el más joven. Perdía la cabeza por cualquier mujer hermosa. Los demás hombres, conociendo su debilidad, se rieron en sonoras carcajadas. Menos uno, que estaba en la misma mesa que ellos escuchando divertido pero en silencio su conversación. Él era Einar, el jefe guerrero de esa cuadrilla de simpáticos bárbaros mercenarios vikingos, su hersir. Arrogante y apuesto, sabía cómo manejar a las personas para conseguir lo que quería mediante una carismática palabrería y, si hacía falta, una seductora sonrisa.

—Daven... —llamó la atención de este y los demás con calmada voz—, si es cierto que esa mujer tiene tantas cualidades como dices... entonces es demasiada mujer para ti. No creo que estés a la altura —dijo con jocosa mirada.

Las carcajadas sonaron hasta en la calle, lo cual hizo que los

demás comensales de la taberna se giraran curiosos. Daven frunció el ceño y con un gruñido agarró otro muslo y se levantó de la mesa para salir fuera, refunfuñando algo ininteligible mientras los demás hacían bromas a sus locas pretensiones amorosas.

—Olson, dejemos a los hombres descansar y vayamos a ver al herrero, quiero partir según tenga acabado mi encargo. —Einar se dirigió a un robusto guerrero sentado frente a él.

A diferencia de los demás, Olson no era tan alto y, a pesar de que su cabello y barba ya eran visiblemente canosos, su mirada estaba aún cargada de vida y perspicacia. Este, sin mediar palabra, se levantó y salió por la puerta de la posada siguiendo a su jefe.

Einar y Olson llegaron al portal de la forja y el herrero se dirigió al herrero:

—Buenas tardes tengáis, mi señor —saludó Jarol el herrero.

—¿Habéis terminado mi encargo?

—Ya casi está, señor. Solo dadme un momento más para acabarlo.

—De acuerdo, esperaremos fuera.

Enfrente de la forja una taberna repleta de hombres y mujeres alegres les avivó la vista.

—Bebamos algo, señor, quizás encontremos también buena compañía —sugirió Olson divertido mirando hacia las furcias que paseaban coquetas delante de la cantina.

La taberna estaba tan repleta de gente que tuvieron que salir fuera con sus jarras de cerveza. Se apoyaron en la fachada exterior de la herrería, disfrutando de su bebida y la compañía de las mujerzuelas que buscaban clientes cuando oyeron voces dentro de la forja. Parecía que el herrero tenía otro cliente reclamando su encargo. Jarol el herrero era uno de los mejores de la zona y el trabajo le salía por las orejas. Perfeccionista y con talento, los soldados y nobles de lejanas tierras lo visitaban para forjar sus espadas. No era de extrañar que siempre hubiera clientes dentro. Pero lo extraño de esa vez, aunque no pudieran oír bien la conversación, fue que la voz que oyeron era la de una mujer.

—Aquí tenéis, señora, la daga que me encargasteis.

—Vaya, Jarol, es increíblemente hermosa. Mi señor estará muy complacido con vuestro trabajo.

—Gracias, mi señora, realmente me halagáis —dijo Jarol frotándose la cabeza con timidez.

—Tenéis unas manos realmente hábiles, sois un excelente artesano, cualquiera podría verlo —continuó la joven mujer.

Jarol no estaba acostumbrado a que una mujer lo halagara de esa manera, pues su esposa era muy ruda con él y poco dada a palabras amables. La joven sonrió con una chispa en los ojos al ver su timidez.

—Mi señora... —Jarol se puso rígido y miró hacia abajo—, quisiera pedir os un favor...

—Jarol, no me llaméis señora, vos y yo somos iguales... Es más... yo soy la sirvienta de un señor... Fui vendida como esclava... no deberíais llamarme así, sabéis cuál es mi nombre —le cortó la joven sin prestar atención a su petición de favor.

—Oh, no... Sois toda una señora, de eso no hay ninguna duda. ¿Qué esclava sabría leer y poseer vuestra belleza? No sois una esclava a ojos de muchos, Brianna, os lo aseguro.

La joven se sonrojó y bajó la mirada. Esta vez fue Jarol quien sonrió divertido al ver el rubor en sus mejillas.

—Quisiera pedir os un favor... A menudo me leéis las cartas que me envían los nobles de tierras lejanas con sus encargos, pero esta vez... necesito que escribáis una por mí, os pagaré. ¿Podríais hacerme ese favor? Os repito que pagaré vuestros servicios. —Su voz era decidida pero tímida a la vez. Su cuñada necesitaba conseguir un trabajo como asistente en una casa, y una buena carta de presentación podría ayudarla, y así de pasada, tener contenta a su adusta esposa—. Vuestro hijo no sabe de la suerte que goza por teneros. Un buen chico que algún día se convertirá en un gran hombre, y vuestras enseñanzas contribuirán a ello.

—Me aduláis, Jarol. Sí, Niall y yo pasamos mucho tiempo juntos y cualquier momento es una buena excusa para aprender algo nuevo.

—La joven mujer sonrió al reconocer la suerte que tenían ahora ella y su hijo—. Por supuesto que os la escribiré, Jarol, y no se os ocurra pagarme por eso, lo hago con agrado.

Fuera, Einar y Olson seguían disfrutando de su bebida y las vistas de la bulliciosa calle. Las jóvenes casaderas y campesinas más descaradas sonreían con coquetería al vikingo, pues era un ejemplar realmente atractivo. Su altura y corpulento cuerpo le hacían resaltar de los demás, así como su rubia melena trenzada desde la sien hasta los hombros. Sus cincelados y varoniles rasgos no pasaban desapercibidos a pesar de una bastante y larga barba vikinga sujeta al final por una cuenta plateada. Era un hombre duro, tenía una mirada azul grisácea y severa, que en ocasiones se volvía en una pícara sonrisa hacia las mujeres, dejándolas totalmente indefensas a ese encanto.

De repente un niño de no más de siete años apareció de entre la multitud. Corría como si la vida le fuera en ello. Sorteando los transeúntes, pasó por delante de sus ojos lanzándose dentro de la herrería. Einar apenas pudo verlo bien pero se le paró el corazón al recordarle a alguien. Frunció el ceño dándose la vuelta para entrar detrás de el pequeño cuando se quedó a medio camino escuchando la conversación que acontecía dentro, tras el umbral de la puerta.

—¡Mamá, mamá!

—Oh, cielo santo, Niall, ¿qué te ha pasado? —La joven se puso la mano en la mejilla preocupada al ver el moratón en la cara de su hijo.

—Mamá, me he pegado con James. Y le he atizado bien —explicó Niall con orgullo mientras gesticulaba con el puño uno de sus ganchos.

—¿Otra vez, Niall?

—Sí, pero esta vez he ganado yo —continuó sonriendo mientras su madre examinaba el rostro del crío.

—Niall... cariño, no puedes pegarte con...

—Mamá, dijo que eras una esclava, una ramera vikinga... y yo...

—¿Qué? ¿De dónde ha sacado semejante tontería James? Yo no

soy vikinga, hijo, nosotros somos irlandeses —dijo Brianna sorprendida y algo enojada por aquellas acusaciones.

—Fue mi culpa, mamá, yo le conté a James que estuvimos viviendo un tiempo con los vikingos, y él dijo que los vikingos solo tienen esclavos y rameras y que tú debías de ser una de ellas. —El niño le contaba con un enorme sentimiento de culpa mientras retorció con las manos el bajo de su camisa.

—Niall, no deberías meterte en peleas, sabes que no me gusta... Ni deberías contar cosas que no incumben a los demás —le reprendió con severidad—. Aunque esta vez me alegro de que le hayas atizado... —continuó hablando quedo e intentando ocultar una sonrisa ante la atónita mirada de su hijo—. Semejante falta de respeto viniendo de un niño merece un buen castigo.

La pequeña discusión ocurría ante la simpática mirada de Jarol, que veía con buenos ojos la bravura del hijo al defender a su madre. «Será todo un hombre», pensó.

Desde el lindar de la puerta, oculto, Einar seguía escuchando lo que se acontecía en el interior. Los músculos de la espalda se tensaron y apretó los puños al escuchar con atención la voz de la mujer que le fue mucho más que reconocible cuando, con ímpetu, se decidió a entrar. No antes sin cerrar los ojos y respirar hondo. Lo que creía que encontraría allí dentro le había alterado y no quería perder el control, no otra vez. Con aparente calma bajó los escalones hasta hallarse a unos metros de la escena. La madre seguía reprendiendo a su hijo, lo tenía suavemente cogido por un hombro y no se habían percatado de la presencia del otro hombre frente a ella, excepto Jarol.

—Mi señor, he acabado vuestro encargo. Iré dentro a buscarlo. —Jarol se dirigió de inmediato a Einar al verlo.

—Bien. No tengo prisa por marcharme, ahora ya no... —Estas últimas palabras las dirigió mirando a la mujer y su hijo.

Casi no daba crédito a lo que sus ojos veían, era ella, estaba viva y parecía tan... incluso más hermosa que antes. Estaba resplandeciente y parecía haber ganado algo de saludable peso. Sus

sonrojadas mejillas y carnosos labios seguían siéndole profundamente apetecibles, así como su discreto escote no podía esconder unos voluptuosos y llenos pechos que se agitaban ante la disgustada reprimenda hacia el chico.

Ella estaba agachada, a casi la misma altura que su hijo, hablándole, cuando al oír la voz de aquel hombre, la sangre se le heló al instante. Su respiración casi desapareció y creía que faltaba el aire en aquella estancia cuando se decidió a levantar la cabeza por encima del hombro de su hijo, temerosa de ver al dueño de esa grave voz. La conocía muy bien, una voz algo enronquecida, suave y autoritaria, pero que podía llegar a sonar como un trueno haciendo temblar al que tuviera delante. El corazón se le encogió y sintió que las piernas le fallaban cuando la presencia de Einar inundó la forja haciendo que no viera nada más a su alrededor. Su semblante había cambiado en ese año, ahora parecía incluso más grande, más corpulento. Vestía su habitual camisa, cubierta por un petate de cuero y pelo marrón. Sus armas seguían acompañándole como de costumbre. Una pesada espada colgaba de su cinto y una daga se sujetaba a su muslo. Brianna abrió la boca en un silencioso jadeo y se incorporó para asegurarse de su visión.

—Einar... —dijo casi en un suspiro. Sus enormes ojos verdes se abrieron sorprendidos ante la enorme presencia del vikingo.

—Mi señora... —Inclinó la cabeza con una exagerada y burlona reverencia, sin apartar su helada mirada de ella—. Creí que ya no volvería a veros.

Aunque no quería demostrarlo, el entusiasmo que brilló en los ojos de Einar al encontrarla, hizo temblar no solo de miedo sino también de un nostálgico recuerdo a la joven madre.

—Lo mismo digo... —Intentó recomponerse rápidamente por la sorpresa, ya que tenía que escapar de aquella situación.

Cuando el niño fue consciente de que algo pasaba, se dio la vuelta, asombrado, igual que su madre. Si bien ella parecía temerosa, el crío tenía una cara de grata sorpresa e incertidumbre a la vez.

—¡Einar! Mamá, ¿que hace Einar aquí? ¿Ha venido a llevarnos con él? —preguntó Niall mientras estiraba de sus faldas.

—No, cariño, por supuesto que no. Él ya no puede... Nosotros vivimos aquí ahora.

—Eso ya lo veremos... —gruñó en un susurro Einar. Creyó que Brianna no lo había oído pero esta le respondió rápidamente.

—No podéis, señor. Ya no os pertenezco —dijo apartando al niño tras ella y adelantando unos valientes pasos hacia él mientras levantaba la barbilla desafiante.

—Sois mía, Brianna —gruñó con autoridad—. Lo sois los dos.

—No... Ahora pertenezco a un noble señor feudal, soy su sirvienta y...

—¿También calentáis su lecho como hacíais conmigo? —Su pregunta estaba cargada de odio y celos, y ladeó una sonrisa para que la muchacha se sintiera incómoda.

—¡Sois un cerdo! —gritó ella levantando la mano para abofetearlo.

Einar le sujetó la muñeca con fuerza y retorciéndosela hacia la espalda, la atrajo hacia él ante la sorprendida mirada de Jarol al salir de la trastienda.

—¡No, Einar! No dejaré que le hagas daño, no te acerques a ella o... ¡O tendré que matarte! —gritó el niño intentando apartar apenas al guerrero con un empujón.

El vikingo lo miró atónito. Ese crío siempre había tenido agallas, y más cuando se trataba de defender a su madre. En el fondo era un chiquillo adorable y lo había echado de menos.

—Chico... no me provoques... —gruñó. Sabía que era incapaz de levantar la mano al niño pero esa inesperada situación le estaba superando y su paciencia se agotaba, de hecho se había agotado meses atrás. Llevaba demasiado tiempo buscándolos y ya se había dado por vencido cuando su suerte cambió inesperadamente.

—Señor... —Jarol hizo sonar con desafío su voz.

Por mucho que temiera a ese hombre, pues su fama de duro y violento guerrero era conocida, no iba a permitir que dañara a la

joven madre. Ella era demasiado dulce para que alguien la maltratara.

Einar lanzó una mirada asesina a Jarol, sin soltar la muñeca de Brianna, que jadeaba en susurros ante su mano atezadora que la agarraba con demasiada agresividad.

—Herrero... volved dentro. No es asunto vuestro —espetó con ira volviendo a clavar sus grises ojos en ella.

—Señor... lo siento, pero no puedo permitir que lastiméis a la mujer. —dijo Jarol mientras agarraba una de las espadas que acababa de forjar.

—Ah, ¿sí?... ¿Y qué haréis si no la suelto? —Giró la cabeza para mirarlo provocador, y una maliciosa y pétrea sonrisa brotó de sus labios.

En ese momento Olson entró y, sorprendido por la escena, se acercó cauteloso a su hersir.

—Einar... ¿qué ocurre? —preguntó agarrando la empuñadura de su espada al ver la tensión de Einar y Jarol—. Por todos los dioses... muchacha... estáis viva... —expresó Olson con sorprendente alegría al ver a la joven madre.

—¡Olson! —gritó Niall lanzándose en un fuerte abrazo a él.

—¡Por Odín! Muchacho. qué alegría verte, cuánto has crecido, ¡ya eres casi un hombre!

—Olson... me alegra ver que estáis bien. —La muchacha le regaló una reconfortante sonrisa en medio del dolor en su muñeca. Realmente se alegraba de verlo.

Einar apretó los dientes al ver que Olson era el único que había suscitado agradables sentimientos en la madre y su hijo, y decidió por su propio bien soltar a la muchacha. Brianna se masajeó la magullada muñeca mientras su mirada se dirigía furibunda a él.

—Brianna... tenemos que hablar. —Fue un intento fallido por sonar dulce pero su nerviosismo no se lo permitió. Su voz era suavemente ruda y autoritaria.

—No, Einar. Vos y yo ya no tenemos nada de qué hablar. Se acabó. Un tiempo fui vuestra cautiva y me vi obligada a sobrevivir,

pero todo eso forma parte del pasado. Fui vendida como esclava y comprada de nuevo por un buen amo... —Él no la dejó acabar.

—Sí, lo sé. Ya lo habéis dicho antes, un *noble* señor feudal. —Sus palabras sonaron a burla y odio, poniendo especial énfasis en «noble».

—Sí, y ahora le pertenecemos a él. Y no podéis hacer nada por cambiarlo. —Brianna volvió a levantar la barbilla intentando parecer segura y valiente.

—Esto está por ver, preciosa —contestó Einar tras dedicarle un malicioso guiño.

Olson los interrumpió apoyando una mano en el hombro de su hersir y acercándose con cautela a su oído.

—Señor... no es el momento... aquí no.

Durante los últimos años, vikingos y nativos habían aprendido a convivir juntos pero los resentimientos entre todos ellos eran aún visibles y no era buena idea llamar la atención por un altercado de ese tipo. Einar se quedó pensativo, ya hallaría la manera de llevársela otra vez. Pero primero, quería asegurarse de saber dónde encontrarla, y que no escapara de nuevo.

—Temo que tanta belleza sea deseada por rufianes. Estaría más tranquilo si Olson y yo os acompañáramos hasta vuestra morada —susurró Einar en un dulce tono inquisitivo.

—No hace falta, mi señor, pues no me hallo tan lejos, y mi hijo y yo quisiéramos pasear juntos. —Intentó declinar su ofrecimiento de la manera más educada, pues sabía del carácter que tenía ese hombre y no quería provocarlo.

—No es ninguna molestia, querida. —Y agarrándola por el codo la instó a salir por la puerta seguidos del niño mientras se dirigía a Olson.

Einar era mucho más temible cuando su semblante se dulcificaba y sus formas se volvían civilizadas. Se volvía impredecible.

—Olson, paga al herrero.

—Aquí tenéis, Jarol... El doble de monedas de las que acordamos... por vuestra... discreción —le susurró Olson con una

profunda y fija mirada que helaba la sangre.

—Pero la joven... No podéis...

—No os preocupéis por ella, mi señor sería incapaz de hacerle daño, os lo aseguro. Es una muy querida vieja amiga.

Y sin dejar que el herrero mediara respuesta, se dio la vuelta y salió de la forja tras ellos.

Una promesa y dos corazones dispuestos a apostar por un amor...



Katherine Rushmore, debe cumplir una promesa y

casarse con el nieto del mejor amigo de su abuelo, pero ella solo quiere una cosa: casarse por amor. Por tanto, su carácter rebelde le obliga a no aceptar el compromiso y decide hacer hasta lo imposible para que su prometido, a quien aún no conoce, rompa con dicho compromiso y así encontrar a quien robó su corazón unas noches atrás.

Sebastian Beckham, regresa a Londres con un único objetivo: cumplir la promesa de casarse. Sin embargo, una noche conoce a una misteriosa enmascara de ojos esmeralda vestida como un hombre, quien se adueña de sus sueños... hasta que conoce a su prometida y queda atraído por su belleza y carácter. Tiene un serio problema: ella no quiere casarse y él se siente atraído por dos mujeres con el mismo color de ojos.

Así las cosas, Sebastian decide jugar su última carta y conquistar a su prometida, mientras que Katherine se encuentra cara a cara con quien le robó el corazón y decide entregárselo poniéndolo a prueba para hacerlo merecedor de su amor.

¿Cumplirán ambos la promesa de matrimonio?

A. S. Lefebre. Tica de Nacimiento, y devoradora de libros, los mejores días de su adolescencia los paso escribiendo, pero no fue hasta que leyó su primera novela romántica que decidió escribir su propia novela y darles vida a sus personajes con el fin de conquistar el corazón de sus lectores.

Edición en formato digital: junio de 2020

© 2020, Audrey Lefebvre

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:

Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Mi hermosa apostadora

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Audrey Lefebre

Créditos